

Juegos de lenguaje, hegemonía, dislocación y populismo : Una lectura crítica de la apropiación laclausiana de Wittgenstein

Autor:
Arrigorria, Agustina Victoria

Tutor:
Daney, Brenda

2022

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía.

Grado

**Juegos de lenguaje, hegemonía, dislocación y populismo:
una lectura crítica de la apropiación laclausiana de Wittgenstein**

Agustina Victoria Arrigorria

Índice

Abreviaturas	3
Cap. 1: Introducción a la lectura crítica de la apropiación laclausiana de Wittgenstein	4
Cap. 2: El concepto de juegos de lenguaje en la obra de Wittgenstein	12
Cap. 3: Influencia y apropiación de las Investigaciones Filosóficas en la obra de Laclau	42
3a. Hegemonía y estrategia socialista (1985)	43
3b. Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo (1990)	82
3c. Emancipación y diferencia (1996)	105
3d. La razón populista (2005)	116
Conclusión: la importancia de los juegos de lenguaje para la filosofía política en la obra de Laclau	145
Bibliografía	161

Abreviaturas:

PIM: Política e ideología en la teoría marxista

HyES: Hegemonía y Estrategia Socialista

NR: Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo

EyD: Emancipación y diferencia

RP: La razón populista

TLP: Tractatus logico-philosophicus

IF: Investigaciones filosóficas

SC: Sobre la certeza

Z: Zettel

Introducción a la lectura crítica de la apropiación laclausiana de Wittgenstein

ya comprendo la verdad

*estalla en mis deseos
y en mis desdichas
en mis desencuentros
en mis desequilibrios
en mis delirios*

ya comprendo la verdad

*ahora
a buscar la vida*

Alejandra Pizarnik

Introducción

El amanecer del siglo XX pareció ofrecer un encuentro con las cosas mismas a través de una ilusión de inmediatez con las nociones de referente, signo y fenómeno, pero prontamente la concepción del lenguaje de Wittgenstein, la deconstrucción del signo de Saussure y la analítica existencial de Heidegger disiparon esta ficción. Este análisis intelectual de época fue elaborado por Ernesto Laclau quien, además de filósofo y teórico político, fue historiador en su primera formación.

Las verdades alcanzadas por el pensamiento marxista tradicional se desmoronaban junto a los desengaños del socialismo real. En la undécima tesis sobre Feuerbach Marx sostuvo que tras comprender el mundo se lo debía cambiar, pero quizás el cambio precisaba de otro tipo de comprensión del mundo: o el mundo había cambiado o la concepción estaba errada. Afrontar y resolver los problemas teóricos y prácticos de la izquierda en el período contemporáneo requería dejar, por así decirlo, la “verdad” a un lado para buscar la vida.

Esta tarea no implicaba abandonar completamente el marxismo para cambiar de lugar en la contienda política, sino rever la autenticidad y la utilidad de algunos de los postulados inmutables para la izquierda. Dicha tarea implicaba abandonar la lisura de ciertas verdades apriorísticas del marxismo: el carácter teleológico, necesario, unidireccional y progresivo de la historia, la determinación en última instancia económica, las identidades esencialmente

concebidas, el carácter eurocéntrico del análisis y la peculiar adopción de una ontología o teorías de las formas. A dicha labor se dedicaron algunos filósofos que escriben ahora y escribieron el siglo pasado, entre ellos, Ernesto Laclau.

Para elaborar una renovación del pensamiento marxista adhirió a numerosas líneas de investigación escapando al canon tradicional de autores, obras y conceptos. La influencia de Ludwig Wittgenstein, Ferdinand de Saussure y Martin Heidegger le sirvieron para disipar la fantasía de inmediatez con lo real, también la teoría psicoanalítica de Sigmund Freud y Jacques Lacan. Autores clásicos pero sofisticados del pensamiento socialista como Louis Althusser y Antonio Gramsci tuvieron para él una importancia cabal, también Carl Schmitt, de quien tomaría una visión más cruda y fidedigna del conflicto social.

Es la influencia del primero de los autores mencionados la que quisiera desarrollar en el presente trabajo, el denominado “segundo” Wittgenstein, autor de las *Investigaciones Filosóficas*¹. En palabras del mismo Laclau, las enseñanzas del filósofo austríaco lo llevaron a su propia reelaboración del marxismo:

Sabemos, por Wittgenstein, que no hay algo como la “aplicación de una regla” -la instancia de la aplicación es parte de la propia regla-. Releer la teoría marxista a la luz de los problemas contemporáneos implica necesariamente deconstruir las categorías centrales de esa teoría. Esto es lo que ha sido denominado “posmarxismo”. (Laclau y Mouffe 2015: 9)

El rechazo de la concepción apriorística de la regla como portadora de una racionalidad anterior y necesaria a su aplicación ha servido a Laclau para repensar todos aquellos elementos conflictivos del marxismo tradicional adhiriendo a la dislocación del tiempo cuyo resultado sería una concepción abierta de la historia, la sobredeterminación de lo social por instancias no reductibles a la economía, el antiesencialismo identitario, el análisis de lo social a través de su contingencia y el abandono de las ideas trascendentales.

Algunos de los elementos de Wittgenstein presentes en la filosofía laclausiana son: el rechazo de la determinación ontológica y la determinación del sentido, la sospecha ante el embrujo del lenguaje con su ilusión de trascendencia en favor de su aparición efectiva, la

¹ A partir de este momento, IF (abreviatura).

comprensión de las palabras a través del uso de las mismas y la dispersión conceptual por la ausencia de límites rígidos, el énfasis en la materialidad y la performatividad del lenguaje, el hincapié en la interpretación más que en la definición, la problematización de lo simple y lo complejo en la constitución de la realidad, la importancia de la nominación cual preparación para el uso posterior y el valor del bautismo de objeto, el carácter persuasivo del lenguaje, la comprensión de este último no como único sino como uno de los órdenes posibles y la importancia de la indecidibilidad y la decisión en las reglas.

Las verdades apriorísticas tienen el carácter liso y llano de la idealidad, pero la política, caracterizada por la aspereza de la vida, es conflictiva. Es la apropiación crítica de las IF lo que permite a Laclau forjar un suelo teórico donde puedan edificarse fértiles estrategias para el pensamiento de izquierda en mundo cambiante. La sentencia wittgensteiniana que resume su concepción del lenguaje y de lo social y que parece guiar también la filosofía laclausiana es la siguiente:

Cuanto más de cerca examinamos el lenguaje efectivo, más grande se vuelve el conflicto entre él y nuestra exigencia. (La pureza cristalina de la lógica no me era *dada como resultado*; sino que era una exigencia.) El conflicto se vuelve insoportable; la exigencia amenaza ahora convertirse en algo vacío. -Vamos a parar a terreno helado en donde falta la fricción y así las condiciones son en cierto sentido ideales, pero también por eso mismo no podemos avanzar. Queremos avanzar; por ello necesitamos la *fricción*. ¡Vuelta a terreno áspero! (IF, § 107)

A lo largo de este trabajo intentaré demostrar y explicar la apropiación crítica que Laclau realiza de la filosofía de Wittgenstein. Según mi hipótesis, la influencia del pensador austríaco resulta de vital importancia para la obra de Laclau, quien realiza una lectura atenta y aguda de los problemas filosóficos elaborados en la IF. Sin embargo, este influjo no consiste meramente en la asimilación pasiva de los conceptos wittgensteinianos, sino en un trabajo de retraducción conceptual a una teoría completamente nueva, donde estos elementos se encuentran con los aportes y los marcos teóricos de otras corrientes y autores que también influyen en la teoría de Laclau, quien realiza una síntesis personal a través de la elaboración de una obra sumamente interesante y singular.

Estado de la cuestión

Con el objetivo de considerar todos los aportes teóricos importantes que se relacionan con el tema de este trabajo, a saber, la lectura crítica de la apropiación laclausiana de Wittgenstein, examiné y dividí los mismos bajo tres categorías: los abundantes trabajos sobre la obra del pensador austríaco y su lectura política; escritos sobre la relación de Wittgenstein y la filosofía del lenguaje con la teoría posmarxista y la Escuela de Essex; y trabajos sobre la relación entre el aporte filosófico de Wittgenstein a la obra de Ernesto Laclau.

Las contribuciones sobre elementos valiosos para pensar la política en la obra de Wittgenstein son numerosas y diversas. Además de los libros que compilan textos destacados y sistematizan las posturas al respecto, encontré dos autores cuyos aportes me parecieron relevantes para los objetivos de mi trabajo: el primero es el de William Connolly (1974) cuya investigación se centra en el análisis de los conceptos políticos y sus relaciones internas. Éstas conforman una red lingüística que cuenta con elementos centrales, cuya solidez asegura mayor permanencia en el discurso frente a otros elementos mutables y periféricos. Para él, las disputas involucran razonamientos, pero también adhesiones afectivas a ideas básicas que, si bien no son universales y ahistóricas, son compartidas por gran parte de la sociedad. El segundo trabajo que quiero mencionar es el de María Teresa Muñoz, quien valora el método terapéutico wittgensteiniano de observar casos particulares asumiendo la pluralidad y la contradicción contra la extrema teorización y la generalización sistemática (Muñoz 2004b) y sostiene que las IF permiten aplicar el paradigma descriptivo-normativo que caracteriza la gramática de los conceptos al ámbito de la acción para analizar el discurso político y las formas de vida políticas (Muñoz 2004a).

Entre los libros que recopilan y sistematizan la literatura especializada quisiera destacar dos: *The grammar of politics* editado por Cressida Heyes (2003) y *The Legacy of Wittgenstein: pragmatism or deconstruction* editado por Ludwig Nagl y Chantal Mouffe (2001). El primero concibe a la política wittgensteiniana como un método para lidiar con la multiplicidad de las formas de vida, reflexionando sobre el papel de la política en la formación de conceptos y viceversa. Las contribuciones del libro reflexionan sobre las reglas que configuran la acción de los sujetos, cómo los conflictos políticos tienen su origen en el seguimiento de las mismas, el carácter polémico de los conceptos políticos y su configuración a través de los parecidos familiares, el asalto a los criterios acontextuales de racionalidad y al

lenguaje privado y la dificultad de representar el propio dominio de las reglas, su captación y seguimiento. El segundo libro ofrece interpretaciones de Wittgenstein en tanto pensador pragmatista, deconstructivista y ambos. De tal compendio puede concluirse que quienes lo conciben como pragmatista ven en su obra un énfasis en la estabilidad del lenguaje y sus reglas, mientras que quienes lo conciben como deconstructivista destacan la contingencia de los mismos. En los polos de este espectro se encuentran: por un lado, la lectura pragmatista de Putnam, que sostiene que las reglas están relativamente dadas de antemano por la comunidad; y por otro lado, la lectura deconstructivista de Staten, que afirma que la integridad de un juego de lenguaje sólo podría ser expresión de un límite sociopolítico, puesto que en ausencia de entidades trascendentes que regulen el lenguaje, el mismo se ampara de la indeterminación total cuando hay una comunidad acotada que excluye ajenos generando un interior discursivo. Una lectura equilibrada de ambos extremos es la de Zerilli, quien sostiene que el pensamiento del austríaco puede entenderse mejor trazando un curso entre la excesiva estabilidad del pragmatismo y la potencial limitación de la deconstrucción.

Respecto a la interpretación deconstructivista considero de vital importancia la tesis de Henry Staten, cuyo libro más importante, *Wittgenstein and Derrida* (1984) constituye una pieza fundamental en la influencia de las IF para la Escuela de Essex y la teoría posmarxista. Según Staten tanto Derrida como Wittgenstein practicaron la deconstrucción al cuestionar la presencia de cualquier identidad ideal, ya sea en el sujeto, el objeto, el significado, las palabras o las reglas. En sus teorías, el lenguaje es algo común puesto que es esencialmente independiente de la propia intención de cualquiera de hacerlo significar, sin embargo, esta comunión no predestina la intersubjetividad al consenso ni incluye la perspectiva de todos los hablantes. Así, Staten colige la presencia en ambos pensadores de la figura del exterior constitutivo: toda comunidad, en este caso de hablantes, mantiene la unidad en detrimento de un exterior excluido a través de una frontera de significación que asegura la unidad del grupo o discurso interno. Otros elementos wittgensteinianos destacados por Staten son los referentes a la performatividad de su propuesta filosófica para demostrar el mismo carácter performático que explica: el carácter escénico de sus presentaciones filosóficas, el uso de la sátira en el desarrollo de los problemas, la negación de un "más allá" del lenguaje, la compulsión por la palabra "esto" y la atención a los casos particulares ofrecen un planteo deconstructivo frente a la filosofía del lenguaje metafísica que concibe el discurso o la ley regidos por súper-durezas ontológicas.

Además del lugar central que otorgo a la obra de Staten por su importancia para la apropiación de Wittgenstein por parte de la Escuela de Essex, quisiera mencionar algunos aportes *sobre* la interpretación de dicha escuela y otros aportes *de* la escuela misma. En relación a los primeros, Dimitris Gakis (2018) sostiene que hubo intentos de relacionar el pensamiento wittgensteiniano con la teoría política tradicional (tanto conservadora como liberal), sobre todo en la aplicación instrumental de su método filosófico, como por ejemplo la aclaración de conceptos centrales para la teoría política como "libertad", "igualdad" u otros. No obstante, éste también es sumamente influyente en la teoría política contemporánea, especialmente en la posmarxista, a través del empleo de las ideas de juegos de lenguaje y formas de vida que no buscan eliminar la ambigüedad e incertidumbre en lenguaje natural sino desmitificar estos campos con respecto a la praxis humana. Según Gakis, abordar la filosofía del lenguaje en relación a las formas de vida posee un carácter potencialmente transformador y emancipador para las mismas.

Respecto a los aportes de la misma Escuela de Essex considero importantes los trabajos de Chantal Mouffe y de Aletta Norval, cuyas consideraciones sobre Wittgenstein resultan fundamentales para pensar la política desde el método del análisis del discurso y también como un acercamiento a la comprensión de Ernesto Laclau sobre las IF. Los aportes de Mouffe relacionan el problema de las reglas con la indecidibilidad y el carácter político de la decisión respecto al seguimiento de las mismas (Nagl y Mouffe), utilizan la percepción wittgensteiniana del lenguaje respecto a la multiplicidad de prácticas y cambios efectuados en una democracia (Mouffe 2012) y otorgan posibilidades de analizar el antagonismo en la sociedad, el debate democrático (Mouffe 2014) y la dimensión de la persuasión (Mouffe 2016). Por su parte, los trabajos de Aletta Norval (2006; 2007) proponen un acercamiento wittgensteiniano a la noción de identificación democrática, un análisis de la genealogía y las herramientas de debate de los términos políticos, un giro de atención a la diversidad y particularidad en el análisis social y una reflexión interesante sobre cómo desafiar la gramática hegemónica a través de la persuasión, el cambio conceptual y perceptual.

Si bien no es miembro de la Escuela de Essex ni se enuncia dentro de la teoría posmarxista, mención aparte merece Jean-Jacques Lecercle quien en su libro *A marxist philosophy of language* (2006) describe seis principios de la filosofía del lenguaje dominante y propone otros seis principios opuestos para desafiar la gramática imperante desde una postura marxista. Los principios de la filosofía del lenguaje, según él, son: el principio de

inmanencia que sostiene que el lenguaje puede estudiarse separado del resto de los fenómenos; el principio de funcionalidad, que sostiene que el lenguaje opera a través de funciones cuyo objetivo principal es el intercambio de información; el principio de transparencia, que sostiene que todo el lenguaje debe adaptarse a la transmisión fácil y eficiente de información; el principio de idealidad que entiende a la lengua como un sistema ideal abstracto; el principio de sistematicidad que establece que el lenguaje es un código fijo y un conjunto sistemático de reglas; y el principio de sincronía que sostiene la ahistoricidad o esencialidad del lenguaje. Contrariamente, Lecercle propone otros seis principios para la elaboración de una filosofía marxista del lenguaje: el principio de no inmanencia que afirma la imposibilidad de separar el lenguaje del mundo en que emerge; el principio de disfuncionalidad que sostiene que, en tanto experiencia y actividad, el lenguaje no es un instrumento a disposición del hablante; el principio de opacidad por el cual la transparencia del sentido sería sólo una ilusión; el principio de materialidad por el cual el idioma no es separable de su realización en forma de discurso o actuación, sino que porta en sí mismo una fuerza ilocutiva; el principio de sistematicidad parcial por el cual sería imposible sistematizar totalmente el lenguaje; y el principio de historicidad por el cual la lengua estaría formada por un proceso de sedimentación histórica de reglas y por lo tanto sería cambiante. Estos seis principios alternativos que Lecercle propone para elaborar una filosofía marxista del lenguaje bien cabrían a la teoría de Wittgenstein, y a mi juicio, también a la apropiación crítica que Laclau hace de ella.

Aunque la bibliografía especializada en la relación entre Wittgenstein y la política sea vasta y existan también numerosas menciones a la influencia del austríaco en la Escuela del Análisis del Discurso de Essex o el posmarxismo, aún permanece como un campo poco explorado y sumamente fértil para investigar la interpretación y apropiación laclausiana de la obra de Wittgenstein. Los tres trabajos que acompañaron mi curiosidad sobre el tema han sido los de Linda Zerilli, Manuel Guerrero y Horacio Martínez. Según Zerilli (2008), el concepto wittgensteiniano de juego de lenguaje revela como un pseudoproblema el dilema de los universales basado en el supuesto metafísico de que, por un lado, está el lenguaje y, por otro está, el mundo. Según ella, la crítica filosófica propuesta por Laclau desarma el binarismo universalismo-particularismo al interpretar ambos términos como juegos de lenguaje que configuran la política contemporánea. La interpretación deconstructivista de Wittgenstein, vía Staten, permitiría a Laclau sostener que las reglas de dichos juegos sólo existen en la instancia

práctica de su aplicación, siendo modificadas y reformadas en el acto, posibilitando una rearticulación novedosa entre lo universal y lo particular en la filosofía política: aunque las reglas no sean universales en el sentido estricto del término, estas formas se plantean como repetidas y repetibles por una comunidad dada reorientando los proyectos políticos en un concepto imposible de definir *a priori* y de subsumir bajo la noción de un consenso dialógico que pudiera trascender todos los particularismos.

Por su parte, el trabajo de Manuel Guerrero (2012) llama la atención sobre la importancia del giro lingüístico, la indistinción entre las dimensiones de lenguaje y mundo, los juegos de lenguaje en su performatividad social y las formas de vida en lo que denomina el “momento wittgensteiniano” de la teoría social. Para él, estos elementos confluyen en la elaboración del concepto de discurso de Laclau que, en tanto práctica social, involucra elementos lingüísticos y extralingüísticos, no se limita la palabra hablada o escrita, afirma la materialidad del lenguaje y sostiene la imposibilidad de separar el carácter significativo de los objetos y los procesos empíricos. Guerrero también destaca el carácter abierto de la estructura lingüística dislocada en la obra laclausiana que refleja la contingencia discursiva expresada por las formas de vida compartidas y confrontadas entre sí.

Por último, el trabajo de Horacio Martínez (2017) presenta el abordaje que los intelectuales de la Escuela de Essex hicieron sobre las IF influidos por la obra de Staten, realiza una interpretación de los juegos de lenguaje a través de la categoría de hegemonía y propone una reflexión crítica sobre los usos democráticos de la filosofía de Wittgenstein. Según él, la pluralidad wittgensteiniana, en relación a la cual se constituyen los sujetos que crean su identidad, aun siendo provisoria y/o estratégica, se beneficia con los elementos conflictivos que aporta el posmarxismo como las categorías de hegemonía y agonismo.

El concepto de juegos de lenguaje en la obra de Wittgenstein

*Ludwig Wittgenstein vivía
en una casita
en Viena
salió
y se fue a vivir
a otra casa
en Inglaterra
no paraba de salir
y entrar todo el tiempo
escribió libros de filosofía
que mostraban
que no sabemos de qué modo sabemos
qué queremos decir
con palabras como Salir y Entrar.
Fue reverenciado como un dios
por mostrar estas cosas
y él actuaba como un dios
a la mitad de su carrera
cambió completamente de opinión.*

Kenneth Koch

Cuestionando radicalmente sus creencias filosóficas, Wittgenstein arribó al indeterminismo semántico luego de trabajar en las críticas a su propio trabajo. A pesar de la notoriedad y aceptación que gozó su obra anterior, el *Tractatus logico-philosophicus*², el pensador austríaco decidió poner a prueba todo su edificio teórico para concluir en una tesis sobre el lenguaje completamente opuesta a la que había sostenido previamente.

Dos amigos y colegas tuvieron una cabal influencia en este nuevo período de su pensamiento que estaría plasmado en la publicación de las IF: Frank Ramsey y Piero Sraffa. Por un lado, Ramsey cuestionó una tesis fundamental del TLP según la cual no habría más necesidad que la necesidad lógica, afectando la concepción de oraciones elementales que serían independientes entre sí (Penelas 2020: 119). También criticó la independencia lógica de las proposiciones sobre los hechos atómicos atendiendo al tratamiento de los colores³:

² A partir de ahora TLP.

³ Además del tratamiento en las IF, la cuestión de los colores puede verse más específicamente en Z (a partir de ahora Z) (*Papeletas*) entre las anotaciones §§ 331-370 y §§ 419-434.

proposiciones como "esto es rojo" o "algo es amarillo" no serían independientes, puesto que algo es rojo, entre otras cosas, porque no es amarillo. A continuación, Wittgenstein hablaría de "gramática" para referirse al plexo normativo de las prácticas lingüísticas en oposición a la pureza de la lógica (Penelas 2020: 121): "Cuánto más de cerca examinamos el lenguaje efectivo, más grande se vuelve el conflicto entre él y nuestra exigencia. (La pureza cristalina de la lógica no me era *dada como resultado*; sino que era una exigencia)." (IF, § 107).

Por otro lado, Sraffa le habría criticado la idea de querer capturar la significatividad del lenguaje en una forma lógica y le habría dado una visión más antropológica del lenguaje, ayudándolo a abandonar su posición tractariana a través de conversaciones ejemplificadas bajo el chiste "¿cuál es la forma lógica de esto?" (Sen 2003: 1242). El modo en que éste habría conectado a Wittgenstein con el carácter social del lenguaje, también habría sido útil para Gramsci, quien habría conocido las ideas del pensador austríaco por influencia de su amigo en común. Según Sen, los cuadernos de prisión darían cuenta de una reflexión por el rol de las reglas y las convenciones y de lo que posteriormente se convirtió en la "filosofía del lenguaje ordinario". Esta tendencia filosófica espontánea que cualquier persona ejercería a través del lenguaje se emparenta con el arsenal conceptual y los juegos de lenguaje que cada cual maneja sólo por pertenecer a una sociedad (Sen 2003: 1244-1245).

Entre el TLP y las IF existe un abismo filosófico, un cambio teórico rotundo, un giro radical, más precisamente, un *giro lingüístico*. Es el pasaje de una etapa intelectual a otra lo que provocó incluso que algunos autores se refirieran al pensador austríaco como un filósofo escindido en sí mismo: el "primer Wittgenstein", autor del TLP sostendría un absoluto *determinismo semántico*, mientras que el "segundo Wittgenstein", contradiría su tesis anterior en las IF desde una postura *indeterminista del significado*.

Para el *determinismo semántico* los conceptos o significados guardan una intrínseca relación con su referencia o los objetos que denotan; en esta perspectiva, los objetos determinarían el significado de las palabras y la realidad se encontraría necesariamente categorizada, así, el significado lingüístico sería algo a descubrir⁴. Contrariamente, para el

⁴ Dentro del campo determinista pueden ubicarse distintas concepciones en relación al referencialismo, es decir, distintas relaciones de representación entre el lenguaje y el mundo. Por un lado, existen concepciones referencialistas puras que sostienen que en el lenguaje hay ciertas expresiones cuyo significado es el objeto referido y el significado se agota en él; por otro lado, existen también concepciones referencialistas moderadas que sostienen que, aunque la referencia cumpla un rol relevante en la caracterización del significado de las expresiones del lenguaje, éstas nunca agotan el significado de ninguna expresión.

indeterminismo semántico los conceptos o significados resultan del intercambio lingüístico practicado por los participantes del lenguaje⁵; en esta perspectiva, los objetos y las palabras no guardarían una relación necesaria, sino que el significado, contingente y mutable, sería algo creado por los miembros de una comunidad, derivado de las prácticas o formas de vida ejercidas socialmente.

Investigaciones Filosóficas (1953): el lenguaje como un juego

En la apertura de las IF Wittgenstein cita un párrafo de *Confesiones* donde San Agustín diserta sobre el problema del aprendizaje del lenguaje: su tesis, expresada como el sentido común de cualquier teoría sobre señalamiento y repetición, sostiene que los niños aprenden los significados de las palabras tras visualizar cómo los adultos nombran una cosa y se mueven hacia ella para señalarla, más tarde, la utilización de la palabra en distintos contextos oracionales daría cuenta de su correcto aprendizaje. Detrás de esta explicación se presupone otra concepción semántica que, tras ser citada en las IF, será denominada *concepción agustiniana del lenguaje* y sostiene que la esencia del lenguaje consiste en nombrar y combinar palabras: según esta posición las palabras del lenguaje nombrarían objetos y las oraciones serían combinaciones de palabras. En los términos anteriormente descritos, la teoría agustiniana sería profundamente *determinista*.

Efectivizando el quiebre con la postura del “primer Wittgenstein”, las IF realizarán dos ataques a la postura agustiniana: por un lado, se criticará la concepción esencialista que arguye que el lenguaje consiste en nombrar y combinar palabras, y, por otro lado, se criticará el tipo de concepción acerca del aprendizaje del lenguaje que se sigue de dicha teoría.

Según Penelas, la crítica de las IF a la teoría agustiniana pueden dividirse en dos ejes: por un lado, el *eje horizontal* denuncia una simplificación e indiferenciación semántica en la teoría del pensador de Hipona al no advertir la pluralidad y diversidad funcional de las palabras, tipo de oraciones y juegos de lenguaje, al respecto Wittgenstein cuestiona la primacía de la aserción sobre las órdenes y la interrogación, pero también presta atención a la imposibilidad de pretender catalogar exhaustivamente las prácticas lingüísticas y sus funciones (Penelas 2020: 123-137); por otro lado, el *eje vertical* realiza una crítica a la teoría

⁵ “Conceptos con límites fijos exigirían una uniformidad de conducta. Pero allí donde yo estoy *seguro* el otro vacila. Y esto es un hecho natural.” (Z, § 374)

ostensiva y a la pretensión de que pueda aprenderse un lenguaje a través de definiciones, puesto que aun atendiendo a la función lingüística de la nominación, descripción o representación (único *quid* de la teoría agustiniana), el modo en que éstas se conciben ignora las motivaciones subyacentes y las acciones que vuelven competentes a los usuarios del lenguaje (Penelas 2020: 137-143).

En relación al *eje horizontal*, la crítica a la simplificación del lenguaje agustiniano aparece por primera vez al final del primer párrafo de las IF: si se envía a alguien a comprar con una hoja que dice “cinco manzanas rojas”, la nota no denotará el significado de las palabras sino el uso de las mismas (IF, § 1). Inmediatamente después, en el § 2, Wittgenstein inicia su famoso ejemplo del diálogo de los albañiles que muestra cómo el intercambio lingüístico excede a la idea de que las palabras designen solamente cosas. En oposición, el austríaco llegará a la conclusión de que el significado de las palabras del lenguaje no remite al señalamiento de cosas necesariamente determinadas sino al uso: “¿Qué designan, pues, las palabras de este lenguaje? - ¿Cómo debe mostrarse lo que designan si no es en su modo de uso?” (IF, § 10).

El protagonismo del uso efectivo de las palabras y su consecutiva propuesta conceptual de los *juegos de lenguaje* permite al “segundo Wittgenstein” alejarse de su antigua búsqueda de proposiciones elementales últimas, propia de la posición adoptada en relación atomismo metafísico, como también de aquella pretensión de alcanzar la esencia ideal de la proposición y del lenguaje. Abandonando la tesis de las funciones de verdad, la teoría pictórica del significado y la doctrina de que hay cosas que sólo pueden ser dichas y otras que sólo pueden ser mostradas, estas nuevas investigaciones wittgensteinianas se abocan al lenguaje coloquial con sus locuciones ordinarias, donde el sentido proposicional se amplía en consideración del empleo determinado contextualmente en cada caso.

Habiendo demostrado que el lenguaje no se agota en las formaciones lingüísticas asertivas y que no existen definiciones necesarias y rígidas para el habla, sino que el uso determina el significado contextual de las palabras, Wittgenstein también demuestra que no existe forma de clasificar todos los usos de la lengua. Su célebre ejemplo de la semántica como una *caja de herramientas* muestra la plasticidad y funcionalidad de la misma:

Piensa en las herramientas de una caja de herramientas: hay un martillo, unas tenazas, una sierra, un destornillador, una regla, un tarro de cola, cola, clavos y tornillos. - Tan

diversas como las funciones de estos objetos son las funciones de las palabras (...) Ciertamente lo que nos desconcierta es la uniformidad de sus apariencias cuando las palabras nos son dichas o las encontramos escritas o impresas. Pero su *empleo* no se nos presenta tan claramente. ¡En particular cuando filosofamos! (IF, § 11)

Aunque algunos confunden la uniformidad aparente de las palabras con la univocidad, él demuestra que existen distintos usos para las mismas y que éstas pueden usarse creativamente de *incontables* maneras. Esta incalculabilidad es la que permite a nuestro pensador preguntarse (sin poder responder) cuántos géneros de oraciones hay: "... Hay innumerables géneros: innumerables géneros de todo lo que llamamos «signos», «palabras», «oraciones»" (IF, § 23). Pero no sólo existe una simultaneidad de usos y funciones de las palabras actualmente en el lenguaje, la semántica está constitutivamente abierta a la temporalidad:

Y esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas; sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje, como podemos decir, nacen y otros envejecen y se olvidan (...) La expresión «*juego de lenguaje*» debe poner de relieve aquí que hablar el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida. (IF, § 23)

Impugnando el lenguaje como elemento meramente descriptivo y evidenciando la imposibilidad de constituir de una vez y para siempre el conjunto de todos los significantes, Wittgenstein relaciona constitutivamente el lenguaje y las *formas de vida*. Su aporte no se reduce a la importancia del lenguaje en relación a los procesos sociales o la postulación de la naturaleza social de los procesos de cambio conceptual, algo que ya era entendido en la epistemología y las ciencias sociales de su época: su innovación podría ser la consideración del cambio conceptual y lingüístico ya no como *efecto* de procesos sociales externos sino directamente *como* procesos sociales en sí mismos. Los juegos de lenguaje se entrelazan con las formas de vida porque son moldeados por ellas, pero también las moldean y modifican.

En relación al *eje vertical*, la crítica a la teoría ostensiva y a la pretensión de que el lenguaje pueda aprenderse a través de definiciones se vuelve explícita en el § 30 de las IF:

Se podría, pues, decir: la definición ostensiva explica el uso -el significado- de la palabra cuando ya está claro qué papel debe jugar en general la palabra en el lenguaje. (...) Tiene uno que saber (o poder) ya algo para poder preguntar por la denominación. ¿Pero qué tiene uno que saber? (IF, § 30)

Lo que uno tiene que saber antes de poder preguntar por la denominación es el *uso*, el contexto en que tiene sentido interrogar y comprender una respuesta sobre el significado de las palabras, puesto que “la definición ostensiva puede en todo caso ser interpretada de maneras diferentes” (IF, § 28). En definitiva, Wittgenstein sostiene que “para una gran clase de casos de utilización de la palabra «significado» -aunque no para todos los casos de su utilización- puede explicarse esta palabra así: el significado de una palabra es su uso en el lenguaje.” (IF, § 43).

Respecto a la forma en que las personas adquieren significativamente el habla según la tesis wittgensteiniana, es útil la noción de *contexto ontogenético* propuesta por Cabanchik. Según él, puede denominarse de este modo al conjunto indefinido de prácticas a través del cual un aún-no-hablante se convierte en hablante, en oposición⁶ al *contexto normalizado* en el que un hablante ya ejerce su condición como tal (Cabanchik 2010: 53). Puesto que los juegos de lenguaje se encuentran intrínsecamente entrelazados con las formas de vida y éstas últimas no revisten ningún contenido específico independientemente de la gramática de cada juego, el contexto ontogenético se caracteriza por la transmisión de las formas de vida a través del mismo lenguaje. Así, las prácticas lingüísticas que reflejan y constituyen las formas de vida comunitarias, instituyen al hablante en el contexto ontogenético y regulan el comportamiento de los hablantes en el contexto normalizado (Cabanchik 2010: 55).

Juegos de lenguaje: parecidos familiares del decir

Los *juegos de lenguaje* constituyen, sin duda alguna, el mayor aporte de las IF dado que condensan un plexo de significaciones imposibles de definir por fuera de la imagen esquiva, metafórica, pero efectiva del mismo juego. En su postulación, Wittgenstein se rehúsa a dar una definición exacta o una serie de condiciones necesarias y suficientes del concepto, sin

⁶ La distinción entre el contexto ontogenético y el contexto normalizado es meramente analítica y no se da como momentos diferenciados empíricamente. “¿Aprende el niño sólo a hablar o también a pensar? ¿Aprende el sentido de multiplicar *antes* -o *después* de multiplicar?” (Z, § 324)

embargo, esto no ocurre por incapacidad reflexiva o por inconsistencia, su *rechazo al principio de determinación del sentido* le impide dar respuestas de este tipo:

En vez de indicar algo que sea común a todo lo que llamamos lenguaje, digo que no hay nada en absoluto común a estos fenómenos por lo cual empleamos la misma palabra para todos, -sino que están *emparentados* entre sí de muchas maneras diferentes. (IF, § 65)

El párrafo anteriormente citado puede considerarse dentro de las IF como una declaración filosófica de alto voltaje por constituir un rechazo explícito a la determinación del sentido. El quiebre entre la palabra y la referencia ubica al lenguaje en un profundo indeterminismo; la profundidad del mismo no está solamente en el plano empírico, en la polisemia, la vaguedad, ambigüedad o polemicidad con que puedan utilizarse los términos, tampoco se agota en la variedad de usos efectivos, en la contextualidad y temporalidad que hacen a las palabras variar en cada ocasión, pueblo, cultura o tiempo: la palabra y la referencia tienen un quiebre *ontológicamente* inscrito, puesto que del mismo modo en que no está determinado el sentido en el plano lingüístico, tampoco lo está en el plano ontológico,⁷ no hay tal sentido.

Pues *puedo* darle límites rígidos al concepto de 'número' así, esto es, usando la palabra «número» como designación de un concepto rígidamente delimitado, pero también puedo usarla de modo que la extensión del concepto *no* esté cerrada por un límite. Y así es como empleamos de hecho la palabra «juego». ¿Pues de qué modo está cerrado el concepto de juego? ¿Qué es aún un juego y qué no lo es ya? ¿Puedes indicar el límite? No. Puedes *trazar* uno: pues no hay aún ninguno trazado. (IF, § 68)

De la *indeterminación ontológica* se deriva una *indeterminación del sentido*, puesto que no hay entidades trascendentes que justifiquen su ligazón con suficiencia y necesidad a las palabras que pretenden nombrarlas. El nexo entre la palabra y la referencia aparece como un constructo social, frágil, cambiante y contingente.

Es importante realizar una aclaración: el lenguaje es *contingente* pero no arbitrario. Que no exista un lazo de necesidad con el sentido y no existan entidades trascendentes que aten las palabras a una referencia, no significa que no haya ningún sentido provisorio. Atado

⁷ "El concepto de ser vivo tiene la misma indeterminación que la del lenguaje." (Z, § 326)

en tiempo y espacio a las formas de vida, con las licencias que permiten la creatividad de los actos de habla de una comunidad y los juegos de lenguaje posibles e imaginables, este sentido precario no es arbitrario, sino que está prefigurado socialmente. Contrariamente, si la indeterminación semántica fuera total no existiría manera de comunicarse.

Existen juegos de lenguaje habilitados y otros imposibles, no porque estén expresamente prohibidos, sino porque quizás no existen. La función comunicativa del lenguaje impide que los hablantes puedan mantener un lenguaje *privado* o un juego personal; para jugarse con alguien más, el resto de los hablantes deben hacer un uso compartido. Este uso no se enseña mediante reglas manifiestas, sino que se adquiere en el contexto ontogenético en que un hablante potencial se convierte en uno de hecho:

No podemos sustraernos a que con cada acto de habla se abra un horizonte de significaciones e interpretaciones potencialmente infinitas. Pero esto no constituye ningún espacio enrarecido, se lo piense como interno, mental y privado, o como trascendente y objetivo. Por el contrario, tal dimensión no preexiste al fenómeno del lenguaje sino que es generado por él en acto. Y no hay otro modo de recorrerlo que con más lenguaje. (Cabanchik 2010: 58)

A fin de cuentas, todo lo que hay son juegos de lenguaje. Un hipotético objetor platónico o esencialista podría criticar que, al hablar de éstos, Wittgenstein omite decir cuál es la esencia de los juegos de lenguaje y por lo tanto evita decir qué es el lenguaje en sí mismo. Pero la definición recursiva utilizada por el austríaco no es más que un juego retórico o juego de lenguaje para hablar de los mismos juegos de lenguaje puesto que no existe palabra u oración que no realice un rodeo o un nexo ficticio entre las palabras y las cosas.

Considera, por ejemplo, los procesos que llamamos «juegos». Me refiero a juegos de tablero, juegos de cartas, juegos de pelota, juegos de lucha, etcétera. ¿Qué hay de común a todos ellos? - No digas: «*Tiene que haber algún común a todos ellos o no los llamaríamos 'juegos'*» -sino *mira* si hay algo común a ellos. (IF, § 66)

Al no haber entidades trascendentes, determinaciones ontológicas, necesidad y suficiencia en el lenguaje o determinación del sentido, los juegos de lenguaje pueden comprenderse mediante la idea de *parecidos de familia*:

No puedo caracterizar mejor esos parecidos que con la expresión «parecidos de familia»; pues es así como se superponen y entrecruzan los diversos parecidos que se dan entre los miembros de una familia: estatura, facciones, color de ojos, andares, temperamento, etcétera, etcétera. -Y diré: los ‘juegos’ componen una familia. (IF, § 67)

Los parecidos de familia no tienen definición rígida, única o inequívoca: así como los miembros de una familia se parecen en rasgos que no comparten enteramente entre todos ellos, los juegos de lenguaje comparten una red lingüística y conceptual donde algunos se parecen a otros, los primeros se asemejan a los segundos en algunos rasgos y los segundos a los terceros en otros y esos a los primeros en algo y así sucesivamente.

La multiplicidad y diversidad contemplada bajo el concepto parecidos de familia no sólo ayuda a comprender la polisemia y la multivocidad de las palabras del lenguaje, sino que también ayuda a comprender la *polemicidad* de los conceptos políticos y filosóficos cuyos significados se debaten con el objetivo de acotar o encauzar de determinada manera dicha red conceptual. En este sentido, conceptos político-filosóficos como “libertad”, “igualdad”, “justicia” o “poder” pueden utilizarse con sentido, no porque refieran a alguna esencia universal conocida por todos los hablantes o porque señalen algún fenómeno puntual, sino porque en el marco de los juegos de lenguaje, pese a su controversia, pueden usarse estos conceptos atendiendo a los parecidos de familia que involucran una red de usos lingüísticos en conflicto: porque hay polisemia y potencial conflicto es que pueden haber diversas dimensiones, descripciones y connotaciones de ellos (Muñoz 2004a: 100).

Los juegos de lenguaje y la noción de parecidos de familia ayudan al “segundo Wittgenstein” a apreciar el lenguaje en su uso coloquial, múltiple e intencional. El abandono de la lógica, la teoría proposicional de la verdad y la concepción pictórica del lenguaje permite pasar de una concepción ideal a una concepción real del lenguaje. En este sentido, las críticas a la teoría agustiniana del lenguaje deben ser leídas como una fuerte impronta autocrítica, pues también apuntan al TLP y al apodado “primer Wittgenstein”:

Es interesante comparar la multiplicidad de herramientas del lenguaje y de sus modos de empleo, la multiplicidad de géneros de palabras y oraciones, con lo que los lógicos han dicho sobre la estructura del lenguaje. (Incluyendo al autor del *Tractatus logico-philosophicus*.) (IF, § 23)

La teoría del “segundo Wittgenstein” es resumida con claridad por Esteban Ferreyro de la siguiente forma: los significados no son cosas sino conceptos normativos que involucran reglas acerca de su uso correcto o incorrecto; esta normatividad no proviene de los significados entendidos como entidades mentales sino de las formas de vida corporizadas como prácticas sociales; no hay un funcionamiento lingüístico uniforme sino heterogéneo, sólo hay juegos de lenguaje, por lo que el significado de las expresiones está dado por las condiciones para su uso dentro de la práctica social (Ferreyro 2012: 58).

El problema de las reglas ¿cómo se juega al lenguaje?

No existe un nexo causal, esencial o necesario entre las palabras y su supuesta denotación, no existen trascendencias a modo de *superdurezas* que conecten el lenguaje con su referencia, no hay metalenguaje y sin embargo el significado existe. No es unívoco, necesario, exacto o preciso, el significado no está anclado en esencias o trascendentalismos, sino que tiene un carácter social profundamente arraigado en las formas de vida, en este sentido, el significado para Wittgenstein es *normativo*, es decir, existen parámetros lingüísticos de corrección e incorrección. A dicha cuestión sobre el seguimiento lingüístico se la conoce en las IF como el *problema de seguimiento de las reglas*.

El asunto de las reglas se pregunta por el modo en que los juegos de lenguaje son incorporados y continuados significativamente por los hablantes. Si no existen esencias o referencias que regulen el lenguaje ¿qué regla se sigue y cómo se sigue para que todos juguemos el mismo juego? ¿cómo jugamos, sin ninguna referencia, todos a lo mismo?

Existen diversas interpretaciones acerca de esta cuestión: aquellas que encuentran en las IF un ataque a las condiciones de justificación y aquellas más radicales que encuentran un ataque a la idea misma de significatividad. El mayor exponente de la segunda interpretación es Saul Kripke, a quien seguiré para exponer dicha cuestión.

En las conferencias inmortalizadas en su libro *Wittgenstein a propósito de reglas y lenguaje privado* (1982) Kripke sostiene que la negación a que exista el lenguaje privado es un

subproducto o aplicación del argumento general involucrado en la solución de la *paradoja escéptica*. Ésta expresa que a pesar de que la conducta lingüística de las personas se conforme por un conjunto finito de usos sígnicos, su correcta aplicabilidad es potencialmente infinita. Al respecto, Kripke desarrolla un problema matemático para poner en tela de juicio la significatividad discursiva, con él no se dirige a la corrección aritmética sino a la corrección metalingüística, dado que el corazón del argumento escéptico sostiene que *no hay hechos semánticos*. Saul Kripke encuentra el puntapié de dicha paradoja en el § 201 de las IF:

Nuestra paradoja era ésta: una regla no podía determinar ningún curso de acción porque todo curso de acción puede hacerse concordar con la regla. La respuesta era: si todo puede hacerse concordar con la regla, entonces también puede hacerse discordar. De donde no habría ni concordancia ni desacuerdo.

Que hay ahí un malentendido se muestra ya en que en este curso de pensamientos damos interpretación tras interpretación; como si cada una nos contentase al menos por un momento, hasta que pensamos en una interpretación que está aún detrás de ella. Con ello demostramos que hay una captación de una regla que *no* es una *interpretación*, sino que se manifiesta, de caso en caso de aplicación, en lo que llamamos «seguir la regla» y en lo que llamamos «contravenirla».

De ahí que exista una inclinación a decir: toda acción de acuerdo con la regla es una interpretación. Pero solamente debe llamarse «interpretación» a esto: sustituir una expresión de la regla por otra. (IF, § 201)

La exposición del problema de las reglas concluye prontamente en la inexistencia del lenguaje privado, es decir, la posibilidad de utilizar el campo semántico de un modo íntimo y personal que no contenga la posibilidad de comunicar o se ate a criterios de normatividad:

Por tanto «seguir la regla» es una práctica. Y *creer* seguir la regla no es seguir la regla. Y por tanto no se puede seguir ‘privadamente’ la regla, porque de lo contrario creer seguir la regla sería lo mismo que seguir la regla. (IF, § 202)

Desafiando las interpretaciones clásicas sobre las IF que concibieron el argumento contra el lenguaje privado en relación a las sensaciones, según Kripke, éste no es más que un ejemplo

de un argumento mayor que afecta a la totalidad del lenguaje: ¿por qué el lenguaje privado sería imposible y el lenguaje público no? ¿En qué se sustenta su posibilidad de significación?

El problema principal no es: «¿Cómo podemos mostrar que el lenguaje privado —o alguna otra forma especial de lenguaje— es *imposible*?»; sino más bien: «¿Cómo podemos mostrar que *un lenguaje* absolutamente *cualquiera* (público, privado, o lo que sea) es *posible*» (Kripke 2006: 75)

El argumento escéptico sostiene que no hay hechos semánticos, por lo tanto, la paradoja radica en que a pesar de no haberlos sí *hay significatividad*, es decir, no existe referencia del lenguaje para que éste no se desvanezca en el aire y sin embargo existen las reglas. Según Kripke, la solución wittgensteiniana a la paradoja escéptica es escéptica también: puesto que acepta la inexistencia de hechos semánticos, es decir, admite que no hay metalenguaje, pero resuelve el conflicto asumiendo que una afirmación de este tipo no puede responderse por otra vía que la del mismo escepticismo, dado que de otro modo habría que señalar la existencia de hechos semánticos concretos. El núcleo de la solución contra el lenguaje privado ofrece la salida al problema de la significación en un sentido general: el seguimiento de las reglas lingüísticas tiene carácter social.

Al respecto, sostiene Wittgenstein que seguir la regla es una práctica, en cambio “creer seguir la regla” no, puesto que, si las reglas pudieran seguirse privadamente entonces creer seguir la regla y seguir la regla serían exactamente lo mismo, pero no lo son (IF, § 202). La adecuación a éstas no puede darse íntimamente, puesto que no hay otro parámetro de corrección que aquel que la comunidad misma sostiene. Este carácter normativo del lenguaje, que se enseña a los potenciales hablantes en el contexto ontogenético y regula el habla efectiva en el contexto normalizado, se sostiene nada más y nada menos que en las prácticas sociales. Pero ¿cuál es la corrección de dichas prácticas?

Seguir una regla es análogo a: obedecer una orden. Se nos adiestra para ello y se reacciona a ella de determinada manera. ¿Pero qué pasa si uno reacciona *así* y el otro *de otra manera* a la orden y al adiestramiento? ¿Quién está en lo correcto? (IF, § 206)

Seguir una regla no consiste en obedecer una orden, puesto que no siempre son directivas fijas las que ordenan el discurso y no lo hacen explícitamente, seguir una regla *es como* obedecer una orden: Hay una normatividad y un adiestramiento, hay comportamientos lingüísticos adecuados y otros inadecuados... y “raros”. Hablar el lenguaje es una forma de estar en el mundo con otros, una manera de comportarse. El campo semántico wittgensteiniano no debe entenderse como *efecto* de los procesos sociales externos sino como procesos sociales *en sí mismos*, por lo tanto, la adquisición de reglas no debe entenderse como la ejecución de una tarea minuciosamente ordenada con antelación, sino como un modo habitual de conducirse lingüísticamente en comunidad.

Pero ¿todos deben comportarse igual? ¿Hay diversas respuestas al adiestramiento? Dado que el lenguaje es creativo, fluctuante, histórico y constructivo, no todos deben hablar igual, sólo que sus modos de hablar deben ser compartidos, o al menos comprendidos, por su comunidad. Las diversas respuestas al adiestramiento semántico no pueden escapar a las prácticas de la comunidad, y por eso, la respuesta al interrogante “¿quién está en lo correcto?” puede responderse apelando al implícito o explícito código social. La corrección del lenguaje no depende de cosas, esencias o entidades trascendentes, puesto que no hay metalenguaje, corrección semántica y reglas remiten a lo que los hombres convienen:

¿Dices, pues, que la concordancia de los hombres decide lo que es verdadero y lo que es falso?» - Verdadero y falso es lo que los hombres *dicen*; y los hombres concuerdan en el *lenguaje*. Ésta no es una concordancia de opiniones, sino de formas de vida. (IF, § 241)

Según la interpretación de Kripke, seguir una regla sin justificación no es algo que ocurre excepcional sino habitualmente. Fundamentalmente, el lenguaje es una práctica sustentada sobre la nada: no hay metalenguaje, sólo hay comunidad y hay habla. Para él, los elementos que ayudan a continuar una regla a falta de hechos semánticos son tres: la *concordancia* en tanto exhibición de conformidad conductual con la comunidad, la *regularidad* empírica en que se manifiesta un acuerdo de formas de vida y los *criterios externos* sin justificaciones adicionales (Kripke 2006: 107-116). ¿Cómo se evidencian estos criterios? Kripke ejemplifica:

De alguien distinto de nosotros decimos que sigue una cierta regla cuando sus respuestas concuerdan con las nuestras y, cuando no, lo negamos. ¿Pero cuál es la utilidad de esta

práctica? Su utilidad es evidente y puede sacarse a la luz si consideramos de nuevo a un hombre que compre algo en la tienda. El cliente, cuando trata con el tendero y pide cinco manzanas, espera que el tendero cuente del mismo modo que él lo hace, no en concordancia con alguna regla no-estándar estafalaria, Y por eso, si sus negocios con el tendero conllevan un cálculo, tal como el de «68 + 57», el cliente espera que la respuesta del tendero concuerde con la suya. (Kripke 2006: 104)

Existen elementos que evidencian el seguimiento de la regla, sin duda. El ejemplo kripkeano muestra a todos ellos (concordancia, “bruto acuerdo” en las formas de vida y criterios externos), sin embargo, revela algo más importante: entre el hablante y su interlocutor existe la mediación de una espera segura, la expectativa de que el otro diga lo que estoy esperando que diga ante una pregunta que comúnmente entendemos como objetiva, por ejemplo, la respuesta sobre un cálculo. Esta seguridad en que descansa el lenguaje es la *confianza intersubjetiva* que forma los vínculos humanos: "Nuestras vidas enteras dependen de incontables interacciones como esas, y también del «juego» de atribuir a los demás el dominio de ciertos conceptos o reglas, mostrando así que esperamos que ellos se comporten como lo hacemos nosotros" (Kripke 2006: 105).

Respecto a la cuestión de la confianza como cimiento del lenguaje, Maria Balaska también analiza la importancia de la misma en el pensamiento de Wittgenstein, pero lo hace principalmente a través de sus diarios de 1914-1916. Según ella, el pensador austríaco realiza dos movimientos: en primer lugar, presenta el problema de la falta de fundamento del lenguaje, éste es imposible de fundamentar definitivamente puesto que las instancias en las que puede aplicarse las palabras, los conceptos, expresiones y actos de habla siempre pueden ampliarse respecto al contexto y la intencionalidad particular de enunciación; y en segundo lugar, intenta calmar la necesidad de fundamentarlo definitivamente, puesto que el significado puede darse por sentado sin apelar a explicaciones trascendentes sino confiando en el mismo ejercicio lingüístico. Según ella, esta confianza no representa una actitud de ingenuidad filosófica sino un *gesto pragmático*: confiar en el lenguaje no es dar por sentado que las palabras significan cosas o señalar un significado independiente, confiar en éste no significa pensar que el lenguaje es claro, sino pensar que la claridad puede lograrse *a través* del mismo lenguaje. La confianza permite que el sentido sea recuperado para poder comunicarse con otros (Balaska 2019: 20).

Otra forma de pensar la confianza subyacente al lenguaje es concebirla como *entrega imaginaria*. Karczmarczyk sostiene que la solución escéptica al problema de las reglas coloca las atribuciones semánticas en el contexto cotidiano para que pueda apreciarse el rol que desempeñan y pueda verse el acuerdo comunitario sobre las reglas. La normatividad del discurso, sin constituirse en garante del proceso, se revela como marco para las atribuciones y contra-atribuciones de corrección o incorrección semántica (Karczmarczyk 2012: 27-28) y sostiene: “aunque falten las garantías objetivas, la condición del hablante es la de estar inmerso en un espacio de evidencias que le garantizan su proceder. Es razonable caracterizar a esta modalidad de las garantías como entrega imaginaria” (Karczmarczyk 2012: 35).

La confianza y la entrega imaginaria son formas de intersubjetividad, de empatía, base de la vida en sociedad. La normatividad lingüística se inscribe en este terreno y no en el de la absoluta calculabilidad:

¿Puede aprenderse el conocer a los hombres? Sí; algunos pueden aprenderlo. Pero no tomando lecciones, sino a través de la *‘experiencia’*. - ¿Puede ser otro nuestro maestro en esto? Sin duda. De vez en cuando nos hace la *advertencia* correcta. - Así son aquí *‘aprender’* y *‘enseñar’*. -Lo que se aprende no es una técnica; se aprende a hacer juicios correctos. También hay reglas, pero no constituyen un sistema, y sólo el experto puede aplicarlas correctamente. A diferencia de las reglas de cálculo. (IF, XI p. 479)

Conocer las reglas equivale a conocer a los hombres (y a las mujeres, por supuesto), pero este conocimiento que no es rígido, lógico, deductivo o matemático, tampoco es un saber académico antropológico: este saber de la experiencia funciona a modo de juego, el lenguaje se aprende hablándolo y a los hombres se los conoce en el trato, siendo uno de ellos.

El aprendizaje que se da en el contexto ontogenético no ubica al lenguaje como saber accesorio a las personas sino como un elemento constitutivo de las mismas. La subjetividad, en sentido fuerte, no está atravesada por el lenguaje sino constituida por él. La identidad, la acción y el pensamiento no existen independientemente de la semántica: cuando se es, se hace y se piensa con palabras. Sobre la intrínseca unión entre pensamiento y palabra Wittgenstein dice: “cuando pienso con el lenguaje, no me vienen a las mientes *‘significados’* además de la expresión verbal; sino que el lenguaje mismo es el vehículo del pensamiento.”

(IF, § 329); sobre la conexión entre lenguaje y acción que denota intencionalidad dice “significar es como dirigirse hacia alguien” (IF, § 457).

Indeterminismo y normatividad lingüística: toda regla es social

Pero la dimensión lingüística no sólo constituye la subjetividad en sentido restringido o personal, sino que también constituye el discurso común que hace de un conjunto de personas algo más que individuos aislados, es decir, una comunidad. La inexistencia del lenguaje privado y la existencia de los juegos de lenguaje como formas de vida revelan el carácter social de la palabra, pero ¿qué es el lenguaje y por qué tiene la forma que tiene?

Pese a la ilusión que parece indicar que el lenguaje guarda su verdad más profunda en el ocultamiento y que detrás del velo hay alguna esencia, peculiaridad o *súper*-orden entre *súper*-conceptos (IF, § 97), no existe tal cosa. Lo que se dice y lo que puede decirse, lo que acontece en la superficie es el lenguaje, debajo suyo como esencia, característica primordial o entidad trascendental no hay nada, no hay metalenguaje. Sin embargo, la normatividad de la palabra expresa un orden y no todos los órdenes posibles. El discurso es contingente mas no arbitrario, no tiene ningún vínculo trascendental ni guarda con las cosas una relación de necesidad, sin embargo, expresa un orden que, aunque podría ser otro, es el que efectivamente hay. Entender el lenguaje es comprender la nada que constituye su particularidad, su forma discursiva, lo social: “queremos establecer un orden en nuestro conocimiento del uso del lenguaje: un orden para una finalidad determinada; uno de los muchos órdenes posibles, no *el* orden” (IF, § 132).

A mi juicio, el lenguaje, tal como es descrito por Wittgenstein, puede ser considerado bajo la forma en que Oliver Marchart describe el *posfundacionalismo*. Si el *fundacionalismo* filosófico se caracteriza por la reificación de principios innegables e inmunes a la revisión y localizados ajenas a la sociedad y la política, como entidades trascendentes que fundan el orden desde afuera, el posfundacionalismo reacciona frente a éstos (Marchart 2009: 26). Sin embargo, no debe confundirse el posfundacionalismo con el *antifundacionalismo*: mientras que para el último no existe ningún fundamento operante, el primero reconoce que existen principios rectores, aunque sean contingentes. El problema no se plantea en torno a la existencia de fundamentos necesarios y trascendentes o a la falta de ellos, en términos de “todo o nada”, sino de fundamentos no-necesarios, no-trascendentes o históricos:

El debilitamiento ontológico del fundamento no conduce al supuesto de la ausencia total de todos los fundamentos, pero sí a suponer la imposibilidad de un fundamento último, lo cual es algo enteramente distinto, pues implica la creciente conciencia, por un lado, de la contingencia y, por el otro, de lo político como el momento de un fundar parcial y, en definitiva, siempre fallido. (Marchart 2009: 15)

Aunque el trabajo de Marchart esté orientado al análisis de la ontología política, considero pertinente realizar esta interpretación que permite pensar a Wittgenstein como un filósofo posfundacionalista. En su obra, la indeterminación ontológica y el rechazo al principio de determinación del sentido arremeten contra todo fundacionalismo filosófico, sin embargo, la normatividad semántica propuesta por los juegos de lenguaje separan esta teoría de todo tipo de antifundacionalismo: que no existan fundamentos trascendentes, ontológicamente determinados y que rijan el sentido unívocamente, no significa que no existan principios rectores para el lenguaje y para lo social.

El entramado de los juegos de lenguaje y las formas de vida⁸ o el lenguaje y lo social explica cómo el posfundacionalismo que Marchart encuentra en el pensamiento político puede habitar en la filosofía del lenguaje wittgensteiniana. Según éste, los principios fundamentales sostenidos por las teorías posfundacionales son paradójicos, puesto que son imposibles, pero en esta imposibilidad se revelan necesarios: imposibles porque no pueden determinarse ontológicamente con necesidad y ahistoricidad, pero necesarios porque lo social, como el lenguaje en este caso, no puede carecer de absoluto sentido o normatividad.

La operación paradójica efectuada por los fundamentos contingentes los presenta como ausentes: la falta de fundamento último se presenta en la apertura del significado: “al afirmar que el fundamento sigue presente en su ausencia, subrayamos el hecho de que dicha ausencia no implica que el proceso de fundar se detenga”, es decir su contingencia no lo anula ni lo vuelve arbitrario, puesto que “el fundamento continúa siendo, en cierta medida, operativo en cuanto fundamento sólo sobre la base de su ausencia misma”, de allí colige Marchart que la ausencia de fundamento no debe entenderse como una simple ausencia

⁸ “Para nosotros, el lenguaje no se define como una institución que cumple con un propósito determinado. No, para nosotros, más bien «el lenguaje» es un nombre colectivo, y por él entiendo el español, el inglés, etcétera, y otros varios sistemas de signos más o menos afines a tales lenguajes.” (Z, § 322)

(Marchart 2009: 34). En esta línea sugiero concebir el lenguaje según Wittgenstein, puesto que la unión entre lenguaje y formas de vida acerca la dimensión semántica a la política.

Wittgenstein y la política: lecturas conservadoras y radicales; lecturas pragmatistas y deconstructivas

El aporte de Wittgenstein a la filosofía política no estaría dado en forma teórica o propositiva, sino como herramienta crítica. Según Allan Janik, su filosofía política no podría proporcionar un análisis descriptivo del comportamiento de la política institucional, tampoco una teoría normativa sobre justificaciones ético-políticas: un enfoque wittgensteiniano debería poder lidiar con la multiplicidad de formas lingüísticas que utiliza el discurso político para reflexionar sobre la formación y uso de sus conceptos (Janik 2003: 100).

Según Janik una filosofía política wittgensteiniana ayudaría a dilucidar: 1. cómo se integran las reglas que guían la capacidad política de actuar; 2. cómo los conflictos tienen su origen en el seguimiento de las mismas, exponiendo la dimensión conceptual y trágica de la política; 3. explicar por qué no podría haber criterios acontextuales de racionalidad; 4. dar una idea aristotélica de lo político como actividad vital humana no reducida a una esfera particular por la inexistencia del lenguaje privado; y 5. mostrar que nuestra reflexión sobre las reglas está permeada por nuestro propio seguimiento de ellas (Janik 2003: 116).

Cecilia Macón resalta tres ejes que pueden guiar la investigación sobre los usos de la filosofía wittgensteiniana en la política: el primero se centra en el rol de las emociones en el cambio gramatical, éste requiere considerarlas no como fundacionales o naturales sino como fuerzas contingentes que cumplen de hecho un rol en lo político; el segundo se relaciona con el cambio político y el cambio conceptual, el interrogante crucial al respecto es el que intenta responder si el cambio conceptual favorece el cambio político o si la relación de cambio se da del revés; y el tercero es el que vincula conflictividad y consenso, según Macón no debe considerarse que la complejidad, la conflictividad y la incompletitud sean características de lo político, sino que la presencia de estas características es justamente lo que torna ciertas cuestiones, más allá de su contenido, en políticas (Macón 2006: 114-117).

Federico Schuster, por su parte, entiende que una política wittgensteiniana incluiría las siguientes dimensiones: discursividad-actividad, carácter instituyente, dimensión pública, conflictividad, comunicación y decisión (Schuster 2006: 110). Según él, la política, que no puede no ser plural, tiene una racionalidad que no yace en su carácter científico sino en la

capacidad de formular discursos sistemáticos en los que contenga su aspecto conflictivo y su propia diversidad. Para abordarlos, sostiene Schuster, la política asume dos herramientas: por un lado, la comunicación, que establece las condiciones discursivas de integración de lo diverso junto al máximo consenso posible, y por el otro, la decisión, que enfrenta la indeterminación última de lo social para cerrar el quiebre de lo existente.

Ambos elementos se combinan entre sí, porque el consenso requiere de la comunicación pero ella no es el resultado de una ecuación que equilibre las opciones existentes, sino de la capacidad activa de instalar un proyecto que las encadene, permitiendo su superación (provisoria al menos). Y ése es el punto de la decisión. Es el corte a la serie indefinida, por medio de la instauración (discursivo/activa) de un hecho nuevo, de capacidad instituyente. Si la política fuera comunicación sin decisión, el consenso sólo sería posible como resultado potencialmente infinito de una cadena argumentativa. Si la política sólo fuera decisión, no habría consenso y el respeto de la diferencia correría serio riesgo. (Schuster 2006: 111)

Si la filosofía wittgensteiniana tiene como objetivo librarse del embrujo lingüístico y deshacerse de la mala interpretación que supone una verdad debajo de lo superficial, una apuesta política coherente debe desentramar los juegos que operan en una comunidad revelando sus formas manifestadas en la llamada superficialidad de los juegos de lenguaje.

Tal filosofía debe ser capaz, no de describir un significado esencial pretendido, sino de comprender el empleo de las palabras en el discurso político, el acuerdo o desacuerdo en su uso, la puja conceptual por la instalación de una noción pretendida, la relación entre los juegos lingüísticos y sus respectivas formas de vida, el modo de capturar lo disperso a través del nombramiento de una identidad o movimiento político, comprender los usos para los que el nombramiento se da como preparación, deshacer y complejizar ideas aparentes de lo simple y lo compuesto, exponer los parecidos familiares entre los distintos conceptos e identidades, reflexionar sobre los límites y las posibilidades de acción que guardan las reglas impuestas por la comunidad política.

La riqueza conceptual de los juegos de lenguaje wittgensteinianos permite una relectura política de éstos en diversos ámbitos. Una primera categorización podría darse entre

las lecturas políticamente conservadoras y las más radicales. Una segunda categorización podría darse entre las lecturas pragmatistas y las deconstructivistas.

En relación a la primera clasificación, entre lecturas conservadoras y radicales, sostiene Muñoz que la lectura conservadora resulta de una exégesis peculiar de la noción de juegos de lenguaje, de la idea de gramática y de la comunidad de certezas (Muñoz 2004b: 205). La interpretación conservadora estaría garantizada por un supuesto inmovilismo donde la imposibilidad de fijar condiciones necesarias y suficientes de corrección proporcionaría una inviabilidad de crítica o cambio político (Muñoz 2004b: 206-207). Que las condiciones de corrección no puedan darse racionalmente desde un fundamento ontológico mayor, no significa que entonces deban ser o completamente relativas o dadas de forma necesaria y suficiente por las reglas: Muñoz sostiene que frente al completo relativismo gramatical debe suponerse una noción de validez sostenida por las reglas pero éstas no deben interpretarse a través de la idea de necesidad y suficiencia, sino de convenciones o acuerdos sociales posibilitado la crítica interna y el cambio (Muñoz 2004b: 209). Por último, en lo que refiere a la comunidad de certezas, sostiene que los juicios concordantes cobran fuerza en las formas de vida compartidas aunque los criterios para justificar la creencia que se afirma en las proposiciones no sean dados por relación con la realidad (Muñoz 2004b: 211-212).

Según Michael Temelini las lecturas conservadoras leen el “método terapéutico” propuesto en el § 133 de las IF como un procedimiento escéptico. Dicho escepticismo privilegia el entendimiento monológicamente, como un entrenamiento dentro de una forma de vida compartida haciendo hincapié en la situación de aprendizaje lingüístico, es decir, el potencial hablante se comportaría como un receptor pasivo frente a otro que enseña. En conclusión, el escepticismo terapéutico que reduce la comprensión al entrenamiento y su correspondiente necesidad de obediencia ciega sólo puede llevar a posturas conservadoras sobre el aspecto político de la vida social (Temelini 2015: 15-20).

Contrariamente a la interpretación conservadora, Temelini propone una lectura que hace hincapié en el carácter dialógico de la propuesta de Wittgenstein. Según él, los textos escritos a partir de 1930 hasta su muerte, involucran constantemente el punto de vista opuesto u objeciones a lo que él mismo propone. El diálogo con el interlocutor imaginario no es sólo un recurso estilístico o una figura de estilo literario, sino que destaca el rol necesario de la comparación de perspectivas respecto a un mismo problema. La conversación filosófica con el interlocutor habilita el criterio de visión panorámica o representación perspicua y éste

es el *quid* que esquivan los lectores conservadores de Wittgenstein: el lenguaje no se aprende principalmente por obediencia o entrenamiento, sino por empatía. El hablante no aprende para obedecer, ya que no estaría ni siquiera en condiciones de saber por qué o para qué; el hablante aprende empáticamente para convivir con sus pares y esa unión de formas de vida es la que hace al carácter práctico y social del lenguaje (Temelini 2015: 40-94).

En su artículo *The politics of Wittgenstein*, Moore explica que quienes ven como conservador a Wittgenstein enfatizan en la estabilidad de las formas de vida y los juegos de lenguaje, mientras que quienes lo ven como radical, liberal o escéptico lo hacen enfatizando el carácter contingente de estos juegos de lenguaje y formas de vida (Moore 2004: 676).

Contra las interpretaciones conservadoras, las lecturas más radicales de Wittgenstein se acentúan en la posibilidad de crítica interna a las reglas por parte de la misma comunidad, habilitando la mutación de las formas de vida compartidas y, por ende, posibilitando el cambio conceptual. Dentro de este tipo de interpretaciones podemos incluir el trabajo de Ernesto Laclau y de Chantal Mouffe. Según ella, el abordaje de la praxis democrática desde una perspectiva wittgensteiniana implica comprender que para reflexionar sobre la democracia no se necesitan teorías de verdad o de nociones universales como las de validez o incondicionalidad, sino reconocer la multiplicidad de prácticas y cambios gramaticales atendiendo al discurso y la persuasión (Mouffe 2009, 65-66). Horacio Martínez sostiene que la visión wittgensteiniana de la pluralidad a través de la cual se constituyen las identidades subjetivas se beneficia con el agonismo político de Mouffe. A mi juicio, Laclau también recupera en su filosofía el antagonismo como elemento central e ineliminable de la política, lo que le permite concebir una pluralidad social atravesada por relaciones de poder. Como consecuencia, las palabras de Martínez sobre Mouffe bien podrían aplicarse a Laclau o a casi cualquier miembro de la Escuela del Discurso de Essex: concebir las prácticas sociales como juegos de lenguaje wittgensteinianos junto a la noción foucaultiana de regímenes de verdad y las jerarquías de poder que las atraviesan fortalece una concepción de la democracia real lejos de la ingenuidad de suponerla como un “bien en sí” (Martínez 2017: 13).

También Dimitris Gakis reconoce una lectura doble de la obra wittgensteiniana, pero no entre conservadores y radicales sino entre liberales y posmarxistas: mientras los primeros se centrarían en la aplicación instrumental del análisis de las reglas impuestas, por ejemplo, mediante el esclarecimiento de conceptos políticos como “libertad” o “Estado”, los segundos también harían una aplicación instrumental de las IF a través de los juegos de lenguaje y las

formas de vida (Gakis 2018: 230). Para él, las IF ofrecen distintas claves para pensar la política contemporánea desde un enfoque emancipatorio radical: la biopolítica en la encarnación del lenguaje, la lingüistificación del cuerpo y la comunión de lo privado con lo objetivo, permitirían trazar una crítica de la heteronomía como alienación concreta en la forma actual del capitalismo tardío caracterizado por la hegemonía de lo inmaterial (Gakis 2018: 246).

En relación a la segunda clasificación interpretativa, Wittgenstein puede leerse desde una postura pragmatista o desde una postura deconstructivista. En *The Legacy of Wittgenstein: pragmatism or deconstruction* (2001), libro compilado por Ludwig Nagl y Chantal Mouffe se ofrecen distintas perspectivas sobre la obra del pensador austríaco.

En defensa de una lectura pragmatista Putnam sostiene que las reglas están más o menos dadas de antemano por la comunidad; aunque sea injustificable, el significado se basa de manera confiable en las formas de vida. Esto quiere decir que generalmente el significado de las palabras responde a su uso aceptado por la comunidad lingüística, de modo que si alguien usa una palabra en un caso donde no se cumplen los criterios para su uso familiarizado, no puede proyectarse automáticamente el uso creativo sin una explicación sobre cómo entender en ese contexto la palabra, así, los juegos de lenguaje permanecen generalmente reglados y los nuevos usos lingüísticos deben justificarse (Putnam 2001: 22).

Contrariamente, en defensa de una lectura deconstructivista, Henry Staten sostiene que las lecturas wittgensteinianas desde el pragmatismo se basan en una combinación del parecido familiar entre juegos reales con la descripción más metafórica de nuestros diversos usos del lenguaje como juegos, sin embargo, las prácticas reales serían más complejas y menos estables, ya que el enfoque deconstructivo demostraría que la realidad social es una incrustación ilimitada y abismal de contextos (Staten 2001: 44). Para él, los juegos permiten ilustrar el funcionamiento general del lenguaje⁹, así, la idea de juego de lenguaje se convierte en metáfora o catacreción del funcionamiento de los demás conceptos (Staten 2001: 52).

La interpretación deconstructivista de Wittgenstein por parte de Staten fue sumamente influyente en lo que se conoce como la *Teoría del Discurso de la Escuela de Essex*. Dicha teoría sostiene una concepción maximalista del discurso que sostiene que todos los objetos son objetos discursivos puesto que sus significados dependen de un sistema de reglas y diferencias construido socialmente. El texto fundacional de esta escuela fue HyES (1985) de

⁹ “Compárese: inventar un juego -inventar un lenguaje- inventar una máquina” (Z, § 327)

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, más tarde sus ideas fueron desarrolladas en el programa de postgrado “Ideología y Análisis del Discurso” de la Universidad de Essex por autores como David Howarth, Aletta Norval y Yannis Stavrakakis (Soage 2006: 53). La recepción y el abordaje que dichos intelectuales hicieron de Wittgenstein fue sumamente influenciado por el libro de Henry Staten *Wittgenstein and Derrida* (1984) que ofrece la interpretación de un Wittgenstein deconstructivista (Martínez 2017: 4).

Además de los juegos de lenguaje, la ausencia de un plano no-lingüístico ulterior, la indeterminación ontológica y el sentido socialmente conferido, una de las ideas más notorias de las IF para la Escuela de Essex, según la lectura de Staten, es la de *exterior constitutivo*: para él, la integridad del interior de un juego de lenguaje sólo podría ser una unión limitada a nivel sociopolítico, es decir, donde hay una comunidad acotada que excluye a otros como exterior, hay un juego de lenguaje cohesivo al interior, y es sólo al amparo de esta frontera, real o imaginaria, que podemos seguir ciegamente la regla sin elegir. Para Staten, lo que la razón pragmática afirma es su sentido de pertenencia a una comunidad que valida los actos lingüísticos a los que sus intuiciones guían, de modo que aquellos que no compartan estas intuiciones serán considerados externos o ajenos a la comunidad (Staten 2001: 59).

En su libro, *Wittgenstein and Derrida* (1984) Staten desarrolla la idea de exterior constitutivo a partir de Jacques Derrida: dado que las identidades no son esenciales, si X se constituye a partir de no-X, no-X funciona como exterior o límite a la identidad de X negándola y afirmándola identitariamente a través de esa misma negación. De este modo, aquello que posibilita la afirmación positiva de una identidad, también evita que se cierre por completo (Staten 1984: 17). Mientras que la gramática metafísica ha subordinado el accidente a la esencial y lo empírico a lo lógico, la gramática deconstructiva funciona de forma contraria, deformando e impidiendo que se alcance una forma trascendental. Para Staten, la noción de juegos de lenguaje y el modo de seguimiento de las reglas participan de este tipo de gramática, puesto que presentan una ley esencial de contingencia (Staten 1984: 18). La *différance* derridiana estaría presente en las reglas wittgensteinianas, puesto que ellas determinan el lenguaje, pero no están ellas mismas determinadas (Staten 1984: 134).

La deconstrucción, tal como la practicaron Derrida o Wittgenstein, cuestiona la presencia de cualquier identidad ideal [*ideal self-sameness*], ya sea en el sujeto, el objeto, el significado, las palabras o las reglas. El lenguaje sigue siendo, para ellos, una cosa común

[*a common thing*], porque es esencialmente independiente de la propia intención de cualquiera de hacerlo significar. Sin embargo, esta comunión, debido a que carece de una base en la auto-mismidad ideal, de ninguna manera predestina la intersubjetividad al consenso.¹⁰ (Staten 1984: 111)

Staten relaciona la filosofía wittgensteiniana con el deconstructivismo de Derrida. Para él, el antiesencialismo metafísico y el antideterminismo semántico serían apuestas en común contra la ontología tradicional que ha subordinado el lenguaje al plano esencial-lógico. La posibilidad de significar estaría dada por las formas de vida que comparten entre sí los miembros de una comunidad, éstas determinarían en un sentido generalmente predecible pero abierto las reglas que organizan los juegos de lenguaje. El aspecto estable de las reglas se basa en la asunción de la identidad comunitaria asegurada por un exterior constitutivo formado por aquellos sujetos que no pertenecen a la comunidad lingüística y cuyas prácticas discursivas no son consideradas habilitadas por las reglas imperantes. Sin embargo, la frontera comunitaria lingüística no está fijamente determinada y las reglas no son rígidas ni *a priori* determinadas, por lo que el límite que designa aquello que puede hacerse o decirse es contingente y puede ser sometido a crítica interna, ataque externo o cambio.

La lectura deconstructivista de Wittgenstein por parte de Staten, junto a la lingüística posestructuralista y los aportes de la teoría marxista dieron lugar a una noción de discurso sumamente compleja por parte de la Escuela de Essex, para ellos...

La naturaleza ontológica del discurso es especificada como “ontología de la diferencia”, la cual nunca cierra como totalidad, ya que todo significante remite a otro y ninguno de ellos reviste algún tipo de jerarquía semántica que le permita acabar absorbiendo las diferencias entre “juegos de lenguaje”. De este modo, el sentido nunca alcanza la plenitud ni el gozo de experimentar la saciedad de significado por parte de sus significantes. Así la sociedad se funda en la propia imposibilidad de existir plenamente, y es esa fuerza sin objeto que la satisfaga, la que posibilita y constituye el carácter conflictivo de la política. El conflicto está dado por la lucha constante para alcanzar “hegemonía”, pensada ésta como un ejercicio persuasivo de naturaleza cultural de acuerdo a la acepción gramsciana del término. (Martínez 2017: 5)

¹⁰ Traducción propia.

Mouffe también realiza una lectura deconstructivista de Wittgenstein emparentándolo con Derrida y centrándose en los aportes que realizan las nociones de juego de lenguaje y reglas para pensar la comunidad, diferencia y democracia. Para ella, la *indecidibilidad* derridiana de los conceptos muestra un conflicto imposible de clausurar, puesto que una elección ética política o semántica siempre se toma en exclusión de otra, de la misma manera, el hincapié en la contingencia de la regla wittgensteiniana la revela siempre abierta, cuestionable y problemática, ya que seguir la regla no es interpretarla sino *decidir* sobre ella:

Para Derrida, la indecidibilidad [*undecidability*] no es un momento que pueda ser atravesado o superado, puesto que los conflictos de deber son interminables. Nunca puedo estar satisfecho de haber hecho una buena elección, ya que una decisión a favor de alguna alternativa siempre va en detrimento de otra. En la perspectiva de la deconstrucción, 'Lo indecible permanece atrapado, alojado, al menos como un fantasma -pero como un fantasma esencial- en cada decisión'. Esto requiere que renunciemos al sueño del dominio absoluto y a la fantasía de que podríamos escapar de nuestras formas humanas de vivir. En nuestro deseo de sujeción total, dice Wittgenstein, 'entramos en el hielo resbaladizo donde no hay fricción y, en cierto sentido, las condiciones son ideales, pero también, sólo por eso, no podemos caminar. Queremos caminar: por eso necesitamos fricción. ¡Volvamos al terreno accidentado!'¹¹ (Mouffe 2001: 138)

Intentando evaluar un estado de la cuestión de las lecturas de Wittgenstein entre el pragmatismo y la deconstrucción, Linda Zerilli afirma que los extremos de ambas posiciones malinterpretan la idea de comunidad de certezas atribuyéndole demasiada solidez (en el caso de las lecturas pragmáticas) o muy poca estabilidad (en el caso de las lecturas deconstructivas) (Zerilli 2001: 26). Estableciendo esta categorización en un nivel posterior, Zerilli dice que existen a grandes rasgos dos tipos lecturas políticas sobre Wittgenstein: por un lado, la postura racionalista basada en la idea del lenguaje como acuerdo intersubjetivo; y por otro lado, las posturas no racionalistas dentro de las que se hallan el pragmatismo y la deconstrucción: si el lenguaje es relativamente estable, la comunidad es relativamente cerrada, en cambio, si el

¹¹ Traducción propia.


lenguaje es relativamente inestable, la comunidad es relativamente abierta. Las interpretaciones de un Wittgenstein conservador o radical variarían de acuerdo al foco de estabilidad-inestabilidad de los juegos de lenguaje y la apertura-cierre de la comunidad (Zerilli 2001: 29-30). La crítica de Zerilli resulta reveladora porque expone los límites de ambas lecturas. Considerando que la postura de Laclau estaría más cerca de la interpretación deconstructivista que de la pragmatista, es preciso tener en cuenta la crítica de Zerilli: para ella, leer a Wittgenstein haciendo excesivo hincapié en la falla comunicacional y el no seguimiento de las reglas es un error hermenéutico, puesto que muchos de los ejemplos que el austríaco expone para mostrar la desviación a la regla, no los da para mostrar su desviación permanente, sino el problema de concebirla en términos de obediencia o desviación de normas establecidas *a priori* (Zerilli 2001: 33).

La actitud filosófica: no pienses, mirá.

Wittgenstein ha sido un pensador y un escritor heterodoxo con un estilo peculiar. Además de su autoexigencia y permanente autocrítica, actitud que lo llevó a cuestionarse a sí mismo pasando de sostener una tesis a otra completamente opuesta, su estilo resolutivo, pragmático y su cuestionamiento filosófico por el lenguaje cotidiano no sólo constituyó una retórica distintiva sino un singular estilo para practicar la filosofía.

Al respecto, Staten revela algunos aspectos característicos de su genio filosófico. En primer lugar, está el carácter *escénico* de su exposición filosófica: como su intención es investigar el significado, no en relación a una referencia o captación instantáneo-mental sino al uso y la significación espacio-temporal, Wittgenstein evoca la escena del lenguaje como lugar del significado trabajando persuasivamente como maestro de un método presentando de forma satírica escenas filosóficas no sólo erradas sino tontas o ridículas (Staten 1984: 67). En segundo lugar, hay una caracterización del significado en las concepciones filosóficas de la mente como algo “oculto” o “peculiar” que figuraría la pretensión intelectual de concebir un metalenguaje en que el significado sea posible en sí mismo, frente a su uso de figuras representativas de las actividades mentales ejemplificado bajo la categoría de bautismo de objeto: esto no sólo se relaciona con su tono satírico, sino con la preocupación de Wittgenstein, no sólo por los problemas filosóficos, sino por la compulsión que estos ejercen sobre nosotros. Según Staten, parte de esta tarea consiste en la búsqueda lingüística para expresar experiencias asociadas a concepciones filosóficas típicas: su lenguaje funciona como

la poesía, puesto que al persuadir al lector de que los considerados problemas de lenguaje tienen que ver más con una obstinación filosófica que con la experiencia, la performatividad satírica se incrementa en función de su idea y del método pragmático en general (Staten 1984: 67). Por último, Staten sostiene que Wittgenstein evoca compulsivamente expresiones como “esto”: dicha palabra tiene un lugar único en la lengua puesto que al hablar en presencia de un objeto se postula como absolutamente transparente a él (Staten 1984: 68).

Esta actitud filosófica, que evoca el abandono de las referencias y definiciones lingüísticas por la primacía del uso, puede evidenciarse en su enfática exhortación a abandonar el pensamiento especulativo en función de una *observación* del lenguaje. Algunas invitaciones a ver las prácticas mismas para evaluarlas son: la invitación a pensar los detalles de las cosas “Para ver más claramente, aquí como en innumerables casos similares, no debemos perder de vista los detalles del proceso; *contemplar de cerca lo que ocurre*” (IF, § 51); la consideración sobre los procesos a los que se llama “juegos”: “No digas: «*Tiene que haber algún común a todos ellos o no los llamaríamos ‘juegos’*» -sino *mira* si hay algo común a ellos.” (IF, § 66); la exposición de límites difusos respecto al problema de las reglas: “Pero obsérvese: no hay límite nítido entre una falta carente de regla y una sistemática.” (IF, § 143); o el tratamiento sobre la materialidad de los signos: “Ahora mira el signo  y pronuncia el sonido que te sugiere” (IF, § 166).

Respecto al carácter escénico de su exposición filosófica y las conversaciones que evoca satíricamente para desarmar los problemas filosóficos podemos mencionar: los diálogos críticos en torno a la noción agustiniana del lenguaje como la escena de mando para la compra de las cinco manzanas rojas “«¿Pero cómo sabe dónde y cómo debe consultar la palabra ‘rojo’ y qué tiene que hacer con la palabra ‘cinco’?»- Bueno, yo asumo que *actúa* como he descrito” (IF, § 1); la escena de los obreros pidiéndose elementos “¿Pero por qué no debiera, a la inversa, llamar a la oración «Tráeme una losa!» una *prolongación* de la oración «¡Losa!»-Porque quien grita «¡Losa!» significa en realidad «¡Tráeme una losa!» (IF, § 19); o el cuestionamiento sobre el lenguaje animal de los animales no humanos “Se dice a veces: los animales no hablan porque les falta la capacidad mental. Y esto quiere decir «no piensan y por eso no hablan». Pero: simplemente no hablan.” (IF, § 25), entre otros.

Respecto a la compulsión que estos problemas generan entre nosotros podemos mencionar otros pasajes sumamente ilustrativos que buscan interpelar, incluso de forma emocional, al interlocutor: por ejemplo, en el pasaje donde Wittgenstein habla de la falta de

univocidad de las palabras “ciertamente lo que nos desconcierta es la uniformidad de sus apariencias cuando las palabras nos son dichas o las encontramos escritas o impresas. Pero su *empleo* no se nos presenta tan claramente. ¡En particular cuando filosofamos!” (IF, § 11) o en la inquietud respecto al seguimiento de las reglas plasmado entre otros párrafos en el siguiente: “¿Tengo que entender una orden antes de poder actuar de acuerdo con ella? - Claro; de lo contrario, no sabrías lo que tienes que hacer. - ¡Pero del *saber* al hacer hay de nuevo un salto!” (IF, § 505).

Por último, respecto a la evocación de la palabra “esto” para aludir a un objeto o situación con inmediatez y transparencia encontramos expresiones como la exposición del problema de las reglas: “Nuestra paradoja era ésta: una regla no podía determinar ningún curso de acción porque todo curso de acción puede hacerse concordar con la regla” (IF, § 201), la alusión al carácter social de los criterios “Ésta no es una concordancia de opiniones, sino de formas de vida” (IF, § 241), o incluso frases dentro de frases que evocan la supuesta transparencia del objeto: por ejemplo en el pasaje que sostiene “Decir «Esta combinación de palabras no tiene ningún sentido» la excluye del dominio del lenguaje y delimita así el campo del lenguaje. Pero trazar un límite puede tener muy diversas razones...” (IF, § 499) o en el pasaje siguiente: “«No sólo digo esto, también quiero decir algo con ello.» -Cuando reflexionamos sobre lo que pasa en nosotros cuando *queremos decir* algo con las palabras (y no sólo las decimos)...” (IF, § 507).

Lejos de ser una postura meramente especulativa, la actitud filosófica propuesta por Wittgenstein tiene también una predisposición provechosa para pensar los problemas, los procesos y la misma subjetividad política en el contexto democrático. Según Aletta Norval, discípula de Laclau en la Escuela del Discurso de Essex, el mayor aprendizaje que puede darnos la actitud filosófica wittgensteiniana es colocar la atención a las prácticas que conforman nuestra vida (en este caso, política), puesto que al hacerlo, aleja los problemas del “embrujo” metafísico y el razonamiento puramente teórico, comprendiendo que los problemas filosóficos no se resuelven ni disuelven a través de grandes intuiciones, sino a través de la misma práctica lingüística. En este sentido, Norval destaca dos aportes al pensamiento democrático: el primero es la dimensión de la *decisión* o la imposibilidad de contabilizar razones para actuar: según ella, en la obra de Wittgenstein los diálogos pueden otorgar razones pero en algún momento concluyen en un final que no es una presuposición infundada sino una infundada forma de actuar, de ese modo, los sujetos se convierten en sujetos

democráticos no por motivos racionales que sostengan a la democracia como mejor opción sino por la misma participación en las prácticas democráticas (Norval 2006: 241). El segundo aporte es el abordaje de los problemas filosóficos desde diferentes direcciones, según Norval, esto puede relacionarse con el cambio y la innovación relacionada a la identificación democrática: la discontinuidad del lenguaje, la dislocación de la gramática y el cambio de aspecto dan un papel central a la persuasión y a la retórica para impactar en la formación y el cambio de la subjetividad política. Así, las alusiones de Wittgenstein a "ver" y a "mirar" nos alertarían sobre la importancia de las distintas actividades que no implican dar razones o argumentos para lograr un cambio político. (Norval 2006: 250)

Esta dimensión lingüística que escapa al sentido, no sólo se expresa en la intención manifiesta y en la gestualidad, en el contexto en que se enuncia y la combinación exacta de palabras para decir una cosa y no otra, sino que también se revela en su *materialidad*. La *percepción* de los aspectos lingüísticos tiene en las IF un lugar privilegiado puesto que la forma en que "vemos" las palabras influye rotundamente en el modo en que entendemos el mundo a través del discurso. Norval presta atención a la división perceptual que Wittgenstein hace entre la continuidad del aspecto gramatical y el cambio: el primero remite a la actitud inquebrantable y familiar que indica la profunda asimilación de los aspectos continuamente percibidos, el segundo remite al momento en que alguien se percata de que se puede dar un nuevo tipo de caracterización al mismo objeto o situación para verlo en otros términos. El ejemplo de la imagen de la *gestalt* de la cabeza pato-conejo demuestra que podemos pensar y nombrar las mismas cosas de forma diferente a través del cambio perceptual. Ante la ausencia de un sistema reglado de reglas, sostiene Norval, que el cambio perceptual permite dar un paso más allá de la guía de la gramática, sin pasar, sin embargo, sobre toda inteligibilidad (Norval 2007: 111-117). La mutabilidad del lenguaje asegura el cambio pero no su dirección ni su imposición: "Das al juego de lenguaje una nueva articulación. Lo cual, sin embargo, no quiere decir que ahora siempre se haga uso de él." (Z, § 425)

Portador de múltiples usos y lógicas, el lenguaje permite esgrimir disputas argumentativas pero, con su dimensión perceptual, también ir más allá de ellas, este rasgo alberga la posibilidad de incorporar la dimensión afectiva en su estudio y aplicación de gran utilidad en muchos aspectos, sobre todo en el análisis político. En su ensayo *Sobre la certeza*¹²

¹² A partir de ahora SC.

Wittgenstein sostiene: "He dicho que «combatiría» al otro —pero ¿no le daría *razones*? Sin duda; pero ¿hasta dónde llegaríamos? Más allá de las razones, está la *persuasión*. (Piensa en lo que sucede cuando los misioneros convierten a los indígenas.)" (SC, § 612). La performatividad de la palabra, su influjo y su fuerza, no se reduce a la razón, el argumento y ni siquiera al sentido manifiesto, al ser juego, la palabra es también acción, corrimiento, indicación, interrogante, invitación, alejamiento, seducción. Parafraseando a John Austin, los juegos de lenguaje permiten *hacer cosas con palabras*.

Influencia y apropiación de las Investigaciones Filosóficas en la obra de Laclau

Expuesta brevemente la filosofía del “segundo Wittgenstein”, su noción de juegos de lenguaje, su relación con las formas de vida y el problema de las reglas, intentaré mostrar la influencia de estos elementos en la obra de Ernesto Laclau, como así también el modo de apropiación crítica de los mismos.

Para esto, organizaré un recorrido por su filosofía política a través de cuatro libros que no sólo son claves en su trayectoria intelectual sino que también demuestran un desarrollo crítico de la filosofía del lenguaje wittgensteiniana: *Hegemonía y estrategia socialista*¹³ (1985), *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*¹⁴ (1990), *Emancipación y diferencia*¹⁵ (1996) y *La razón populista*¹⁶ (2005).

Primero, de HyES, escrito en coautoría con Chantal Mouffe, expondré el aparato teórico de la filosofía laclausiana que se mantendrá vigente a lo largo de su carrera: el posfundacionalismo político, el antiesencialismo, la importancia del antagonismo social y el concepto de hegemonía estarán articulados gracias a la dimensión del discurso, elaborada sobre los preceptos del giro lingüístico, las formas de vida y los juegos de lenguaje.

Luego, en el análisis de NR intentaré demostrar la creciente influencia y la apropiación crítica de la filosofía wittgensteiniana por parte de Laclau a través de su tratamiento kripkeano del problema de las reglas y la relación con su naciente concepto de dislocación.

Más tarde, en la presentación de EyD me centraré en dos textos del libro: Universalismo, particularismo y la cuestión de la identidad y ¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política? Intentaré mostrar cómo los aportes de las IF resultan imprescindibles para el desarrollo de estos textos, pero también, cuáles son las tensiones subyacentes a la cruce de distintos marcos teóricos.

Por último, en RP expondré cómo los juegos de lenguaje permiten a Laclau desarrollar una crítica poderosa a la literatura especializada sobre populismo, recogiendo cabos sueltos

¹³ A partir de ahora HyES.

¹⁴ A partir de ahora NR.

¹⁵ A partir de ahora EyD.

¹⁶ A partir de ahora RP.

para forjar una nueva concepción del mismo como lógica política a partir de nociones de la filosofía del lenguaje.

Hegemonía y Estrategia Socialista (1985)

*Detrás de mí no hay orden. Apenas hay un escuchar que da lugar a mi orden.
Pagaré el precio justo por ese juego: todo valor, todo orden practicable
de intercambios viene del tiempo que compuso un trabajo anterior.*

Rodolfo Fogwill

Dado que en esta obra se presenta la mayor parte del aparato teórico laclausiano, comenzaré el análisis de la recepción de la filosofía wittgensteiniana en la obra de Laclau con HyES, uno de sus libros más notorios, sino también el más influyente y popular. Escrito con Chantal Mouffe, su compañera de vida, cónyuge y colega, este libro se ha dado la tarea de proponer una visión heterodoxa a la tradición marxista pero heredera de ella, que dio en llamarse *posmarxismo*. Publicado en 1985, este texto intenta situar la teoría y praxis izquierdista en el escenario global de su tiempo: pensar las transformaciones estructurales del capitalismo que condujeron al declive de la clase obrera en los países postindustriales, la penetración de las relaciones capitalistas de producción en todas las áreas de la vida social y sus efectos dislocatorios plasmados en las nuevas formas de protesta, los efectos burocráticos propios del Estado de Bienestar y la crisis del llamado "socialismo actualmente existente".

Motiva esta obra la reflexión sobre los nuevos fenómenos políticos, como la proliferación de nuevos movimientos sociales y el modo imprevisto en que emergieron y se desarrollaron las luchas políticas, desde una postura socialista pero más allá de la tradición marxista. El alejamiento con esta última, estaría dado por la centralidad asignada por los autores a la categoría de *hegemonía*, que lejos de complementar las categorías del marxismo ortodoxo, introduciría una lógica social incompatible con aquellas (Laclau y Mouffe 2015: 27).

Ambos autores abrazan el antiesencialismo filosófico, la deconstrucción de la categoría de sujeto instalada desde la modernidad y el reconocimiento del rol preponderante asignado al lenguaje como estructurante de lo social. Por ello, establecen un quiebre con las nociones clásicas de referente (perteneciente a la tradición analítica), de fenómeno (atinente a la

fenomenología) y de signo (propuesta según el estructuralismo), a partir de la noción de *lenguaje* de Wittgenstein, la *analítica existencial* de Heidegger, y la *deconstrucción* del signo en la obra Derrida y Lacan (Laclau y Mouffe 2015: 21). Estos aportes, permitieron a ambos autores redefinir el proyecto socialista como radicalización democrática.

Entre las influencias heterodoxas al marxismo podemos encontrar también los conceptos de *antagonismo* y *decisión* como elementos constitutivos de lo político tomados de Carl Schmitt y consideraciones del campo psicoanalítico como las nociones freudianas de *condensación* y *desplazamiento* para pensar lo social como *discurso*, en sintonía con la idea lacaniana de inconsciente articulado como lenguaje.

HyES, según sus autores, constituye un intento de reactivación del marxismo luego de que su teorización llegara a un estancamiento, generando un hiato entre la realidad del capitalismo contemporáneo y aquello que las categorías marxistas podrían abarcar dentro de ellas. Para realizar esta relectura de los problemas contemporáneos aluden a Wittgenstein y, dicen saber gracias a él, que “no hay algo como la ‘aplicación de una regla’.” (Laclau y Mouffe 2015: 9). La enseñanza a la que aluden es a la del § 125 de IF: “El hecho fundamental es aquí: que establecemos reglas, una técnica, para un juego, y que entonces, cuando seguimos las reglas, no marchan las cosas como habíamos supuesto. Que por tanto nos enredamos, por así decirlo, en nuestras propias reglas.” (IF, § 125). La ortodoxia marxista ha fijado *a priori* categorías y reglas para comprender los sucesos que se dieran empíricamente, pero la abstracción y generalización del método historicista no permitió comprender correctamente, para nuestros autores, la especificidad de los hechos, en su incalculabilidad y su particularidad. La referencia al problema de las reglas según la teoría wittgensteiniana será un tema recurrente a lo largo del libro y de la obra en general de Ernesto Laclau.

Tras las huellas de la hegemonía: genealogía conceptual y lógica política

Laclau y Mouffe desarrollan una historización del concepto *hegemonía*, advirtiendo que la metodología genealógica no tiene por objetivo rastrear un concepto dotado de positividad plena desde sus inicios ya que, según su tesis, éste no surgió para definir un tipo de relación en su identidad específica, sino para colmar una grieta que se había abierto en la cadena de la necesidad histórica. Comprendida de esta manera, “la ‘hegemonía’ no será el despliegue majestuoso de una identidad, sino la respuesta a una crisis” (Laclau y Mouffe 2015: 31).

Si la historia conceptual de la hegemonía no despliega una identidad positiva, podemos decir que: 1. dicho estudio conceptual se inscribe en una corriente indeterminista semántica que sostiene que el significado no está ligado a un referente natural, sino que sería una creación artificial resultante del intercambio lingüístico anclado en las formas de vida de los hablantes; 2. la contingencia entre la palabra y el significado se revela a través de su propio cambio histórico; 3. la comprensión del lenguaje como forma de vida registra una realidad instituida pero también una forma de intervenir en ella, en términos de Koselleck (Koselleck 1993) podríamos evaluar la doble inscripción de los conceptos como *índices* que muestran la determinación de las condiciones sociales y las transformaciones históricas, pero también como *factores* ya que delimitan el rango de lo pensable y decible en cada momento.

El concepto de hegemonía se perfila como la respuesta a una crisis en dos sentidos: el primero refiere a la denominada “crisis del marxismo”, término acuñado por Thomas Masaryk en 1898 para nombrar, según Laclau y Mouffe, una conciencia naciente de la opacidad de lo social, la complejidad de un capitalismo crecientemente organizado y la fragmentación de las diversas posiciones de los agentes sociales respecto a la unidad que debía predominar según el paradigma marxista clásico; el segundo sentido, se relaciona con la crisis del determinismo semántico y la idea de que el significado deba permanecer ligado a un referente. Lo que la teoría marxista entendió en términos deterministas fue la identidad política de los sujetos, su pretendida ubicación objetiva en la historia y la teleología de la misma: sobre estos significados previamente establecidos la tarea del marxismo consistía en identificarlos para actuar sobre ellos. Sin embargo, la teoría se topó con la discordancia entre los hechos empíricos y sus determinaciones previa e idealmente concebidas, pero pasaron años hasta pensar una respuesta que atendiera la singularidad de los acontecimientos y el resto irregular de lo que se consideraban anomalías del curso histórico.

La hipóstasis de conceptos marxistas ortodoxos como “clase social”, “ideología”, o “historia” desfiguran la facticidad en tipos ideales que no logran describir los hechos y, por ende, actuar exitosamente sobre ellos. En palabras de Wittgenstein: “Un símil absorbido en las formas de nuestro lenguaje produce una falsa apariencia; nos inquieta «¡Pues no es *así!*» - decimos. «¡Pero tiene que *ser así!*» (IF, § 112). Así, el problema central sería “cómo pensar esas discontinuidades y, a la vez, el de las formas de reconstitución de la unidad de los elementos heterogéneos y dispersos” (Laclau y Mouffe 2015: 45).

Esta genealogía revela que en sus orígenes ligados a la socialdemocracia rusa la hegemonía aludía a un tipo de intervención contingente requerida por la crisis o alteración de lo que se pensaba como el desarrollo histórico normal, luego en la teoría leninista tomó la forma de cálculo político requerido por situaciones concretas que tenían lugar en la lucha de clases durante el avance del imperialismo. Sin embargo, fue recién con el pensamiento de Gramsci que el término adquirió una nueva centralidad teórica que trascendía sus usos tácticos o estratégicos, pasando a designar el modo de unidad existente en toda formación social concreta. La herramienta que Wittgenstein ofrece a Laclau y Mouffe a la hora de trazar esta genealogía, no es una teoría positiva, sino el valor terapéutico de la filosofía que puede asumir la pluralidad y la contradicción atendiendo a la especificidad de los casos particulares (Muñoz 2004a: 203). La examinación del lenguaje efectivo y del concepto hegemonía se vuelve más conflictiva al mirarla de cerca y por ende nuestra exigencia de teorizar sobre ella. Trazar una genealogía, no es sólo una tarea de historización, sino también la reconducción de la palabra “de su empleo metafísico a su empleo cotidiano” (IF, § 116).

Según la teoría posmarxista desarrollada por nuestros autores la lógica de la hegemonía tal como fue desarrollada hasta Lenin y Gramsci no pudo desplegar todos sus efectos deconstructivos por intentar una conciliación con el aparato teórico del marxismo tradicional. Ahora, luego de los aportes de Heidegger, Wittgenstein, Lacan y Derrida, es posible pensar la hegemonía como una lógica de la *articulación* y de la *contingencia* implantada en la propia identidad de los sujetos (Laclau y Mouffe 2015: 124).

Al respecto, sus tesis son: 1. que la contingencia o no-fijación se volvió condición de toda identidad social; 2. que este carácter contingente se revela en: a. el vínculo entre el socialismo y los agentes sociales concretos, por el cual no habría una relación lógica ni materialmente necesaria entre los objetivos socialistas y las posiciones de los agentes en las relaciones de producción; b. la aparición de nuevos movimientos sociales que irrumpen frente a la idea de que la clase trabajadora sea el sujeto político privilegiado del cambio socialista, sin asumir tampoco que estos nuevos movimientos feministas, gays, antirracistas o ecologistas tengan necesariamente un carácter progresista; y 3. que las tensiones subyacentes al concepto de hegemonía son inherentes a toda práctica sociopolítica.

El lenguaje es hegemónico: discurso, indeterminación y sobredeterminación

La argumentación postula que la noción de hegemonía supone un campo teórico basado en la categoría de articulación que no puede suponer identidades previamente cerradas. Influenciados por la lógica hegeliana, abordarán una noción de identidad abierta por la cual ninguna identidad es positiva y cerrada, sino que se constituye a sí misma como movimiento, relación y diferencia con otra identidad distinta a ella (Laclau y Mouffe 2015: 131).

Tal idea de la identidad como diferencia se basa en la noción de *exterior constitutivo* referente a una serie de temas desarrollados por Derrida, como "huella" o "*différance*", que según Staten también serían implicados por Wittgenstein en su filosofía del lenguaje. Este concepto explica que la identidad supone el establecimiento de una diferencia, por lo cual es intrínsecamente relacional. Es decir, la diferencia es una precondition de la existencia de la identidad, es preciso que lo "otro" constituya el exterior constitutivo de aquello que se es, trazando una frontera entre lo interno y lo externo, lo propio y lo ajeno. Esta noción identitaria basada en la diferencia, la inestabilidad y la contingencia, será complementada en posteriormente por los autores con la idea de *identificación* tomada del psicoanálisis freudiano. Así, las identidades políticas no se referirán a una posición objetiva o a una esencia, sino a una posición subjetiva contingente y formulada a posteriori.

Sobre la base de la apertura identitaria se erige también la apertura de lo social como *falla constitutiva* o esencia negativa de lo existente. Frente a ella, toda postulación de un orden social se revela como el intento precario y siempre fallido de anular las diferencias. Sostienen Laclau y Mouffe al respecto: "en este caso la multiformidad de lo social no puede ser aprehendida a través de un sistema de mediaciones, ni puede el 'orden social' ser concebido como un principio subyacente" (Laclau y Mouffe 2015: 132).

El antiesencialismo identitario que se desplaza como antiesencialismo social expresa la falta de un *fundamento ontológico* por la cual no existe una conexión necesaria y *a priori* entre los conceptos como significantes y los objetos ideales o reales como significados. Palabras como "sociedad" u "orden social" generan, en términos wittgensteinianos, la ilusión de profundidad, pero aquí es preciso deshacerse del embrujo esencialista del lenguaje para preguntarse: ¿qué hay de común en las distintas sociedades u órdenes sociales? ¿qué es necesario en ellas? ¿Existe una homogeneidad bajo la pluralidad de expresiones a las que denominamos con estos términos? Para Laclau y Mouffe la unidad en ellas es justamente la falta de unidad, el principio necesario e imposible de lo social está fracturado en la pluralidad que genera el antagonismo social que articula las identidades en su diferencia mutua.

Siguiendo el principio de *indeterminación ontológica* de Wittgenstein podríamos sostener que puede delimitarse la cuestión social para hablar de ella con palabras como “orden social” o “sociedad” y así designar conceptos específicos, sin embargo, la extensión de esos conceptos nunca podrá cerrarse total y definitivamente por un límite: “¿Pues de qué modo está cerrado el concepto de juego? ¿Qué es aún un juego y qué no lo es ya? ¿Puedes indicar el límite? No. Puedes *trazar* uno: pues no hay aún ninguno trazado.” (IF, § 68). Trazar un límite sería en este caso adoptar un lenguaje común para hablar de aquello que en última instancia sería imposible, no sólo de hablar sino de vivir unívocamente, asumir una idea de lo social como ficción heurística para poder compartir y operar políticamente, aunque la totalidad social como orden unificado sea inalcanzable.

Este lenguaje compartido por la comunidad política sería equivalente al *orden simbólico* común. En un pasaje clave de HyES, Laclau y Mouffe abordan vía deconstructiva esta idea a la luz del concepto de *sobredeterminación* desarrollado por Althusser:

El sentido potencial más profundo que tiene la afirmación althusseriana de que no hay nada en lo social que no esté sobredeterminado, es la aserción de que lo social se constituye como orden simbólico. El carácter simbólico -es decir, sobredeterminado- de las relaciones sociales implica, por tanto, que éstas carecen de una literalidad última que las reduciría a momentos necesarios de una ley inmanente. No habría, pues, dos planos, uno de las esencias y otro de las apariencias, dado que no habría la posibilidad de fijar un sentido literal último, frente al cual lo simbólico se constituiría como plano de significación segunda y derivada. La sociedad y los agentes sociales carecerían de esencia y sus regularidades consistirían tan sólo en las formas relativas y precarias de fijación que han acompañado a la instauración de un cierto orden. (Laclau y Mouffe 2015: 134)

Es menester aclarar que la apropiación de este término en clave deconstructiva es un ejercicio realizado y explicitado por los mismos autores, quienes sostienen que, a pesar de haber sido desarrollado por Althusser, el concepto de sobredeterminación al momento de su formulación no pudo producir un quiebre dentro del discurso marxista porque siempre se lo intentó compatibilizar con el estructuralismo de las nociones base-superestructura y la determinación *en última instancia* por la economía, es decir, por la primera sobre la segunda. La lectura deconstructivista-antiesencialista sostendría que no existe un afuera de la experiencia

simbólica o lingüística de la materialidad del mundo desde la cual ésta pudiera convertirse a sí misma en objeto, por lo que cualquier determinación ontológica de la realidad estaría sobredeterminada por el lenguaje. En el § 121 de las IF Wittgenstein ilustra muy bien por qué no debe suponerse un más allá por fuera del orden lingüístico:

Pudiera pensarse: si la filosofía habla del uso de la palabra «filosofía», entonces tiene que haber una filosofía de segundo orden. Pero no es así; sino que el caso se corresponde con el de la ortografía, que tiene que ver con la palabra «ortografía» sin ser entonces de segundo orden. (IF, § 121)

La sentencia wittgensteiniana apunta a desbaratar el determinismo lingüístico y la inequívoca correspondencia entre palabras y referencias, de modo que hubiese una realidad última, palabras que remitiesen a ella y por lo tanto una filosofía que tratase sobre aquella realidad y otra que tratase de éstas últimas. Sin embargo, no existe una separación entre el plano lingüístico y el material, menos aún la postulación de un indemostrable plano trascendental, por lo tanto, la filosofía no puede tratar sobre el significado de las palabras o su supuesta correlación con las referencias que denotan, sino sobre el *uso* de las mismas. A esto apunta la noción de juegos de lenguaje que Laclau y Mouffe toman para pensar el orden discursivo.

Dado que no hay un plano de esencias y otro de apariencias, no hay un orden primario y otro derivado, ni uno necesario y otro contingente, se disuelve la idea de que lo simbólico se sostenga como alienación o falsa conciencia sobre un orden cierto, objetivo e inapelable. Si la sobredeterminación no está fijada en última instancia por la economía, ni por ninguna base o esencia fija, el orden simbólico sólo se sostiene por la aceptación, la influencia y la creencia compartida de que opera: lo simbólico (que determina los juegos de lenguaje de una comunidad) es determinado en última instancia por las *formas de vida*.

Este plano de lo simbólico, el lenguaje, la sobredeterminación y la cultura que liga las formas de vida dentro de una comunidad se referirá al *discurso*, término técnico de gran importancia y centralidad para la presente obra:

... llamaremos *articulación* a toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de estos resulta modificada como resultado de esta práctica. A la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora la llamaremos *discurso*.

Llamaremos *momentos* a las posiciones diferenciales, en tanto aparecen articuladas en el interior de un discurso. Llamaremos, por el contrario, *elemento* a toda diferencia que no se articula discursivamente. (Laclau y Mouffe 2015: 143)

Laclau y Mouffe sostienen que entender estas distinciones requiere hacer tres aclaraciones. La primera se refiere al tipo de coherencia específica de una *formación discursiva*: ella no se unifica a través de la coherencia lógica de sus elementos ni a través de un sujeto que funcione como *a priori* trascendental o unidad de la experiencia, más bien debe entenderse como el concepto foucaultiano de regularidad en la dispersión¹⁷, que al no conformar una totalidad saturada permite la articulación en un contexto de contingencia donde la fijación de los elementos nunca es definitiva y completa. Wittgensteinianamente, una formación discursiva agrupa objetos en torno a una significación común basada en un modo de vida.

Una segunda aclaración concierne a las dimensiones de lo discursivo: a pesar de la similitud que esta noción tiene con su análogo en la obra foucaultiana, el análisis de Laclau y Mouffe se encuentra más cercano al de Wittgenstein, Derrida o Lacan puesto que rechazan la distinción entre *prácticas discursivas* y *prácticas no discursivas*, afirmando que: 1. todo objeto se constituye como objeto discursivo puesto que ninguno puede darse por fuera de sus condiciones lingüísticas de emergencia; y 2. las distinciones entre aspectos lingüísticos y prácticos son incorrectas o surgen como diferenciaciones internas a la producción social de sentido estructurada como totalidad discursiva (Laclau y Mouffe 2015: 144-145).

Nuestros autores sostienen la idea de que el hecho de que todo objeto se constituya como objeto discursivo no se relaciona con el problema del realismo o el idealismo o sobre la cuestión de si existe o no un mundo por fuera del pensamiento: de no haberlo, igual hay una construcción discursiva; de haberlo, no habría acceso inmediato a él sino por el discurso, por lo tanto, el dilema es irrelevante para pensar el discurso en cuestión. El escape a este tipo de problemas se da por adopción de una filosofía del lenguaje deudora del marco teórico wittgensteiniano. Aunque HyES no desarrolla totalmente sus conceptos, según Linda Zerilli la idea de juegos de lenguaje revela el problema de los universales como un pseudoproblema

¹⁷ Nuestros autores adhieren a la concepción foucaultiana que confronta con el esencialismo de la historia de las ideas, contraponiendo el acontecimiento a la creación, la idea de serie frente a la de unidad, la regularidad en la dispersión frente a la originalidad y la reflexión sobre las condiciones de posibilidad de emergencia discursiva a la idea de significación (Foucault 2005: 54).

montado sobre la supuesta separación taxativa del lenguaje con el mundo desenmascarando los términos trascendentales del debate: contra el realismo, expone que es imposible determinar la existencia de elementos extralingüísticos, formas o esencias que hagan ser a los objetos lo que son y den sentido a la práctica de nominación y sostiene que “Wittgenstein muestra que no hay manera de decidir si una cualidad común o una semejanza proviene del lado del mundo o del lado del lenguaje” por lo que “no sabríamos que por fin estamos fuera del lenguaje, aun cuando *pudiéramos* encontrar ese lugar” (Zerilli 2008: 120); contra el nominalismo, expone que éste no yerra en ignorar una supuesta cualidad extralingüística sino que yerra en su concepción de la gramática, es decir, en el uso de una palabra que determina el significado en un juego de lenguaje. Al respecto dice Wittgenstein: “así es como aparecen las polémicas entre idealistas, solipsistas y realistas. Los unos atacan la forma normal de expresión, como si atacaran una aserción; los otros la defienden, como si contrastaran hechos que cualquier persona razonable admite.” (IF, § 402). Según Muñoz, que la determinación ontológica de la realidad sea parasitaria del lenguaje puesto que no existe un lugar fuera del mismo desde el cual éste pueda convertirse a sí mismo en objeto autónomo, no genera compromisos con la afirmación de que los problemas de la filosofía surjan más del lenguaje que del mundo (Muñoz 2004b: 202).

En relación a esto último, otro supuesto que según Laclau y Mouffe debe rechazarse es la idea del carácter *mental* del discurso basada en la dicotomía entre un campo objetivo constituido con independencia del discurso y otro consistente en el pensamiento. Frente a ello, afirman el carácter material de toda estructura discursiva y como ejemplos mencionan la teoría de los actos de habla y los juegos de lenguaje, puesto que “incluyen una totalidad inescindible al lenguaje y a las acciones que están entrelazadas con el mismo” (Laclau y Mouffe 2015: 147). Al respecto, citan el ejemplo wittgensteiniano¹⁸ de los obreros donde al trabajar

¹⁸ El análisis de caso que sirve a Wittgenstein para discutir contra la semántica determinista y principalmente descriptivista propuesta por la teoría ostensiva del lenguaje de San Agustín consiste en la presentación de una comunicación en una obra en construcción por parte de los obreros. El ejemplo comienza en el § 2 de las IF y se extiende hasta el § 21. Sostiene “(...) Imaginémos un lenguaje para el que vale una descripción como la que ha dado Agustín: el lenguaje debe servir a la comunicación de un albañil A con su ayudante B. A construye un edificio con piedras de construcción; hay cubos, pilares, losas y vigas. B tiene que pasarle las piedras y justamente en el orden que A las necesita. A este fin se sirven de un lenguaje que consta de las palabras: «cubo», «pilar», «losa», «viga». A las grita, -B le lleva la piedra que ha aprendido a llevar a ese grito.- Concibe éste como un lenguaje primitivo completo.” (IF, § 2). La concepción de palabras como herramientas del lenguaje para revelar el carácter performativo del lenguaje concluye en la idea de los usos del mismo: “(...) ¿Pero por qué no debiera, a la inversa, llamar a la oración «Tráeme una losa» una *prolongación* de la oración «¡Losa!»? -Porque quien grita «¡Losa!» significa en realidad «¡Tráeme una losa!».- ¿Pero cómo haces esto: *significar* eso mientras *dices* «Losa»? ¿Te

juntos en una obra de construcción se comunican con palabras que no designan simplemente los objetos a los que refieren sino que implícitamente muestran reglas para seguir y sostienen: “las propiedades materiales mismas de los objetos forman parte aquí de lo que Wittgenstein llama ‘juego de lenguaje’, que es un caso de lo que hemos llamado discurso” (Laclau y Mouffe 2015: 147). De aquí se concluye que la materialidad del discurso no puede encontrar unidad en la conciencia o experiencia de un sujeto fundante puesto que éste no tiene una existencia subjetiva sino objetiva y que las prácticas articularias no pueden reducirse a fenómenos meramente lingüísticos, sino que se encarnan en prácticas.

Una tercera y última aclaración es la referente a la apertura o cierre de una formación discursiva: las totalidades discursivas no se dan como positividades fijas, sino a través de lógicas relacionales incompletas y contingentes, donde el tránsito de *elementos* a *momentos* nunca se realiza completamente. El discurso conlleva lo heterogéneo como huella imborrable, dado que este no es exterior a la representación, sino que es la representación misma en su inconsistencia e incompletitud (Alemán 2015: 84). Al igual que en la filosofía wittgensteiniana, aquí tampoco hay un afuera del discurso. Pero que no existan objetos por fuera de éste, no limita estructuralmente un adentro definido, existe en él una tensión irresoluble entre la interioridad y la exterioridad, de modo que la necesidad sólo puede ser pensada como limitación parcial del campo de la contingencia (Laclau y Mouffe 2015: 151).

La apropiación que Laclau y Mouffe hacen de la lingüística estructural de Saussure y la comprensión del discurso como práctica social relacional en sentido wittgensteiniano dan lugar a una perspectiva *posestructural*. Esta reformulación del estructuralismo se daría en dos aspectos: primero, frente a la idea de sistematicidad y plenitud del espacio discursivo estructural, proponen una concepción de discurso como totalidad relacional y diferencial, inestable, incompleta, abierta y mutable; segundo, frente a la concepción de unidades como nombres referidos a objetos, proponen un carácter metafórico del discurso, en que los significados no se fijan definitivamente sino que existen por fijación parcial de las prácticas sociales, posibilitando una alteración del significado. Comprendido desde la perspectiva posestructural, el campo de la discursividad “determina a la vez el carácter necesariamente

repites interiormente la oración no abreviada? (...) -Pero si grito «¡Losa!», ¡lo que quiero es que él me traiga una losa!- Ciertamente, pero ¿qué consiste ‘querer esto’ en que pienses de alguna forma una oración diferente de la que dices?” (IF, § 19).

discursivo de todo objeto, y la imposibilidad de que ningún discurso determinado logre realizar una sutura, una fijación última" (Guerrero 2012: 15).

Además de que el discurso no se reduce al lenguaje oral o escrito, se debe decir que, para nuestros autores, esta noción se desarrolla en consonancia con la estructuración del inconsciente como lenguaje en conformidad con la teoría lacaniana. Los tropos revelan la estructura discursiva, de modo que *metáfora*, *sinonimia* y *metonimia* no constituyen un segundo sentido a la literalidad primaria de lo social, sino que son ellas mismas constitutivas, por lo que sostienen: "todo discurso de la fijación pasa a ser metafórico: la literalidad es, en realidad, la primera de las metáforas." (Laclau y Mouffe 2015: 150-151)

La metáfora puede describirse como una figura retórica que realiza un desplazamiento del significado entre dos términos de modo que se describe una palabra a través de su semejanza con otra. Como parte de los tropos que ofrecen la sustitución de una expresión por otra de sentido figurado, la metáfora ha sido descrita en la disciplina retórica a través de su finalidad estética o literaria. Sin embargo, la operación realizada por nuestros autores al elevarla a la constitución de la noción de discurso revela la falta de literalidad de toda lengua. El discurso comprendido como metáfora revela su carácter simbólico, no sólo a través de la dimensión semántica compartida, sino a través del afecto que produce. Según Biglieri y Perelló, la idea de la sobredeterminación althusseriana comprendida como una lógica articuladora que no responde al principio de no contradicción habría sido tomada de la obra de Freud (Biglieri y Perelló 2012: 45-25), en ella la metáfora constituye el terreno semántico que domina y desvía el uso del significante de forma que cualquier conexión lexical preestablecida queda desanudada (Lacan 1981a: 313). En términos wittgensteinianos diríamos que no hay nexo necesario entre las palabras y las cosas puesto que las palabras no describen el mundo, sin embargo, aunque la literalidad sea imposible, la metaforización del lenguaje no es aleatoria, sino que se rige por los juegos de lenguaje socialmente habilitados.

Sobre la base metafórica del discurso, la teoría psicoanalítica desarrolla sus nociones de *desplazamiento* y *condensación*, en donde el desplazamiento funciona como la metonimia y la condensación como sinécdoque. Con este carácter no racional ni volitivo, sino afectivo y fundante se refieren nuestros autores a la organización del discurso.

Las otras dos figuras retóricas que Laclau y Mouffe mencionan en el texto son la metonimia y la sinonimia: por un lado, la metonimia es un tropo que funciona designando un concepto u objeto con el nombre de otro sirviéndose de una relación existente entre ambos;

por otro lado, la sinonimia expresa la relación semántica de identidad o semejanza de significados entre expresiones de la misma categoría gramatical.

Lo simbólico como discurso, lenguaje, cultura y sobredeterminación se refiere a una dimensión necesaria e imposible a la vez: el fenómeno de sobredeterminación se constituye como un campo de identidades que no logran fijarse plenamente, generando un exceso necesario a la constitución de las prácticas sociales inherentes a todo discurso. Este campo sobredeterminado establece la necesidad del carácter discursivo, es decir, simbólico de los objetos y a su vez la imposibilidad de que la totalidad lingüística pueda cerrarse sobre sí misma, puesto que, de otro modo, no podría ocurrir el cambio conceptual, histórico y social.

Pero en esa regularidad en la dispersión que es el discurso, con su fuerza ilocutiva, su materialidad, su carácter simbólico, existen múltiples juegos de lenguaje admitidos, algunos por venir y otros ya extintos. El discurso no es completo, saturado, ni homogéneo, el discurso no es determinado, definido, ni eterno. Así como cambian las formas de vida, también cambian sus expresiones discursivas, al respecto dice Wittgenstein:

¿Pero cuántos géneros de oraciones hay? ¿Acaso aserción, pregunta y orden? - Hay *innumerables* géneros: innumerables géneros diferentes de empleo de todo lo que llamamos «signos», «palabras», «oraciones». Y esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas; sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje, como podemos decir, nacen y otros envejecen y se olvidan (...) La expresión «*juego de lenguaje*» debe poner de relieve aquí que hablar el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida. (IF, § 23)

En el pasaje citado se revela el carácter plural, contingente, histórico y performativo del lenguaje. El discurso, encarnado en prácticas sociales, varía de acuerdo al tiempo y lugar, y su materialidad indica el entrelazamiento con las instituciones sociales y los modos de subjetivación. La palabra no es producto del pensamiento, en cierto modo podría decirse que lo antecede, traducido al psicoanálisis diríamos que el sujeto no sólo habla el lenguaje sino que es hablado por él. Son las prácticas como formas de vida comunitarias las que sustentan el sentido de este lenguaje, y es por eso, que resaltando el carácter material y performático del mismo, el pasaje de Wittgenstein describe cosas que, en términos de Austin, “hacemos” con palabras: dar y seguir órdenes, describir un objeto, fabricarlo por una descripción, narrar

y conjeturar hechos, realizar y contrastar hipótesis, inventar una narrativa, leerla, actuar, cantar, adivinar o resolver problemas, hacer chistes, traducir, suplicar, rezar, agradecer o maldecir¹⁹. Todas son cosas que “hacemos” con palabras y con ellas generamos realidad.

Esta performatividad del discurso, su capacidad de “hacer”, que lo sobredetermina respecto a aquello que se supone que señala ostensivamente, muestra que el lenguaje no tiene una función meramente descriptiva. No existe una realidad pura previa al lenguaje susceptible de ser mencionada, ésta siempre está atravesada y sobredeterminada por el mismo. El indeterminismo adoptado por Laclau y Mouffe supone que en su performatividad el lenguaje no puede reducirse a la forma proposicional y a ello se refieren con la idea de *materialidad del discurso*.

Pero, si el lenguaje no tiene esencia o fundamento último, si no refiere a ideas abstractas, lógicas formales o realidades materiales ajenas a él, si su función no remite a la proposición o a la descripción ¿qué es lo que ata el sentido del discurso salvándolo de ser un constante flujo? Esta pregunta puede responderse en dos instancias, mientras la primera trazaría una *teoría semántica*, la segunda sostendría una *teoría política* sobre la base de aquella: primero, en un sentido más general, el lenguaje estaría aproximadamente determinado por la comunidad de los hablantes que lo llevan adelante; segundo, dado que la totalidad social es abierta e imposible y la comunidad de hablantes está ineludiblemente atravesada por el antagonismo y la diferencia, el discurso será revelador de una legitimidad *hegemónica* resultante de una pugna por el significado. Si lo social no puede fijarse definitivamente, entonces existe como esfuerzo constante por producir ese objeto imposible.

Ante la imposibilidad de fijar definitivamente el significado, Laclau y Mouffe concluyen que hay *fijaciones parciales* para el mismo. De no ser así, las diferencias serían imposibles y no habría diferimiento discursivo, para subvertir el sentido es preciso que haya alguno. Así, el discurso es *contingentemente necesario* y *necesariamente contingente*: es contingente el contenido discursivo, puede ser de cualquier forma y siempre susceptible a cambios, pero necesariamente tiene que ser de alguna manera. En consecuencia, “el discurso se constituye como intento por dominar el campo de la discursividad, por detener el flujo de las diferencias,

¹⁹ Estos son algunos de los ejemplos que el mismo Wittgenstein ofrece en el § 23 de IF para ilustrar los diversos usos del lenguaje atendiendo a su dimensión performativa.

por constituir un centro. Los puntos discursivos privilegiados de esta fijación parcial los denominaremos *puntos nodales*” (Laclau y Mouffe 2014: 152).

La idea de *punto nodal* es deudora del *point de capiton* desarrollado por Lacan (1981b: 368-384) para representar la función del significante a partir del cual todo el discurso se irradia y organiza. La imagen designa un botón de tapicería o capitoné que impide que la masa informe de relleno no pueda moverse con tanta libertad bajo la tela, la analogía sirve para mostrar los puntos en que el significado y el significante se anudan. De esta manera, la noción de *point de capiton* (traducido comúnmente como “punto de almohadillado”) como lugar de convergencia permite situar retrospectiva y prospectivamente el discurso deteniendo el movimiento de la significación al producir la ilusión de un significado fijo.

La introducción de la noción de punto nodal tras la adopción de un marco teórico mixto merece, al menos en este trabajo, aclaraciones ulteriores: para Lacan los puntos de almohadillado son articulaciones puntuales, parciales e inestables y en el campo plural del significante que detienen su infinita deriva metonímica; por su parte, para Wittgenstein, la noción de *paradigma*, que funciona de forma similar, detiene el infinito proceso de significación. Es decir, mientras que para Lacan el flujo inestable de significación se detiene en el *point de capiton*, para Wittgenstein el inestable flujo de significación se detiene en los *ejemplares paradigmáticos*, significados habituales o familiares del lenguaje. Si ningún nombre y ninguna palabra tienen referencias necesarias, ¿cómo podemos hablar de paradigmas? ¿existen términos, más ligados que otros, a una significación compartida?

Wittgenstein enuncia por primera vez la idea de paradigma en el § 50 de las IF:

Es un paradigma en nuestro juego; algo con lo que se hacen comparaciones. Y constatar esto puede ser hacer una constatación importante; pero es sin embargo una constatación concerniente a nuestro juego de lenguaje — a nuestro modo de representación. (IF, § 50)

Tras explicar cómo los juegos de lenguaje permiten utilizar expresiones paradójicas como la enunciación del no-ser de algo que es, la longitud del metro patrón de París que no tiene un metro o la muestra del sepia patrón de la que no puede decirse que tenga o no tenga este color, Wittgenstein sostiene que estas muestras son instrumentos del lenguaje con los que hacemos enunciados sobre algo en cuestión. El metro de París o la muestra sepia patrón, por ejemplo, no son cosas representadas en el juego lingüístico cuando se nombra la medida

metro o el color sepia, sino sólo medios de representación. En este sentido, puede decirse que el discurso posee paradigmas cuando existen elementos que en el juego funcionan como referentes, elementos articuladores que detienen la deriva del significado.

Los elementos paradigmáticos anudan el significado y de este nudo deriva su valor pedagógico: los usos de los signos en los juegos de lenguaje se enseñan mediante la ostensión de paradigmas (IF, § 51). Éstos tienen enorme importancia, puesto que, cual punto de almohadillado, atan la red de sentido a su alrededor gozando de un privilegio lingüístico frente a otros usos dentro del mismo juego. La función social del lenguaje enseña a los agentes a considerarlos para ser hablantes competentes²⁰, otorgando mayor estabilidad a su función dentro de los juegos: mientras otros elementos discursivos revisten menor importancia y mayor volatilidad, estos conservan más fijeza y centralidad en el discurso.

Un ejemplo de cómo funcionan los paradigmas y su función nodal en la red de usos del juego de lenguaje podría darse en el análisis de los conceptos políticos. En el discurso neoliberal dominante de la época contemporánea podríamos decir que la noción de libertad constituye un elemento central cuyo uso paradigmático está signado por la idea de libertad individual: es decir, si bien existen distintos usos para la palabra, la referencia más fuerte que rige el discurso a través de su carácter centralizador es la que pone al individuo como portador de la misma, por lo tanto, otros usos posibles como la libertad política, la libertad económica, la libertad sexual, la libertad de reunión, la libertad de opinión, la libertad de prensa, la libertad de empresa, la libertad de los pueblos, la libertad de autodeterminación, etcétera, serán organizados en una red y jerarquizados en función de su acercamiento al ejemplar paradigmático que anuda el sentido como un punto nodal.

Podemos ver que, aunque encontramos muchas coincidencias, no hay ninguna propiedad común a todos los casos. Sin embargo, las propiedades A, B, C, D y E son buenos indicios de encontrarnos ante la presencia de un caso de ϕ . Más aún, son cualidades que por su carácter central en el uso de ϕ son motivo de que se extienda su alcance a nuevos casos, sólo por el hecho de compartir una de esas propiedades. A esas características

²⁰ Bloor sostiene que el aprendizaje ostensivo por paradigmas constituye un modo insustituible de socialización en las prácticas locales de referencia, con su postulación Wittgenstein realiza un aporte fundamental para la discusión sobre las clases naturales y su adquisición lingüística. Según Bloor, los paradigmas son necesarios en cualquier discurso, desde los más simples como los cotidianos, hasta los más complejos como el debate científico, su utilización facilita la interacción lingüística porque están disponibles como puntos de referencia para coordinar nuestro hablar y nuestro hacer (Bloor 1996: 369).

Wittgenstein las llama criterios: empleamos la palabra para una familia de casos y lo hacemos usando diferentes criterios en distintas circunstancias. (Ferreyro 2012: 42-43)

La idea de parecidos de familia apunta a esta red de usos lingüísticos. El significado no tiene condiciones necesarias y suficientes para establecer rígidas definiciones, sino propiedades comunes a los casos de aplicación. La imagen del parecido familiar lo muestra: en una familia no todos los miembros comparten todas las facciones, de modo que A se parece a B, B se parece a A y a C, C se parece B y a D y D se parece a C, pero, aunque no todos compartan un rasgo definitorio familiar, muchas veces sí existe un rasgo predominante, de modo que puede decirse “los Arrigorria tienen los ojos grandes” aunque no todos compartan tal atributo del mismo modo. Si el parecido se organiza como red, los criterios o ejemplares paradigmáticos son los puntos de almohadillado que unen esta red alrededor de usos privilegiados.

Reconocer estos criterios paradigmáticos resulta imprescindible para la política, puesto que, si se quiere disputar la hegemonía político-cultural es ineludible la discusión, no solamente de los elementos periféricos de la red, sino de los elementos centrales. Volviendo al ejemplo anterior, un cuestionamiento al discurso neoliberal no podría ejercerse ignorando la centralidad de la idea de libertad: para disputarla sería preciso trocar su uso paradigmático, por ejemplo, realizando una torsión desde el criterio individual al colectivo, postulando que el uso más importante de dicho concepto no es el de libertad individual sino el de libertad colectiva o comunitaria. Para ser exitosa, dicha operación no debería limitarse al debate argumentativo y la esfera racional, sino también apelar al ámbito persuasivo: a *mostrar* cómo otro concepto de libertad es posible, para cambiar su percepción del mismo.

Glock explica esta red de usos y la posibilidad de cambio conceptual y perceptual aplicados al discurso científico, emparentando la idea de Wittgenstein a las de Thomas Kuhn: sin negar que las revoluciones científicas involucran descubrimientos o hechos empíricos, sostiene que su mayor importancia radica en un cambio de gramática que, en sentido funcional, contiene más que reglas semánticas o sintácticas. La gramática de nuestro discurso determina la red de conexiones conceptuales y constituye nuestra forma de representación, nuestra forma de ver las cosas: así, dicho cambio no sólo involucra la incorporación de nombres, puesto que el paradigma no se ciñe al plano lingüístico, éste implica una nueva forma de hablar, ver y teorizar sobre el mundo (Glock 1996: 215). Según Glock, las normas de representación wittgensteinianas que se ubican al centro de la red conceptual, los criterios o

paradigmas, tienen una función normativa puesto que guían nuestras transacciones lingüísticas con la periferia (Glock 1996: 216).

Sabiendo que la noción de punto nodal laclausiana es deudora del concepto de *point de capiton* lacaniano, quiero explicitar mi recaudo al asociar la primera a la idea de ejemplar paradigmático wittgensteiniano y no la segunda. Es decir, aunque la noción de punto nodal sea cercana al punto de almohadillado lacaniano, el parecido que los criterios o ejemplares paradigmáticos guardan con la primera, no encuentran analogía directa con la segunda dado que su enunciación tiene como contexto el discurso clínico. Aunque la relación entre el pensamiento de Wittgenstein y Lacan pueda ser sumamente interesante y de gran utilidad para la filosofía política, mi trabajo no se ocupa de ella, sino de la apropiación conceptual de los juegos de lenguaje en la obra de Laclau, que a su vez recibe también en su marco teórico aportes del psicoanálisis lacaniano. Las coincidencias y conflictos entre los conceptos wittgensteinianos y lacanianos no podrán abordarse en este trabajo, aunque quiero destacar el acuerdo básico sobre el antiesencialismo metafísico, la crítica al sujeto moderno como fundador del discurso, el antidescriptivismo lingüístico y la contingencia del lenguaje²¹. Lo que resulta imprescindible plantear es que existen deslices o inadvertencias referidas al “ruido” entre enfoques teóricos distintos: tomar conceptos requiere, generalmente, abordar también su contexto de enunciación más amplio, en este sentido, parecería que algunas nociones de Wittgenstein y de Lacan aisladas de su teoría dentro de la obra laclausiana podrían generar inconsistencias o, al menos, desprolijidades que ameritarían aclaraciones ulteriores.

La primera aclaración es que no se trata de una apropiación literal de la noción de *point de capiton* lacaniana relacionada a la clínica, sino que la noción de punto nodal laclausiana es una extrapolación al orden semántico político, y en esta torsión contextual ya radica una torsión conceptual: el punto nodal sirve para explicar la unión del significante y el significado en la lógica política. En segundo lugar, no todos los términos podrían ser puntos nodales en la

²¹ Algunas relaciones están trabajadas por Maria Balaska en su ensayo *Wittgenstein and Lacan at the Limit*: "Mi enfoque será la insatisfacción con el significado que se genera cuando se intenta articular tales experiencias en el lenguaje, y la comprensión concomitante de que el significado es contingente, o infundado (...) Wittgenstein habla de la distinción signo / símbolo, Lacan habla de la distinción significante / significado; Wittgenstein habla de la voluntad, Lacan habla de deseo; Wittgenstein habla de retumbar y rugir, Lacan habla de discurso vacío; Wittgenstein analiza una experiencia de absoluta seguridad, Lacan analiza la experiencia de sentir paz al final de una tormenta y día agotador; Wittgenstein critica el sujeto pensante o representativo de psicología, Lacan critica la psicología del yo. Estos conceptos crean una un terreno común para el diálogo, pero de ninguna manera son intercambiables" (Balaska 2019: prefacio X).

teoría wittgensteiniana, puesto que, a pesar de la indeterminación lingüística generada por la falta de necesidad referencial, la mayoría de los términos guardan un sentido aproximadamente establecido por la comunidad de hablantes a partir de ejemplares paradigmáticos que unen, cual punto nodal, la red de usos posibles en un determinado juego lingüístico. Como no todos los términos poseen el mismo grado de univocidad y acuerdo, sólo los términos con un mayor grado de abstracción podrían guardar una analogía con la noción de punto nodal en su valor performativo. En este sentido es que Muñoz relaciona la *polemicidad* de los conceptos políticos de autores como Connolly y Gallie con la teoría wittgensteiniana: "dichos límites están en constante cambio a raíz de las disputas en torno a las que se articula la red de sentidos (los parecidos de familia) que permiten usar estos conceptos en el discurso político sin tener un significado fijo" (Muñoz 2004a: 102).

Según Connolly, Wittgenstein sugirió que los conceptos se relacionan con las formas de vida por su impacto y pertenencia a ellas. La polemicidad conceptual involucra elementos de alegatos especiales por parte de los litigantes, donde se busca capturar algunos con fines políticos, pero en tales negociaciones las partes aceptan un conjunto más básico de acuerdos relacionados a la cuestión. Estas ideas básicas no son inmunes a desafíos o cambios, varían entre sociedades e incluso entre personas o clases dentro de una misma sociedad (Connolly 1974: 190-191). Los conceptos bisagra que trazan una frontera de inclusión o exclusión de otros conceptos o de los sujetos al interior de un discurso político pueden relacionarse con la noción de punto nodal en tanto puntos privilegiados de una fijación parcial.

Los puntos nodales pueden ser pensados wittgensteinianamente en relación a las siguientes características: 1. si nombrar algo es como "fijar un rótulo" sobre algo como preparación para algo más²², el punto nodal tendría una función nomencladora fundamental para su uso posterior; 2. si las palabras designan algo a través de su *uso*, la función performativa de los puntos nodales es vital para comprender su constitución como tales; 3. el nombre como *bautismo*²³ tiene la función retrospectiva de esencializar la contingencia a través de una ilusión performática; 4. si las distinciones entre lo simple y lo complejo se

²² "Nombrar es algo similar a fijar un rótulo en una cosa. Se puede llamar a eso una preparación para el uso de una palabra. ¿Pero *para qué* es una preparación?" (IF, § 26)

²³ "Nombrar aparece como una *extraña* conexión de una palabra con un objeto. (...) Pues los problemas filosóficos surgen cuando el lenguaje *hace fiesta*. Y *ahí* podemos figurarnos ciertamente que nombrar es un acto mental notable, casi un bautismo de objeto." (IF, § 38)

deshacen en las diferentes maneras en que los objetos se relacionan entre sí²⁴, esta ilusión esencializante proyecta lo simple, el punto de unión ficticio entre el significado y el significante pero también entre distintos conceptos que confluyen en él; 5. estos puntos ofrecen la posibilidad de jugar distintos juegos de lenguaje articulados en torno suyo.

La brecha entre significante y significado será para Laclau y Mouffe el nombre de la escisión política, la sutura imposible del espacio relacional que no puede constituirse totalmente, el deseo de una estructura ausente. Esta fisura entre significante y significado produce la sobredeterminación del discurso por infinitud del campo lingüístico que impide el cierre de la totalidad social caracterizándola por su permanente apertura, la única práctica articuladora en ella puede ser la construcción de puntos nodales que fijen parcialmente el sentido por la imposibilidad de fijarlo totalmente (Lacan y Mouffe 2015: 154).

El mismo carácter de apertura que permea lo social también atraviesa las identidades sociales, por lo que la categoría de sujeto se constituye en base a la imposibilidad de cierre y completitud. La noción de sujeto foucaultiana a la que nuestros autores suscriben en este libro será posteriormente revisada por ambos tras una crítica de Slavoj Žižek:

Siempre que en este texto utilicemos la categoría de “sujeto”, lo haremos en el sentido de “posiciones de sujeto” en el interior de una estructura discursiva. Por tanto, los sujetos no pueden ser el origen de las relaciones sociales, ni siquiera en el sentido limitado de estar dotados de facultades que posibiliten una experiencia, ya que toda “experiencia” depende de condiciones discursivas de posibilidad precisas (...) justamente por ser toda posición de sujeto una posición discursiva, participa del carácter abierto de todo discurso y no logra fijar totalmente dichas posibilidades en un sistema cerrado de diferencias. (Laclau y Mouffe 2015: 156)

La cualidad de “posición de sujeto” a la que refieren los autores es tomada de la lección inaugural de Foucault como titular de la cátedra de historia de los sistemas de pensamiento en 1970 en el Collège de France, titulada *El orden del discurso*. En ella sostiene que, si los acontecimientos discursivos no deben tratarse como unidades sino como series homogéneas

²⁴ “¿Pero cuáles son las partes constituyentes simples de las que se compone la realidad? (...) «Simple» quiere decir: no compuesto. Y aquí surge luego: ¿‘compuesto’ en qué sentido?” (...) La palabra «compuesto» (y por tanto la palabra «simple» es utilizada por nosotros en un sinnúmero de modos diferentes relacionados entre sí de diferentes maneras.” (IF, § 47)

pero discontinuas entre sí, estas discontinuidades no deben concebirse como sucesión de instantes temporales, ni pluralidad de sujetos pensantes, sino como “cesuras que rompen el instante y dispersan al sujeto en una pluralidad de posibles posiciones y funciones” (Foucault 2008: 57-58). Esta concepción de la subjetividad tendrá para la obra posterior de Laclau y Mouffe, un acento excesivo en la superioridad del discurso sobre los sujetos. Sin embargo, en HyES les permite ilustrar el avance de la sobredeterminación sobre los individuos rompiendo con la determinación en última instancia por la economía.

Dicha posición de sujeto podría traducirse wittgensteinianamente por las lecturas pragmáticas de los juegos de lenguaje²⁵, donde el acento está puesto en la estabilidad del discurso y la comunidad de certezas que establecen las reglas. Así como Foucault comprende la discontinuidad en el discurso y la homogeneidad relativa de las series discursivas, pero acentúa el efecto cohesivo que tienen en tanto series y su influencia sobre los sujetos al establecer su posición, podemos decir que si bien las lecturas pragmatistas de Wittgenstein comprenden que el significado es injustificado y las reglas no están dadas definitivamente, acentúan el carácter relativamente estable del significado y la determinación de las reglas como predisposición por *default* para actuar de acuerdo a ellas. Así, la posición del sujeto determinaría de forma relativa las reglas que éstos deben seguir en relación al discurso imperante, de modo que los nuevos usos discursivos y juegos de lenguaje deban justificarse.

Sin embargo, este orden discursivo nunca está permanentemente cerrado y por lo tanto no es un determinante necesario, en él las fuerzas articuladoras forjan identidades en base a antagonismos que se revelan como el *límite* de toda objetividad. Luego de explicar por qué el antagonismo no equivale a la oposición real kantiana o a la contradicción lógica en Hegel²⁶, nuestros autores alcanzan la idea de que el antagonismo escapa a la posibilidad de ser aprehendido por el lenguaje, dado que éste existe como intento de fijar aquello que éste subvierte y sostiene: “el antagonismo, por tanto, lejos de ser una relación objetiva, es una

²⁵ Véase la discusión en referente a *The Legacy of Wittgenstein: pragmatism or deconstruction* (Nagl y Mouffe: 2001) donde Putnam en defensa del pragmatismo wittgensteiniano argumenta que las reglas están generalmente dadas de antemano por la comunidad lingüística y Zerilli evalúa el alcance de posturas pragmatistas en relación al pensamiento de Wittgenstein. En este trabajo páginas 32-37.

²⁶ El análisis de Laclau y Mouffe se basa en el efectuado por Colletti al distinguir la oposición real kantiana sobre la positividad de cada uno de los términos (supuesto que no aplicaría al antagonismo posmarxista, que disuelve las identidades sociales carentes de positividad en identificaciones) de la contradicción lógica hegeliana que disuelve el antagonismo en momentos necesarios y complementarios dentro de un sistema ordenado y cerrado (supuesto que no aplicaría a la apertura de lo social, ni a la contingencia identitaria dentro de la misma). Colletti, Lucio (1975). “Marxism and the dialectic”, *New Left Review*, N° 93, pp. 3-29.

relación en la que se *muestran* -en el sentido que Wittgenstein decía que lo que no se puede decir se puede *mostrar*- los límites de toda objetividad” (Laclau y Mouffe 2015: 169). Cabe preguntarse en qué sentido Laclau y Mouffe refieren a la idea de *mostración* y qué tan lícito puede ser el uso de esta expresión en el contexto en que nuestros autores intentan utilizarla.

Antagonismo y posfundacionalismo: cómo decir la totalidad

La distinción entre lo que puede decirse y lo que no puede decirse sino mostrarse o señalarse está presente en el TLP, obra de referencia del llamado “primer Wittgenstein”. En ella se formula una teoría determinista del decir que sostiene que una proposición significativa puede revelarse como una función de verdad de proposiciones elementales, estas asertan el acaecimiento de estados de cosas posibles y se forman por combinaciones de nombres que refieren a objetos simples. La combinación de estos objetos simples constituyen el estado de cosas efectivo, en esta tesis que afirma la existencia de los objetos²⁷ radica la condición de posibilidad de significatividad del lenguaje. El decir, para el TLP, se sostiene por la teoría pictórica del significado donde el lenguaje funciona como una pintura de la realidad y por la teoría de las funciones de verdad que sostiene que la verdad de la oración depende de la verdad de los correlatos que la conjunción encierra. Sin embargo, existen cosas que no pueden ser dichas con verdad, sino mostradas o señaladas.

Dado que aquello que se dice con sentido es siempre lo complejo que está dentro del mundo, los simples como las constantes lógicas que tienen referencia y lo místico que está fuera del mundo, no pueden decirse sino *mostrarse*. En el TLP hay dos tipos de elementos de *mostración*: por un lado está la lógica, sus constantes son simples y tienen un carácter necesario y *a priori*, pero dado que no hay necesidad en el mundo y que en sí mismas las constantes no tienen referencia, éstas no pueden decir con sentido por sí mismas sino que muestran²⁸; por otro lado están los valores éticos, estéticos y lo religioso, que están fuera del mundo conforman lo místico, y por eso tampoco pueden decir con sentido sino mostrar. Por

²⁷ Existe una vasta discusión sobre la naturaleza de los objetos del T: la postura *fenomenalista* señala que los simples son aquello que le es dado a la experiencia de los sujetos; contrariamente, la postura *nihilista* sostiene que los datos sensoriales aún guardan demasiadas propiedades como para constituir la sustancia del mundo, en la que no habría ninguna propiedad; por último, la postura *abstractista* argumenta que estos simples no refieren a objetos particulares sino a objetos de la lógica. (Penelas 2020: 68-69).

²⁸ “La proposición no puede representar la forma lógica; ésta se refleja en ella. (...) La proposición muestra la forma lógica de la realidad. La ostenta.” (TLP, § 4.121)

último, está aquello que no se puede decir con sentido ni mostrar, sino *señalar*, como es el absurdo o el decir sobre el decir, en este sentido, todo el TLP puede ser leído como aquello que dice sin poder decir, no habla de algo sino que lo evoca.

En el contexto general antiesencialista e indeterminista de HyES, donde se retoman como supuestos las ideas de juegos de lenguaje del “segundo Wittgenstein”, no parece tener un sentido claro, si es que tiene alguno, esta distinción entre el decir y el mostrar. Dado que esta distinción se basa en la teoría referencialista del decir, no parece posible hablar de la misma tras el abandono de la teoría determinista del significado y la adopción del pluralismo presente en los juegos de lenguaje y su vinculación con las formas de vida.

Según Laclau y Mouffe la idea de antagonismo no dice pero muestra ¿cómo puede pensarse esta expresión? Por un lado, puede pensarse que, al igual que la proposición lógica, este concepto resulta ser concebido con necesidad y *a priori*, puesto que al revelar los límites de la objetividad se presenta como una cualidad ineludible a la hora de hablar del mundo; por otro lado, al igual que lo místico, el antagonismo está fuera del mundo, ya que revelar los límites de la objetividad exige estar fuera para ser condición de los mismos, el antagonismo se ubicaría en un plano ontológico fuera del mundo de las entidades ónticas.

La idea de lo inefable o del límite de la objetividad se basa en el sistema de significación de la lingüística estructural según el cual el sentido sólo puede darse si las identidades lingüísticas forman un sistema de diferencias y en cada significación se involucra la totalidad del lenguaje, pero esta significación misma cuestiona la posibilidad del sistema puesto que plantea la cuestión de su *límite constitutivo*. El antagonismo como límite del discurso, de lo simbólico o del sistema significante en general, no puede ser un límite significado sino una frontera excluyente. Gasché que la diferencia sólo puede darse si existe una apelación a lo universal, al fundamento, aunque este sea contingente o parcial, al sistema o discurso como un todo, a lo común como lo social, “aun cuando como en este caso, ese sustrato común sea la mera negatividad del exterior, o más allá, del sistema” (Gasché 2008: 42). Estas consideraciones pueden acercar a un *mostrar* sin decir más parecido al de las constantes lógicas que a las afirmaciones místicas de aquello que se ubica fuera de este mundo o incluso en otro. La concepción apriorística del antagonismo como aquello que significa sin poder ser significado establecería una conexión con los elementos de la lógica formal. No obstante, considero que el movimiento de separar lo decible de lo mostrable es inconsistente con el contexto mayor de enunciación de HyES y los aportes de las IF.

La sentencia sobre el límite de la objetividad debe ser entendida como el límite de lo social en dos sentidos: por un lado, si las identidades se constituyen discursivamente incorporándose parcial y metafóricamente al orden simbólico, los cuestionamientos a ese orden deberán constituir también una crisis de identidad y una consecuente experiencia de fracaso; por otro lado, esta experiencia de fracaso, según sostienen nuestros autores, “no es el acceso a un orden ontológico diverso, a un más allá de las diferencias, simplemente porque no hay más allá” (Laclau y Mouffe 2014: 170). No hay un “más allá” del antagonismo y del quiebre de lo social: así como *no hay metalenguaje* tampoco hay una idea o forma de lo social como totalidad homogénea y reconciliada consigo misma. El abandono de la tesis fundacional sobre la objetividad, la sociedad, las identidades políticas y la transparencia del lenguaje es el *quid* de la postura posfundacional del libro. Que el fundamento sea ontológicamente débil o contingente, no significa que no exista fundamento alguno, sino que no existen fundamentos últimos, por lo tanto, la conciencia del fracaso, la parcialidad, la contingencia y el antagonismo revelan el juego de lenguaje permanente entre el *fundamento* y la *decisión* como *indecibilidad* que siempre será confrontada y disputada.

Si el rol del fundamento lo ocupa una ausencia, el anhelo de plenitud social, el deseo de sutura de la totalidad y la objetividad, entonces la dimensión ontológica operará siempre como imposibilidad a través de su negatividad. Lo *político*, como instancia primaria y fundante, ocupa el lugar de una ontología, mientras que la *política*, entendida como instancia secundaria y derivada, ocupa el lugar del plano óptico. De esta manera, la política designaría las prácticas e instituciones convencionales del plano óptico, respondiendo a lo político como primordial o fundamental, que no se caracteriza por la positividad o la unidad sino justamente por su imposibilidad, la negatividad o el quiebre de todo fundamento positivo reflejado en la noción de antagonismo²⁹. Sostiene Marchart al respecto que lo político “nunca será capaz de estar

²⁹ Si bien la terminología de la diferencia entre lo político como plano ontológico y la política como plano óptico es producto de la teoría posfundacional contemporánea descrita por Marchart (2009), podríamos decir que el primer pensador en revelar el carácter posfundacional de la política atribuyendo como distinción fundamental la idea de antagonismo o de no-fundamento ha sido Carl Schmitt. En *El concepto de lo político*, sostiene que la especificidad de lo político debe hallarse en la distinción última a la que puede reconducirse toda la acción política, que es la inevitabilidad del conflicto, es decir, la distinción *amigo-enemigo* (Schmitt, 2009: 56). Aunque la experiencia de la política como práctica remite a este carácter polémico ineludible, la distinción no se revela como una instancia ontológica para él, sino dentro del plano óptico, por lo que sostiene que el antagonismo no debe tomarse metafóricamente o simbólicamente, ni debilitarse en nombre de algo económico o moral, no debe reducirse a una instancia psicológica, privada o individual, ni refiere a una oposición normativa o espiritual: comprenderlo correctamente requiere considerarlo en su sentido concreto y existencial.

totalmente a la altura de su función en cuanto fundamento y, sin embargo, tiene que actualizarse bajo la forma de una *política* siempre concreta que, necesariamente, no entrega lo que ha prometido” (Marchart 2009: 23).

El pensamiento posfundacional no es antifundacional: aquí existe un fundamento político, pero su estatus no es el de un fundamento último, racional, universal e irrefutable, sino justamente el de una *arkhé* contingente, un anhelo, una imposibilidad, un quiebre donde, siguiendo a Heidegger, el fundamento es también *abismo* (Marchart 2009: 34). El antagonismo concebido como imposibilidad radical, brecha insuperable entre el plano óntico y una ontología débil y contingente, que incluso podría cuestionarse si se constituye de tal modo, obtiene como resultado la *pluralización* de los fundamentos y las identidades dentro del campo social y la lucha por la significación.

Pero ¿cómo puede pensarse desde la filosofía del lenguaje wittgensteiniana la cuestión de la imposibilidad y necesidad del fundamento al unísono? La idea del fundamento puede pensarse como “embrujo” del lenguaje por la máscara de lo profundo; Wittgenstein rechazaría por completo la idea de una *arkhé* positiva, ideal o formal que regule con necesidad la referencia del lenguaje, una dimensión fundacional para el discurso o las formas de vida y Laclau también. Sin embargo, la idea de fundamento ausente *deconstruye* la noción tradicional de *arkhé*: aunque la perspectiva antiesencialista no concibe al fundamento como principio innegable e inmune a revisión, no desconoce sus efectos. El antiesencialismo y el indeterminismo lingüístico wittgensteiniano sostienen que las palabras se revelan en los *usos*, desplazando la definición ostensiva por la fuerza ilocutiva de la palabra; del mismo modo en la obra de Laclau podemos ver cómo la idea de fundamento ausente no remite a una esencia a la que términos como “lo social” puedan referir, sino a los *usos* y *efectos* que los mismos tienen en la construcción política, la performatividad del lenguaje como aspecto material del discurso revela los efectos de la concepción del fundamento de lo social como ausencia a pesar de su inexistencia como entidad trascendente. En resumen, el carácter performativo del lenguaje muestra el fundamento entendido como ausencia.

Para pensar la idea de fundamento ausente en la política posfundacional podemos tomar como corolarios el *rechazo del principio de determinación del sentido*³⁰ y la idea de

³⁰ Rechazo al principio de determinación del sentido: “En vez de indicar algo que sea común a todo lo que llamamos lenguaje, digo que no hay nada en absoluto común a estos fenómenos por lo cual empleamos la misma palabra para todos, -sino que están *emparentados* entre sí de muchas maneras diferentes.” (IF, § 65)

*indeterminación ontológica*³¹ plasmados por Wittgenstein: 1. dado que no hay algo común a lo que llamamos lenguaje, sino que éste revela una inmensidad de *juegos de lenguaje* emparentados entre sí, podemos decir que no hay algo común que podamos denominar como totalidad social y sin embargo existen múltiples juegos donde las prácticas políticas parecen remitir a aquello que puede concebirse a modo heurístico como lo político; 2. así como el concepto de juego no está cerrado por un límite puesto que no tiene referencia necesaria y puede trazarse uno para hablar de ellos, lo político no remite a nada más que a la imposibilidad cerrar el sentido al hablar de ello. Así, el fundamento no existe como esencia positiva o referente, pero opera a través de los usos del mismo en el lenguaje como ausencia.

Lo social está penetrado por la negatividad porque las identidades políticas y las cadenas de equivalencia que las contienen se forman a través de la diferencia frente a algo más. Ese exterior, "lo que no son", dice Marchart, aun cuando no exista en el nivel óptico, el de "los seres como un ser más", lo subvierte a través del proceso de presentarse y ausentarse, puesto que si anuláramos la negatividad ontológica o radical destruiríamos ese efecto parcial de la sistematicidad y el sentido, la reducción de la negatividad ontológica a un plano óptico no logra postulados más "realistas" sino un sistema de pura presencia: "la escisión entre lo óptico y lo ontológico debe concebirse como radical, pues de lo contrario sería interior a lo óptico; es decir, formaría parte de un sistema de diferencias como una diferencia más" (Marchart 2008: 89).

Posiblemente, sólo una lectura heideggeriana, lacaniana o derridiana estuviera de acuerdo en conjugar esta ontología con la teoría wittgensteiniana y seguramente éste sea el caso. Es probable que Wittgenstein hubiera rechazado la postulación de un ámbito ontológico puesto que, de haber un afuera del lenguaje, un exterior al ámbito óptico, no podríamos conocerlo. Sin embargo, no me parece fraudulento intentar utilizar en este contexto las nociones de juego de lenguaje, comunidad de hablantes, usos lingüísticos, cambio conceptual, rechazo a la necesidad del sentido e indeterminación ontológica, puesto que la negatividad constitutiva es otro modo de asegurar esta indeterminación, de modo que el discurso nunca

³¹ Adhesión a la idea de indeterminación ontológica: "Pues *puedo* darle límites rígidos al concepto de 'número' así, esto es, usando la palabra «número» como designación de un concepto rígidamente delimitado, pero también puedo usarla de modo que la extensión del concepto *no* esté cerrada por un límite. Y así es como empleamos de hecho la palabra «juego». ¿Pues de qué modo está cerrado el concepto de juego? ¿Qué es aún un juego y qué no lo es ya? ¿Puedes indicar el límite? No. Puedes *trazar* uno: pues no hay aún ninguno trazado." (IF, § 68)

pueda cerrarse en un sistema fijo de referencias. En este sentido, considero que la negatividad constitutiva puede ser entendida como un juego de lenguaje, un *modo de decir* que el lenguaje no puede constituirse positivamente de forma unívoca y definitiva.

La plena presencia de lo social tiene como condición la existencia de un espacio cerrado en que las posiciones diferenciales sean fijadas *a priori* como momentos específicos y necesarios: por eso, para *subvertir* este espacio e imposibilitar el cierre de la estructura discursiva es precisa la disolución de la especificidad de dichas posiciones, por ejemplo, abandonando el esencialismo identitario propio del marxismo clásico que asignaba a las clases sociales momentos, identidades y acciones específicas en el curso de la historia. La idea de identidad propuesta por el posmarxismo es concebida como diferencia e *identificación*: no es positiva, puesto que no puede representarse directamente, sino de forma indirecta a través de su diferencia, su exterior constitutivo, puesto que ser A implica no ser B. De esta manera, la ambigüedad atraviesa toda relación de equivalencia: “dos términos, para equivalerse, deben ser diferentes (de lo contrario se trataría de una simple identidad). Pero, por otro lado, la equivalencia sólo existe en subvertir el carácter diferencial de esos términos” (Laclau y Mouffe 2015: 171). La experiencia de la negatividad y de la ausencia del fundamento estaría dada también en la equivalencia, donde algunas formas discursivas anulan la positividad del objeto identitario:

Es porque lo social está penetrado por la negatividad -es decir, por el antagonismo- que no logra el estatus de la transparencia, de la presencia plena, y que la objetividad de sus identidades es permanentemente subvertida. A partir de aquí la relación imposible entre objetividad y negatividad ha pasado a ser constitutiva de lo social. (Laclau y Mouffe 2015: 172)

Estas posiciones identitarias pueden darse en el discurso a través de dos formas: la *posición popular del sujeto*, que constituye la sede de un antagonismo localizado; y la *posición democrática del sujeto*, que no opera dividiendo a la sociedad. La primera opera a través de *luchas populares*, que construyen tendencialmente la división del campo político en dos espacios opuestos; la segunda lo hace suponiendo una pluralidad de espacios políticos. Este complejo aparato teórico dotado de múltiples conceptos provenientes de distintas teorías confluyen en el concepto más importante de la obra: la noción de *hegemonía*.

Hegemonía: la parte que representa al todo o los ganadores del juego lingüístico

Tal como la conciben Laclau y Mouffe tras los intentos frustrados de reflexionar sobre ella a lo largo de la tradición marxista ortodoxa, la hegemonía supone la apertura e incompletitud de lo social, ya que únicamente puede operar en un campo dominado por la *articulación*.

Aquí la noción de discurso se complejiza para dar lugar a la expresión de la política y todos los términos abstractos de apariencia profunda revelan su carácter práctico a través del uso que manifiestan las formas de vida y se distinguen dos instancias: por un lado, el *discurso*, como plano que incluye tanto a la fuerza hegemónica como a los elementos hegemónicos; y por el otro, el *campo general de la discursividad*, que en tanto exterior al discurso dominante, corresponde a las diversas formaciones discursivas. El discurso se revela como resultado de la instalación de un acto de poder que excluye otra legitimidad en pugna.

La originalidad de pensar la hegemonía desde la perspectiva wittgensteiniana del discurso ofrece, según Muñoz, la posibilidad de aplicar el paradigma descriptivo-normativo de la gramática constituido a través del conjunto de prácticas que articulan el uso de los conceptos al ámbito de la acción, de modo que ofrezca una utilidad para reflexionar, no solamente sobre el discurso político, sino también sobre las formas de vida que, en última instancia, también son políticas. (Muñoz 2004a: 95)

A mi juicio, el carácter hegemónico del discurso fue de algún modo reconocido por el mismo Wittgenstein en las IF: “Queremos establecer un orden en nuestro conocimiento del uso del lenguaje: un orden para una finalidad determinada; uno de los muchos órdenes posibles, no *el* orden” (IF, § 132). Entre los diversos usos del lenguaje y las distintas formas de vida, ponderamos un orden posible entre todos los órdenes posibles, el discurso revela el carácter contingente de la parcialidad que lleva inscrita consigo. Que el lenguaje responda a las formas de vida no significa que las refleje igualitariamente a todas ellas: así como el lenguaje tiene un orden aproximado por lo que se espera que las expresiones sean usadas de una forma determinada, las formas de vida también se inscriben en el plano simbólico de acuerdo a lo que se espera que ellas sean o no, es en ese sentido que puede decirse que el discurso revela una hegemonía que *sobredetermina* las formas de vida e inscribe las prácticas sociales en un registro de lo deseable.

La hegemonía discursiva no opera en una reducción a la forma proposicional sino a través del carácter material y performativo y por eso, sostiene Butler, que éste caracteriza la

reproducción social de las formas de vida corporizadas de acuerdo con ciertas normas como las de género, raza, clase, individualismo y civilización, por lo que estas mismas formas de vida son modos cruciales de negociar la hegemonía (Butler 2015: 133).

Según HyES para que pueda existir una articulación hegemónica deben cumplirse dos requisitos previos: debe haber fuerzas antagónicas en pugna y una inestabilidad fronteriza que las separe. La posibilidad de redefinir la articulación fronteriza a cargo de las fuerzas rivales y la presencia de elementos flotantes para disputar es lo que permite la emergencia de una práctica hegemónica, por lo que “sin equivalencia y sin fronteras no puede estrictamente hablarse de hegemonía” (Laclau y Mouffe 2015: 179).

En este punto se manifiestan nuevos términos técnicos para hablar de la contienda política hegemónica: el *bloque histórico* es definido a través de la unificación relativa del espacio socio-político dada por la institución de puntos nodales y la constitución relacional de las identidades; la *formación hegemónica*, en cambio, es la consideración de ese mismo bloque histórico desde la perspectiva del campo antagónico; sobre la categorización de la diferencia de las luchas democráticas como aquellas que suponen un espacio político plural y las luchas populares que construyen uno dicotómicamente enfrentado, los autores hablan de *guerra de posición* para referirse al fenómeno de fronteras que supone las identidades populares enfrentadas en una lucha popular.

A mi entender, la apertura estructural del discurso sin un afuera, los antagonismos en pugna y las fronteras inestables que los separan pueden ser analizados a través de las nociones wittgensteinianas de juegos de lenguaje como formas de vida y el problema del seguimiento de reglas. El discurso revela en su pretendida universalidad la inscripción de una particularidad puesto que, a falta de fundamentos o referentes semánticos necesarios, el orden lingüístico establecido no es el único posible sino un orden posible entre otros, determinado pero contingente. Este orden discursivo que refleja las formas de vida no puede albergar del mismo modo todas las particularidades y prácticas sociales, sino aquellas que se impongan cuantitativa y cualitativamente como dominantes: “Quiero decir: una educación absolutamente distinta de la nuestra también podría ser el fundamento de conceptos completamente distintos” (Z, § 387). Ante la imposibilidad de representar toda la diversidad de formas de vida existentes y potencialmente posibles, el lenguaje refleja lo que la comunidad se representa a sí misma como su forma de vida.

Según Staten, Wittgenstein ha practicado una forma de *deconstrucción* que cuestiona la presencia de cualquier identidad ideal, desde el sujeto hasta el objeto, el significado, las palabras y las reglas. Que el lenguaje sea común, por ser independiente a la intención significativa de los hablantes, no predetermina la intersubjetividad al consenso, puesto que carece de una automismidad ideal. Por eso, de la misma manera en que las identidades se constituyen frente a aquello que no son, la comunidad también se constituye en base a una exclusión y esta exterioridad constitutiva se revela en el uso del lenguaje y la importancia del seguimiento de la regla. Para él, este ejercicio deconstructivo desarrolla una reflexión sobre la ley y las reglas donde éstas no se conciben como "súper-durezas", atadas a ningún fundamento, sino como el deseo de constituir una identidad unitaria ideal libre de la alteridad radical, sin embargo, una regla o un límite siempre *determina*, pero nunca *está determinado* y por eso puede cambiar (Staten 1974: 132-134). Aunque las reglas determinen aproximadamente cuáles son los usos lingüísticos esperables para la comunidad, los nuevos usos pueden darse incluso en oposición a los modos previamente instalados.

Según Casimiro Lopes, Laclau utiliza a lo largo de su obra esta concepción de las reglas para cuestionar la idea regulativa de la coherencia de la estructura discursiva. Según ella, la contingencia de la estructura no puede ser determinada por ella misma puesto que está atravesada por la ambigüedad e incompletitud que hace que todas las reglas sean *indecidibles*, de modo que al aplicarlas no pueden determinarse sus resultados a través de las mismas reglas, ya que "las reglas son modificadas en el proceso de aplicación, dependen de quien está en el control de la aplicación de esa regla y del diferir asociado a la contingencia de esa aplicación" (Casimiro Lopes 2014: 137). Esa indecibilidad estructural hace que la decisión dentro de ella la descentre y subvierta.

Dicha indecibilidad estructural del discurso demuestra que seguir la regla no tiene ninguna justificación a nivel ontológico, epistemológico o gnoseológico. Seguir la regla no puede ser un asunto privado sino social, puesto que la corrección de la misma depende de lo que la comunidad considere apropiado en determinada circunstancia histórica y cultural. La cuestión de su seguimiento no sólo es una cuestión referente a opiniones o definiciones sino también a los juicios y formas de vida, según sostiene Wittgenstein:

«¿Dices, pues, que la concordancia de los hombres decide lo que es verdadero y lo que es falso?» - Verdadero y falso es lo que los hombres *dicen*; y los hombres concuerdan en el *lenguaje*. Ésta no es una concordancia de opiniones, sino de formas de vida. (IF, § 241)

Entendida de este modo, la batalla hegemónica es siempre discursiva: dado que no hay una separación entre lenguaje y materia a la que este describa, la disputa incluye la identidad política, la nomenclatura del antagonismo, los conceptos políticos, el valor performativo de las palabras en las descripciones y argumentaciones. Dado que el discurso no recoge la totalidad de formas vividas o posibles, éste sólo reflejará una de las legitimidades en juego y la contienda hegemónica se revelará como una batalla por el valor de la verdad.

Dado el carácter hegemónico de los juegos de lenguaje, prácticas, juicios y reglas sostenidos por la comunidad de hablantes, es lícito preguntarse cómo puede romperse este orden en favor de uno nuevo. Una lectura radical de Wittgenstein acentuaría el carácter *contingente* de estos juegos y formas de vida junto con la posibilidad de crítica interna a las reglas por parte de la comunidad que le da lugar. La idea de exterior constitutivo revela que la integridad de los juegos se sostiene a través de la limitación sociopolítica donde un interior se construye como diferencia de un exterior a la comunidad lingüística, donde la identidad del discurso señala cuáles son los juegos y las reglas que pueden seguirse aproximadamente sin elegir. Sin embargo, la metaforización y performatividad de los juegos no es más que la revelación de la metaforización y la performatividad inscripta en toda estructura lingüística, y el carácter abierto y contingente de las reglas hace que seguirlas no sea *interpretarlas* sino *decidir* sobre ellas, como sostiene Wittgenstein, “más correcto que decir que se necesita una intuición en cada punto, sería casi decir: se necesita una nueva decisión en cada punto” (IF, § 186).

Esta decisión, según Critchley, muestra la relación entre ética y normatividad, donde la regla en tanto poseedora de universalidad sería ética y cada decisión particular sería normativa puesto que la expresión de esa regla exigiría una decisión como acto que continúe la serie; sin embargo para él, no habría una ganancia en el establecimiento de la distinción entre ética y normatividad sino en establecer la concepción de un complejo ético-normativo de forma que la legitimidad de la regla se dé por su seguimiento (Critchley 2008: 154). Deshacer el binomio ética-normatividad reflejaría también la nulidad de la dicotomía entre forma y contenido o entre universal y particular, en tanto lo universal está atravesado por la

particularidad la regla misma puede modificarse ante su ejecución diversa y singular. Probablemente el seguimiento de las reglas y el aproximado acuerdo comunitario no permita responder a las razones de normatividad del discurso, sino al funcionamiento del discurso normativo, puesto que la regla no se sigue por una justificación sino por una *decisión*.

En este sentido, podemos pensar el movimiento de Kripke en su lectura de las IF al reemplazar la idea de normatividad semántica por la de normatividad social. Su análisis de las reglas observa que las atribuciones semánticas deben colocarse en el contexto general de nuestras formas de vida para ver cómo el acuerdo comunitario, sin constituirse en garante de ningún proceso semántico metafísico, funciona como marco que permite entender el seguimiento de las reglas sin apelar a un fundamento: “aunque falten las garantías objetivas, la condición del hablante es la de estar inmerso en un espacio de evidencias que le garantizan su proceder. Es razonable caracterizar a esta modalidad de las garantías como entrega imaginaria” (Karczmarczyk 2012: 35). Este punto es imprescindible para reconocer el aporte de la noción de juegos de lenguaje a la teoría política posfundacional mostrando la operatividad lingüística sin apelar a ninguna *arkhé* trascendental como justificación.

Al respecto, Kripke menciona algunos términos clave para pensar las IF: 1. la *concordancia*: responde al juego que la comunidad atribuye a los individuos que exhiben conformidad conductual con la comunidad, según él, este precepto perdería su sentido en una comunidad que no tuviera un acuerdo general en sus prácticas, lo que no elimina la posibilidad de error y disconformidad con las reglas (Kripke 2006: 107); 2. las respuestas y reglas concordantes y el modo en que se conectan con nuestras actividades es nuestra *forma de vida*, sin embargo, si pudiéramos imaginar otra forma de vida posible, los miembros de la comunidad que compartieran tal forma podrían jugar a la atribución de reglas y conceptos unos con otros puesto que los juegos se sostienen “debido al hecho bruto de que generalmente concordamos” (Kripke 2006: 109); 3. los *criterios* que se establecen en relación al seguimiento de las reglas no requieren justificaciones adicionales al procedimiento, más bien vienen dados en el modo en que se alcanza la concordancia (Kripke 2006: 116).

En relación a esos tres puntos podemos proponer tres usos dentro de la teoría de la hegemonía: 1. según Kripke, la idea de concordancia relacionada a los juegos de lenguaje reconoce la idea de acuerdo general comunitario sin excluir la posibilidad de disconformidad, lo cual puede traducirse en una noción de discurso hegemónico con la posibilidad de diferir con él; 2. dado que no existen hechos semánticos que justifiquen la institución necesaria de

las reglas y la posibilidad de imaginar otras formas de vida en relación con otras reglas, podemos pensar el desacuerdo no sólo como ciertas formas de vida respecto a otra comunidad a la que no pertenecen, sino también como el discurso contrahegemónico que efectúan las diversas formas de vida que en el propio seno de la comunidad lingüística operan contra la identidad unívoca que esta comunidad espera de sí; la rebeldía, la discordancia, puede también establecer una ruptura de esta comunidad mayor a modo de reivindicación particularista o incluso disputar la hegemonía del discurso imperante a través del establecimiento de nuevas reglas; 3. si el seguimiento hegemónico de las reglas imperantes no necesita justificación adicional al procedimiento, esto no quiere decir que la inmediatez de los criterios asegure la necesidad de su cumplimiento, incluso frente a la lectura más pragmatista de ellos, podemos decir que aunque los juegos de lenguaje permanezcan generalmente reglados pueden existir nuevos usos lingüísticos a través de su señalamiento o justificación (Putnam 2001: 22).

Entendidas de este modo, existen dos lecturas de Wittgenstein que confluirían en la teoría de la hegemonía: una interpretación pragmatista acentuaría la dimensión del acuerdo y la estabilidad en los juegos de lenguaje para garantizar el entendimiento y el seguimiento de las reglas, lo que daría lugar al aspecto *hegemónico* del discurso; sin embargo, una lectura deconstructiva podría señalar la idea de exterioridad constitutiva con que se alcanza la noción de identidad política para excluir el desacuerdo en relación a las reglas y los juegos de lenguaje permitidos, el foco en la inestabilidad de la estructura discursiva y la creatividad del lenguaje permitiría abrir la puerta a una estrategia *contrahegemónica* que aspire a ocupar el lugar futuro de una hegemonía distinta, por ejemplo, una estrategia socialista. Aunque ambas tradiciones realicen un aporte interesante para pensar el discurso político y nuestros autores se nutran de ambas, es evidente por qué una visión deconstructivista como la de Staten los ha influenciado fuertemente en relación a los fines prácticos de su teoría.

La semántica indeterminista necesaria para alcanzar la idea de un discurso primordialmente metafórico resulta imprescindible para la descripción que se hace de la hegemonía como categoría esencialmente metonímica, dado que sus efectos surgen “siempre a partir de un exceso de sentido resultante de una operación de desplazamiento” (Laclau y Mouffe 2015: 186). La importancia de estos conceptos para la teoría política es que permiten explicar la formación de identidades y órdenes sociales, pero también brindan una posibilidad de subversión. Según Butler, la metáfora y la metonimia permiten comprender cómo

intervienen los significantes en la formación y disolución de los grupos, estabilizando y desestabilizando identificaciones políticas (Butler 2015: 114).

Radicalización de la democracia: cómo hacer política con palabras

Nuestros autores defienden la idea de que la vía actual del marxismo requiere reformularse en el proyecto de democracia radicalizada a través de la reapropiación y exaltación de los principios de igualdad y libertad y la confluencia de diversas luchas en una simplificación del terreno social sobre la base de la indeterminación constitutiva de los sujetos.

Para atacar la ortodoxia que sostiene que existen sujetos históricos privilegiados sobre la base de contradicciones sociales objetivas, y por ende luchas preferibles sobre otras, Laclau y Mouffe comienzan por distinguir las *relaciones de subordinación* de las *relaciones de dominación*: en las primeras los agentes están sometidos a las decisiones de otro; pero en las segundas existe la consideración de ilegitimidad desde una perspectiva exterior a las mismas, puesto que “no hay relación de opresión sin la presencia de un ‘exterior’ discursivo a partir del cual el discurso de la subordinación pueda ser interrumpido” (Laclau y Mouffe 2015: 196). Aquí, la idea de un exterior discursivo a estas relaciones de dominación no refiere a un afuera del discurso en general puesto que no existe realidad alguna que no sea discursiva: lo exterior a estas relaciones es la constitución subjetiva de un otro que estando por fuera de las mismas muestre la posibilidad de romper con ellas y constituirse de otro modo. Esta exterioridad constitutiva que revela el carácter hegemónico de todo discurso proporciona la perspectiva de exclusión que hay en toda complejidad social.

La posibilidad de concebir a las relaciones de subordinación como relaciones de dominación estaría dada por la perspectiva abierta gracias a la Revolución Francesa que, en su ruptura con el *Ancien Régime*, generó las condiciones discursivas necesarias para establecer diferentes formas de desigualdad como antinaturales e ilegítimas, haciéndolas equivalentes entre sí a causa de la opresión sufrida por todas ellas, desplazando los criterios de igualdad y libertad hacia horizontes más vastos. Para comprender este cambio conceptual remito a la explicación que brinda Wittgenstein en SC, donde sostiene que cambiando los hechos y pudiendo imaginarse hechos distintos a cómo son, algunos juegos de lenguaje pierden importancia mientras que otros la ganan, y así, lentamente se transforma el uso de los términos, de modo que cambiando los juegos que pueden realizarse con ellos también cambia su significación (SC, §§ 63-65).

Para reflexionar desde una perspectiva wittgensteiniana sobre la expansión que la Revolución Francesa ha legado sobre los términos de igualdad y libertad podemos remitirnos al aporte de William Connolly, quien en su obra *The terms of political discourse* sostiene que Wittgenstein mismo fue quien sugirió que los conceptos que moldean las formas de vida de una sociedad pueden calificarse a través de una jerarquía de importancia y permanencia en ella, de modo que las relaciones internas entre los conceptos operarían como la corriente de un río y sus conceptos fundamentales como el sólido lecho de arena en que descansan, los cuales con el tiempo vuelven a fluir dejando espacio a otros nuevos, remitiendo a SC:

Podríamos imaginar que algunas proposiciones, que tienen la forma de proposiciones empíricas, se solidifican y funcionan como un canal para las proposiciones empíricas que no están solidificadas y fluyen; y también que esta relación cambia con el tiempo, de modo que las proposiciones que fluyen se solidifican y las sólidas se fluidifican. (SC, § 96)

En términos de la corriente conceptual que describe Wittgenstein, los términos de igualdad y libertad podrían ser aquellos que al solidificarse permitieron que nuevas aguas lingüísticas y argumentativas fluyeran sobre ellos, sobredeterminándolos, sedimentando en su propio seno un nuevo significado otorgado por los usos sucesivos que se les ha ido dando.

Según Connolly, las disputas político-intelectuales involucran alegatos especiales por parte de los litigantes donde cada parte intenta capturar elementos de una idea compartida con fines partidistas. En el litigio, las partes aceptan, aunque quizás no del mismo modo, un conjunto básico de conceptos y argumentos pertinentes a la cuestión. Por ejemplo, en una contienda política las partes disputarán nociones de igualdad y libertad, y aunque les den un sentido diferente, seguramente no podrán dejarlos de lado en tanto ideas insustituibles para la gramática democrática. Respecto al seguimiento de reglas, Connolly sostiene que al decir que las reglas compartidas en un nivel ayudan a limitar los conflictos conceptuales en otros niveles no quiere decir que estas sean suficientes para disolverlos completamente. Por eso, aunque los conceptos políticos básicos -en este caso, los legados por la Revolución Francesa de igualdad y libertad- no sean inmunes a revisiones o redefiniciones a lo largo de la historia, entre sociedades en un mismo momento histórico o incluso entre clases o miembros de una misma sociedad, proporcionan una base común sobre la cual discutir (Connolly 1974: 190-191). En este sentido debe entenderse el siguiente pasaje

Cualquier prueba, cualquier confirmación y refutación de una hipótesis, ya tiene lugar en el seno de un sistema. Y tal sistema no es un punto de partida más o menos arbitrario y dudoso de nuestros argumentos, sino que pertenece a la esencia de lo que denominamos una argumentación. El sistema no es el punto de partida, sino el elemento vital de los argumentos. (SC, § 105)

El sistema argumentativo se compone de conceptos básicos compartidos a través de reglas comunes a la comunidad que determinan aproximadamente las formas de vida, sobre éstos se monta la arenga hegemónica y contrahegemónica como parte vital de los argumentos. Por ejemplo, el concepto “igualdad” no funciona como inicio argumentativo sino como trasfondo del discurso político; sin embargo, mientras los sectores de derecha suelen hacer hincapié en los aspectos formales de la igualdad como isonomía, es decir, como igualdad ante la ley, los sectores de izquierda reivindican los aspectos materiales de la igualdad para que ésta pueda efectivamente ejecutarse. Análogamente podemos pensar el concepto “libertad”: mientras los sectores de derecha suelen proponer una libertad formal, negativa y a menudo irrestricta, donde el *laissez faire* de algunas libertades terminan coaccionando las otras, los sectores de izquierda proponen una libertad positiva y material, no sólo como ausencia de impedimentos sino también como disponibilidad de los medios para su ejecución. La amplia gama política batalla discursivamente por el significado de ambos términos, pero no pertenece al horizonte gramatical la posibilidad de negarlos. Estos términos, aunque abstractos y polémicos, no requieren definición fija, puesto que sólo pregunta con sentido por la denominación quien ya sabe servirse de ella (IF, § 31), su batalla debe darse en relación al uso.

Una tesis importante de HyES es la aplicación práctica de todos los conceptos teóricos, permitiendo concebir a los nuevos movimientos sociales (como el ecologismo y las antiguas luchas de género y raza ahora radicalizadas) bajo la doble inscripción de la transformación característica de la nueva formación hegemónica de mercantilización y burocratización de las relaciones sociales -propias del período de posguerra- y la expansión del imaginario igualitario y libertario propio del discurso liberal democrático (Laclau y Mouffe 2015: 209). El aporte de HyES a la praxis izquierdista consiste en reconocer que la nueva pluralidad de luchas requiere a nivel estratégico comprender que una política de aspiraciones hegemónicas no puede considerar *a priori* el privilegio de identidades políticas aisladas de otras luchas y no puede

concebirse como repetición de un esquema, puesto que el sentido de cada lucha es único. Por eso, “todo antagonismo, librado a sí mismo, es un *significante flotante*, un antagonismo “salvaje” que no predetermina la forma en que puede ser articulado en otros elementos de una formación social” (Laclau y Mouffe 2014: 215).

La política hegemónica precisa: comprender las identidades políticas a través de un antiesencialismo que permita elaborar subjetividades a partir del proceso de identificación; desestimar la idea de sujetos históricos privilegiados y la lucha fragmentaria en relación a las diversas reivindicaciones particulares en beneficio de la construcción interseccional a partir de la formación de cadenas de equivalencia; concebir la lucha a partir de sí misma y no de esquemas teleológicos previamente reglados. Dado que todo antagonismo considerado por separado se constituye como un significante flotante, es preciso establecer un punto nodal que funcione como significante a partir del cual todo el discurso estratégico se irradie.

Las cadenas equivalenciales que modelan alianzas estratégicas con pretensiones hegemónicas se forman por equivalencia de distintas identidades políticas forjadas en torno a un punto nodal y un exterior constitutivo común, sostienen principios compartidos en su aplicación y uso, pero también un enemigo. Este es un llamado a la izquierda para forjarse, no sólo en torno a los trabajadores, sino a través de la alianza de distintos sectores oprimidos contra toda relación de dominación: el obrerismo, el gremialismo, el cooperativismo, el antirracismo, el ecologismo, el transfeminismo, los movimientos LGBTIQ+, etcétera. Puede reflexionarse sobre la deconstrucción identitaria de los actores del marxismo tradicional a través del aporte wittgensteiniano sobre lo simple y lo compuesto en las IF:

¿Pero cuáles son las partes constituyentes simples de las que se compone la realidad? (...) «Simple» quiere decir: no compuesto. Y aquí surge luego: ¿'compuesto' en qué sentido?» (...) La pregunta «¿Es lo que ves compuesto?» tiene perfecto sentido si se ha fijado ya de qué tipo de composición -esto es, de qué uso peculiar de esta palabra- ha de tratarse. (...) La palabra «compuesto» (y por tanto la palabra «simple») es utilizada por nosotros en un sinnúmero de modos diferentes relacionados entre sí de diferentes maneras.” (IF, § 47)

En la complejidad del discurso político-partidario, las cadenas equivalenciales forman las partes componentes de este entramado hegemónico. Sin embargo, ellas son compuestas, dado que una alianza política está conformada por distintas identidades al interior suyo unidas

por puntos nodales. A su vez, las identidades dentro de estas cadenas tampoco son completamente simples, sino sólo en relación a la cadena que las articula, puesto que estas identidades siempre están construidas colectivamente a través de lazos de identificación. La política nunca se compone de identidades singulares y positivas, por lo que no es posible pensar la remisión al individuo como figura más simple de este proceso, su identidad es un constructo dado por la identificación en relación a un exterior constitutivo. No explicar, sino *ver* los distintos juegos de lenguaje es lo que permite entender la complejidad de la práctica política imposible de descomponer en unidades hasta llegar a un punto simple y positivo: no digas que los sujetos políticos están determinados y deben llevar las luchas previamente definidas a nivel teórico, mirá cómo se identifican, cómo luchan y si hay algo común a ellos. Este algo en común es el punto nodal, la idea de un exterior constitutivo que determina un enemigo en común logrando una mejor posición dentro de la lucha antagónica, dando como resultado parecidos de familia entre los grupos identitarios que componen la cadena.

El concepto de parecidos de familia es particularmente útil para describir el modo en que los grupos identitarios forman una cadena de equivalencias. La aparición de este concepto en IF sostiene:

No puedo caracterizar mejor esos parecidos que con la expresión «parecidos de familia»; pues es así como se superponen y entrecruzan los diversos parecidos que se dan entre los miembros de una familia: estatura, facciones, color de ojos, andares, temperamento, etcétera, etcétera. -Y diré: los 'juegos' componen una familia. (IF, § 67)

La descripción de los parecidos familiares no da rasgos esenciales que reúnan los elementos en común. Así como unos elementos se unen a otros y estos a otros hasta reunirse todos ellos, las identidades políticas se articulan interseccionalmente, unas y otras tienen algunos rasgos en común pero nunca todos ni con todos, así se articulan los grupos en las cadenas de equivalencias. Ellas serán más fuertes cuanto más cortas sean, puesto que los elementos articuladores serán más cohesivos, y más débiles cuanto más largas sean puesto que cada nuevo elemento a articular podría debilitar uno anteriormente considerado.

Con el objetivo estratégico de buscar puntos nodales amplios y fuertes que permitan articular cadenas equivalenciales con pretensión hegemónica, la izquierda no debe renegar de la ideología liberal democrática, sostienen Laclau y Mouffe, sino profundizarla para

alcanzar una *democracia radical y plural*, donde la *radicalización* corresponda a la ampliación del concepto de igualdad y la pluralidad corresponda a la exaltación del concepto de libertad.

La ampliación del dominio de los derechos democráticos, más allá de los aspectos formales y acotados, que da la noción tradicional de ciudadanía a través del enaltecimiento de los conceptos de igualdad y libertad en la batalla discursiva es lo que permitiría a la izquierda comprender la política contemporánea, salir de su letargo práctico, interpelar a las subjetividades emergentes y desarrollar una política hegemónica. Comprendida de esta manera, sobre los yerros del marxismo ortodoxo y el fracaso de algunas experiencias del socialismo real, nuestros autores proponen la extensión del campo de las luchas democráticas a toda la sociedad civil y al Estado, contrariamente al abandono del terreno democrático. Para ello, exhortan a combatir el fundacionalismo político:

El obstáculo fundamental en esta tarea es el que hemos venido registrando desde el comienzo de este libro: el apriorismo esencialista, la convicción de que lo social se sutura en algún punto a partir del cual es posible fijar el sentido de todo evento, independientemente de cualquier práctica articuladora. Esto ha conducido a una incompreensión del desplazamiento constante de los puntos nodales que estructuran a una formación social, y la organización del discurso de la izquierda en términos de una lógica de “puntos privilegiados apriorísticos”, que limita seriamente su capacidad de acción y análisis político” (Laclau y Mouffe 2015: 222).

Frente al apriorismo esencialista debe ponderarse la idea wittgensteiniana del *ver*, por sobre el pensar apartado de esta visión de lo real, abandonando la idea de positividad e identidad esencial por la cual los sujetos serían anteriores y libres frente al discurso, abandonando también la idea de *arkhé* como fundamento extradiscursivo de la política, la historia o el lenguaje, pero deshaciéndose también de la idea del forjamiento fijo y *a priori* de las reglas que luego sólo encontrarían su mera aplicación.

La comprensión de la política junto a la posibilidad de un análisis certero que guíe a la acción, debe darse en oposición a la concepción fundacionalista de una metafísica tradicional que siente el hecho semántico en una esfera extralingüística, es decir, más allá de la palabra. Frente a esta perspectiva pueden entenderse las siguientes nociones que Laclau y Mouffe desarrollan en HyES siguiendo, entre otros autores, a Ludwig Wittgenstein: el

posfundacionalismo político, el antiesencialismo identitario, la noción de discurso entendida en sentido amplio y el indeterminismo por el cual no existe un afuera del lenguaje. Todos estos elementos resultan de vital importancia para el planteo de su obra y la apertura de la vía intelectual posmarxista.

Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo (1990)

The time is out of joint. O cursed spite, that ever I was born to set it right!

William Shakespeare

*If I were the moon, I'd be cool
If I were a rule, I would bend*

Pink Floyd

A cinco años del lanzamiento de HyES, Laclau publica NR y algunas diferencias con su obra anterior resultan manifiestas: mientras HyES se centraba en la categoría de *hegemonía* elaborando un proyecto de democracia radical a partir de una genealogía y deconstrucción de la historia del marxismo, aquí la argumentación es desarrollada positivamente a través de la centralidad otorgada a la noción de *dislocación*. Esta idea expresa, según Laclau, la negatividad inherente a toda relación antagónica, su proliferación en las sociedades contemporáneas y los proyectos políticos ligados a la reconstrucción subjetiva de identidades políticas y sociales, a partir de las categorías de *antagonismo*, *capitalismo* e *imaginario social* y *revolución democrática* (Laclau 1993: 20-21).

Para comprender el lugar que ocupa este texto dentro de la obra laclausiana seguiré las cronologías propuestas por David Howarth referente a la categoría de hegemonía y la de Yannis Stavrakakis en relación a los contenidos psicoanalíticos desarrollados en la teoría.

Howarth describe tres modelos laclausianos de hegemonía: el primero pertenecería a los escritos de juventud centrados en la reelaboración del estructuralismo althusseriano como PIM (1977) donde las prácticas hegemónicas son consideradas como llevadas a cabo por clases fundamentales; el segundo modelo sería el de HyES (1985) expuesto en el capítulo anterior, donde el posestructuralismo, la filosofía del lenguaje y el psicoanálisis explicarían la hegemonía como metonimia y desplazamiento, con formaciones hegemónicas alrededor de puntos nodales sobre sujetos contingentes y negociables; por último, el tercer modelo perteneciente a NR (1990) y EyD (1997) intentaría resolver algunos problemas advertidos por Slavoj Žižek referentes a la noción de subjetividad (Howarth 2008).

La reelaboración de los aspectos problemáticos tras la crítica de Žižek se organizan alrededor de la idea de subjetividad. La objeción žižekiana argumenta que los sujetos no son antagonizados por un otro externo que amenaza su coherencia identitaria, sino que estas últimas están amenazadas por sí mismas, puesto que cada sujeto está escindido ontológicamente en función de un vacío o falta originaria, siendo el antagonismo una proyección de esa división interna sobre un otro. Por esta condición ontológica, devenir sujeto consistirá en identificarse con un sistema de significantes externos que jamás podrá ejercer una representación completamente adecuada en la medida que estos significantes permanecen esencialmente incompletos al estar marcados por un “real” exterior a ellos (Howarth 2008: 323).

Esta cuestión referente a la subjetividad se emparenta con el segundo factor cronológico que quisiera destacar: la influencia psicoanalítica en la obra de Laclau. La lectura de Stavrakakis organiza la obra laclausiana en cuatro momentos: el primero, correspondiente a los años ‘70 revelaría incipientes afinidades teóricas con el corpus freudiano y lacaniano; el segundo, signado por la publicación de HyES a mediados de los ‘80, cambia el uso ecléctico del psicoanálisis vía estructuralista althusseriana por un uso sistemático y una lectura directa de Lacan con el uso de nociones como lo simbólico o el *point de capiton* en la arquitectura discursiva; el tercero, correspondiente a trabajos como NR y EyD en los ‘90, desarrolla una ontología negativa lacaniana, algunos de los hitos conceptuales de esta etapa son la ya mencionada configuración subjetiva en términos de *falta*, la función de lo real como límite *interno* del discurso, la noción de *significantes vacíos* como formulaciones fantasmáticas de la plenitud de lo real en política (equivalentes al *objet petit a* lacaniano como objeto-causa del deseo) y la categoría de *dislocación* como encuentro con lo real imposible; por último, el cuarto momento, correspondiente a la publicación de RP (2005), incorporará la dimensión afectiva y la categoría de *jouissance* para reflexionar sobre las dinámicas sociales de identificación y asociación fundamentales para la política (Stavrakakis 2020: 34-37).

Aunque NR se caracteriza por una incorporación mayor de la teoría lacaniana y la interpretación wittgensteiniana queda supeditada a un marco más complejo, la influencia y las menciones explícitas al filósofo austríaco son más generosas que en su obra anterior.

Dislocación: el tablero del juego está doblado

El concepto central de NR es, sin lugar a dudas, el de *dislocación*. Según Stavrakakis éste puede entenderse como parte integral de la teoría del discurso que se diferencia de otras formas tradicionales de análisis por elevar al epicentro de nuestro discurso el elemento de crisis, ruptura y negatividad inherente a la experiencia humana que amenaza y subvierte lo simbólico. La teoría dislocatoria parte de una ontología negativa según la cual “todas las construcciones humanas constituyen intentos de instituir un objeto imposible (la sociedad) y dominar un elemento excesivo (lo real en términos lacanianos) que siempre escapa a nuestros medios de representación” (Stavrakakis 2020: 118).

La primera dimensión en la que se revela el proceso dislocatorio es en el *antagonismo*. La tesis del libro expresa que éste tiene una función reveladora, puesto que muestra el carácter *contingente* o *accidental* de toda objetividad.

El antagonismo se basa en la premisa de que las identidades nunca son esenciales, cerradas, totales, ni se constituyen plenamente, sino que lo hacen de modo relacional. Esto tiene dos consecuencias: primero, contra al esencialismo, supondrá que las identidades y sus condiciones de existencia forman un todo inseparable, dado que si la esencia no es nada sin sus accidentes entonces la identidad dependerá de condiciones de existencia contingentes³²; segundo, si la fuerza antagonizante es relacional, operará paradójicamente obstaculizando la plenitud de su rival pero también formándolo, como parte de su condición existencial.

La primera consecuencia, el antiesencialismo, presente en la obra wittgensteiniana, sirve para comprender cabalmente esta noción. En IF existe una apuesta manifiesta por la indeterminación ontológica y el rechazo a la determinación del sentido que puede encontrar su correlato en la cuestión identitaria: en el § 40 supone que la palabra no tiene significado si nada le corresponde, es decir, que no podrían existir esencias aisladas de sus expresiones materiales concretas, de hacerlo se confundiría el *nombre* con su *portador*; también en el § 79 se rechaza el esencialismo identitario con la explicación de que los nombres propios no tienen un uso fijo y unívocamente determinado sino que existe una serie de apoyos para utilizar uno si se retirara otro.

Es preciso hacer una aclaración sobre el uso de la teoría wittgensteiniana y la noción de antagonismo. Aunque el enfoque laclausiano de las identidades, y el de la teoría posfundacional en general, pueda conjugarse con el anti-esencialismo wittgensteiniano,

³² Este punto será cuestionado con el uso de la teoría kripkeana en RP.

existe una diferencia clave: para Wittgenstein el proceso de individuación o identificación no implica una apelación a la negatividad. Según Aletta Norval Laclau debe atenuar el énfasis del antagonismo en la negatividad como categoría ontológica reformulándolo a través de un tipo preciso de política óptica. Respecto a trabajos anteriores, NR presenta una mayor cercanía a Wittgenstein gracias a la dislocación del sujeto, que además de abandonar el énfasis ontológico, se acerca al sentido de inquietud que inspiran sus escritos (Norval 2007: 162).

La segunda consecuencia del antagonismo requiere una comprensión efectiva, wittgensteiniana, de la historia. Frente al historicismo marxista y sus categorías apriorísticas que se adelantan al curso mismo de los acontecimientos a través de una operación de *reconocimiento* que encuentra la encarnación de los actores esenciales en los hechos, Laclau propone una lectura histórica a través de los juegos de lenguaje:

... mientras que en estos últimos las reglas sólo existen en las instancias prácticas de su aplicación -que por consiguiente las modifican y deforman- en el primer caso lo que ocurre es lo opuesto -las instancias prácticas de una empiricidad concreta son accidentes que sólo afectan detalles de una historia que, en todos sus movimientos esenciales, se verifica según reglas conocidas a priori. (Laclau 1993: 38)

El pensamiento marxista tradicional suscribe a un esencialismo que determina cuáles son las reglas por las que puede y debe entenderse la historia, pero en la teoría wittgensteiniana las reglas no remiten a esencias, no pueden darse *a priori*, no tienen un sentido unívoco y no proporcionan una única instrucción para su ulterior aplicación. Ninguna palabra o concepto filosófico puede cercenarse a la idea de regla como formación rígida y aplicación:

Dije de la aplicación de una palabra: no está absolutamente delimitada por reglas. ¿Pero qué apariencia tiene un juego que está absolutamente delimitado por reglas?, ¿cuyas reglas no dejan que se introduzca duda alguna, que le tapan todos los huecos? - ¿No podemos imaginarnos una regla que regule la aplicación de la regla? ¿Y una duda que esa regla remueve - y así sucesivamente? (IF, § 84)

La facticidad del antagonismo no niega su carácter constitutivo. Es decir, su expresión y contenido no pueden darse apriorísticamente, sin embargo, no puede no haber antagonismo

dato que este expresa la contingencia que penetra las identidades sociales. Distanciándose del relato esencialista y teleológico del marxismo, Laclau sostiene que las fuerzas antagónicas no expresan una realidad objetiva más profunda y, por ende, la historia no puede explicarse a partir de su supuesta objetividad. La identidad es relacional respecto a sus condiciones de existencia y siempre está amenazada por la idea de exterior constitutivo, por lo que debe buscarse en la facticidad dichas condiciones para comprender que la identidad siempre puede transgredirse y redefinirse. La consecuencia historiográfica de pensar el antagonismo a través de las categorías wittgensteinianas nos aleja de la idea esencial de tipos ideales en la política respecto de los sujetos y de los procesos históricos, el ejemplo ofrecido por Laclau apunta a la revolución democrático burguesa: para el caso, este concepto no sería un mismo objeto a buscar en todo el mundo, concebido *a priori* con necesidad, sino un objeto deformado y redefinido por cada contexto, de modo que entre las distintas revoluciones democrático-burguesas sólo puedan observarse *parecidos de familia* (Laclau 1993: 39).

Para Laclau el ejercicio filosófico wittgensteiniano se basa en el cuestionamiento de toda trascendencia *superhard* a través del miramiento a las condiciones de existencia empíricas de las que la objetividad concreta depende³³ (Laclau 1993: 40). La referencia a la idea de “súper-dureza” es tomada de Henry Staten, quien, en su lectura deconstructivista de Wittgenstein, sostiene que la deconstrucción replantea los conceptos de regla y ley de manera que éstas no se conciban como instancias trascendentales:

La afirmación de la dureza de la ley es una expresión de deseo narcisista como lo sería la afirmación de la libertad infinita. El deseo de que las cosas tengan una identidad propia unitaria ideal es el deseo de ser libres de la ansiedad de lo que Derrida llama alteridad radical. (Staten 1984: 152)³⁴

Discutiendo la autonomía y la supuesta determinación en última instancia por la economía, Laclau sostiene que no se trata de establecer la efectividad de la misma sobre el resto de la

³³ Respecto a la trascendencia *superhard* sostiene Laclau en "La construcción de la nueva izquierda", una entrevista realizada por el colectivo editorial de la revista intelectual *Strategies* en marzo de 1988, incluida en NR: "... está el problema de la relación entre lo "superhard" -la trascendencia, la apodicticidad, el carácter algorítmico de las decisiones- y la democracia. una decisión apodíctica o, en un sentido más general, una decisión que reivindica para sí misma una "racionalidad" incontestable, es incompatible con una pluralidad de puntos de vista" (Laclau 1993: 203).

³⁴ Traducción propia.

formación social, sino de determinar cómo se constituye como un objeto separado de sus condiciones empíricas de existencia. La economía, la política y lo ideológico o simbólico guardan relaciones inestables con las identidades precarias y relacionales, de modo que ellas nunca se totalizan y estos nunca se constituyen como objetos autónomos. Así como no existe una única revolución democrático-burguesa para buscar en toda la historia, tampoco existe un sistema capitalista homogéneo como entidad ideal que en su fenomenicidad tenga meras variaciones accidentales: sólo se dan configuraciones globales como bloques históricos en que los elementos políticos, ideológicos y económicos se dan mezclados (Laclau 1993: 42).

Ya en las IF, Wittgenstein negaba la existencia de entidades trascendentales que respaldaran los conceptos *superhard* de la metafísica tradicional. Para él, el engaño del lenguaje consistía en olvidar el significado habitual de las palabras otorgando una suerte de misticismo a las mismas. Este “embrujo” lingüístico aparece como respuesta a distintas actitudes frente al mismo: primero, existe una desestimación del aspecto superficial del lenguaje, frente al cual se propone una dimensión ulterior o subyacente al mismo, una ilusión de profundidad (IF, § 92); segundo, existe una confusión lingüística a causa de la efectiva plurivocidad o el enorme significado que corresponde a cada palabra (IF, § 93); y tercero, una incompreensión de la lógica del lenguaje que seduce a concebir una fuerza en la palabra como si ésta ejerciera un poder singularmente extraordinario, donde “por un *malentendido* nos parece como si la proposición *hiciese* algo raro” (IF, § 93). La crítica a estas “súper-durezas” del lenguaje aparece en su vocabulario como un ataque a la idea de “súper-conceptos” que serían la expresión de un “súper-orden”.

Estamos bajo la ilusión de que lo peculiar, lo profundo, lo que es esencial en nuestra investigación reside en que trata de captar la incomparable esencia del lenguaje. Esto es, el orden existente entre los conceptos de proposición, palabra, deducción, de verdad, de experiencia, etcétera. Este orden es un *súper-orden* entre -por así decirlo- *súper-conceptos*. (IF, § 97)

Concebir esencias o tipos ideales unívocos y homogéneos para compararlos con su empleo cual aparición o aplicación posterior es también una operación ilegítima para la teoría del mismo Wittgenstein, quien sostiene:

¿Pueden entonces entrar en colisión figura y aplicación? Bueno, pueden entrar en colisión en la medida en que la figura nos hace esperar un empleo diferente; porque los hombres hacen en general *esta* aplicación de *esta* figura. / Pretendo decir: hay aquí un caso *normal* y casos anormales.” (IF, § 141)

Para Wittgenstein, al igual que para Laclau, no existen esencias ni plano de trascendencias *superhard* que determinen la normalidad de la realidad. La tesis de la inexistencia de cualquier metalenguaje también apunta a eso: no existe un punto arquimédico o criterio absoluto y universal desde el cual pueda determinarse la normalidad. Sólo el uso puede determinar un parámetro aproximado de normalidad, siempre sujeto a cambios y disputas.

Como la contingencia laclausiana, la normalidad o corrección wittgensteiniana no resulta de ajustarse a una regla anteriormente determinada. Por eso, para Laclau, los procesos históricos y las identidades sociales no pueden determinarse con antelación, de ser así ¿cuál sería el criterio universal para los mismos que determinase su corrección? ¿Si un fenómeno no se ajustara a la regla, en qué sentido se estaría aplicando “mal” una regla y no se estaría aplicando otra? Al respecto, podría decirse junto a Wittgenstein: “no hay límite nítido entre una falta carente de regla y una sistemática. Es decir: entre lo que estás inclinado a llamar una «falta carente de regla» y una «sistemática».” (IF, § 143).

Así como en HyES el discurso es contingentemente necesario y necesariamente contingente, en NR, a través de la categoría de dislocación, Laclau sostiene que la negatividad no es una negación sino una subversión de la idea de necesidad que opera como impureza impidiendo su constitución plena: “el movimiento de indecibilidad entre lo contingente y lo necesario *es constitutivo* y que el antagonismo, por lo tanto, también lo es” (Laclau 1993: 44). Según el autor, existen tres niveles en la relación necesidad-contingencia que se corresponden con los niveles de radicalización teórica de la categoría de hegemonía. En cada uno de ellos puede hallarse la huella wittgensteiniana.

El primer nivel es en el que actúan los *significantes flotantes*. El carácter “flotante” de los elementos corresponde a su falta de fijación permanente, la cual era descrita en HyES como condición indispensable de toda operación hegemónica junto a la demarcación de una frontera antagónica que tensione la formación discursiva imperante. En NR esta idea tendrá protagonismo, acentuando su carácter tendencialmente *vacío* y nunca literal, puesto que hegemonizar un contenido equivale a fijar su significación en torno a un punto nodal. La

apertura de lo social surge del principio de indeterminación y de la imposibilidad de fijación total, por lo que la flotación de significantes se vuelve el *quid* de la cuestión hegemónica:

La necesidad y “objetividad” de lo social dependería del establecimiento de una hegemonía estable, y los períodos de “crisis orgánica” serían aquellos en que se debilitan las articulaciones hegemónicas básicas y en que un número cada vez mayor de elementos sociales adquieren el carácter de significantes flotantes. (Laclau 1993: 45)

Es preciso destacar que en NR se radicaliza en énfasis en la filosofía del lenguaje dentro del esquema laclausiano bajo la forma *gramática política*: aquí, la semántica indeterminista permite una deriva metafísico-política que otorga una importancia central a los conceptos políticos como significantes flotantes en disputa a través de las categorías de hegemonía y dislocación. Sin embargo, no complementar la perspectiva de este nivel con otros podría mostrar una limitación: si la imposibilidad de cerrar un discurso fuera sólo el resultado empírico de que una fuerza pudiera imponerse sobre otras, esto supondría la posibilidad de que pudiera existir a nivel fáctico un dominio total donde el discurso pudiera cerrarse sobre sí, pero ¿existe la posibilidad de suturar la indeterminación del lenguaje por mutuo acuerdo?

Para solucionar este problema, el segundo nivel desplaza la incompletitud y la contingencia desde el proyecto hegemónico hacia la estructura: la falta de completitud y de necesidad no son inherentes a los proyectos hegemónicos como exteriores a las estructuras, sino que ellas mismas son incompletas, contingentes y guardan una relación intrínseca con los discursos que operan en su interior. Este nivel deconstruye la dualidad sujeto-estructura. Así como la definición de cada palabra del lenguaje remite a su uso, una estructura discursiva remite a los sujetos que imponen y disputan su hegemonía.

El problema de las reglas: indecibilidad y decisión

El tercer nivel desplaza la incompletitud y contingencia de la estructura a su propio núcleo, no como imposibilidad empírica de alcanzar coherencia, sino como mecanismo intrínsecamente dislocatorio. El ejemplo al que Laclau remite para explicar este nivel de radicalización de la hegemonía tiene que ver con la filosofía wittgensteiniana:

Tomemos un ejemplo inspirado por Wittgenstein. Supongamos que comienzo enunciando la serie numérica 1, 2, 3, 4, y pido a alguien que la continúe. La respuesta espontánea será 5, 6, 7, etc. Pero a esto puedo aducir que la respuesta es errónea, ya que la serie en la que estoy pensando es 1, 2, 3, 4; 9, 10, 11, 12; 17, 18, 19, 20, etcétera. Pero si mi interlocutor cree que ahora ha entendido la regla e intenta seguirla continuando la serie en la forma enunciada, puedo aún aducir que está equivocado, ya que mi enunciación inicial era tal sólo el fragmento de una serie distinta -por ejemplo, una que comprendería tan sólo los números de 1 a 20, de 40 a 60, de 80 a 100, etcétera. Y obviamente, puedo siempre modificar la regla continuando la serie de manera distinta. Como se ve, no se trata aquí de que la coherencia de una regla no logra realizarse nunca de modo completo en la realidad empírica, sino de que, por el contrario, la regla misma es indecidible en términos de serie enunciada en cuanto tal, y puede ser transformada por cada nueva adición. Todo depende, como diría Lewis Carroll, de quien está en control. Se trata, en el más estricto sentido del término, de una cuestión de hegemonía. Pero en este caso, si la serie es indecidible en términos de su misma estructura formal, el acto hegemónico no será la *realización* de una racionalidad estructural que lo precede sino un acto de *construcción* radical. (Laclau 1993: 46)

Este pasaje de NR está basado en una idea plasmada por Wittgenstein en el § 143 de las IF. En éste, luego de problematizar el esencialismo por el cual habría una figura ideal de la que se harían ulteriores aplicaciones “normales” y “anormales” (IF, § 141), el autor traza una analogía del seguimiento de la regla desde un ejemplo de series numéricas³⁵. En ella se cuestiona el criterio de normalidad o corrección de aplicación de la misma por la observación de que no existen límites rígidos que distingan una falta carente de regla y una sistemática³⁶.

³⁵ También en *Zettel* Wittgenstein escribe sobre otro ejemplo matemático de seguir la regla, concluyendo: “Él debe continuar de esta manera *sin una razón*. Sin embargo, no, pues aún no se le pueda hacer entender la razón, pero porque en este sistema no existe ningún tipo de razón. («La cadena de razones tiene un fin»). Y el *de esta forma* (en «continuar de esta forma») se designa mediante una cifra, un valor. Pues en este nivel, la expresión de la regla se explica por el valor, no el valor por la regla.” (Z, § 301)

³⁶ En una entrevista organizada para NR realizada por Robin Blackburn, Peter Dews y Anna Marie Smith incluida al final de NR, Laclau sostuvo respecto de las reglas: “La idea de “aplicar” una regla presupone una rígida división entre la regla como tal y la instancia de su aplicación. Si una regla es simplemente “aplicar”, esto significa que las instancias individuales son de un valor estrictamente igual en lo que concierne a la regla. En tal sentido, la noción de “aplicación”, en el estricto sentido del término, presupone un proceso fundamentalmente repetitivo. Pero como tú señalas, si para Wittgenstein cada instancia del uso de una regla modifica a la regla en cuanto tal, no puede decirse que una regla es aplicada, sino que es constantemente construida y reconstruida. En otras palabras, entre una regla abstracta y la instancia de su uso en un contexto particular no hay una relación de aplicación sino de articulación. Y, en consecuencia, si las diferentes instancias de una estructura articulada tienen

La cuestión de las reglas muestra cómo los juegos de lenguaje influyen en los agentes que las siguen constituyéndose como *sujetos de una práctica* a través de ellas³⁷. A mi entender, Laclau participa de una lectura kripkeana de las IF que, atento dicha cuestión, desplazaría el ataque a las condiciones de justificación hacia un ataque a la idea misma de *significatividad*.

La lectura de Kripke desafía las lecturas wittgensteinianas que concibieron el argumento del lenguaje privado en relación al lenguaje de las sensaciones, para él, éste es un simple ejemplo de un argumento mayor que afecta a la totalidad del lenguaje:

El problema principal no es: «¿Cómo podemos mostrar que el lenguaje privado —o alguna otra forma especial de lenguaje— es *imposible*?»; sino más bien: «¿Cómo podemos mostrar que *un lenguaje* absolutamente *cualquiera* (público, privado, o lo que sea) es *posible*» (Kripke 2006: 75)

Saul Kripke encuentra el puntapié de la llamada *paradoja escéptica* en el § 201 de las IF:

Nuestra paradoja era ésta: una regla no podía determinar ningún curso de acción porque todo curso de acción puede hacerse concordar con la regla. (...) Con ello demostramos que hay una captación de una regla que *no* es una interpretación, sino que se manifiesta, de caso en caso de aplicación, en lo que llamamos «seguir la regla» y en lo que llamamos «contravenirla».

De ahí que exista una inclinación a decir: toda acción de acuerdo con la regla es una interpretación. Pero solamente debe llamarse «interpretación» a esto: sustituir una expresión de la regla por otra. (IF, § 201)

Esta paradoja wittgensteiniana a la que Kripke define como *escéptica* (y que Laclau expresa claramente en su ejemplo sobre la serie numérica inspirado en un ejemplo similar del mismo Wittgenstein) expresa el hecho de que la conducta lingüística de un sujeto está conformada por un conjunto finito de usos de signos y, sin embargo, su correcta aplicabilidad es

identidades meramente diferenciales, esto sólo puede significar que, en dos instancias separadas, la regla es una regla distinta a pesar de los “parecidos de familia” (Laclau 1993: 218-219).

³⁷ “No puedo describir la forma (en general) en que ha de usarse una regla como no sea *enseñando, entrenando* en el uso de la regla.” (Z, § 318)

potencialmente infinita (Penelas 2020: 156). Extremando el ejemplo de la serie numérica, Kripke también desarrolla un caso matemático para discutir la significatividad del discurso, pero con él no se dirige a la corrección aritmética sino a la corrección metalingüística, puesto que el argumento escéptico sostiene que *no hay hechos semánticos*.

En este sentido, me gustaría abonar la teoría de una lectura kripkeana de las IF por parte de Laclau, puesto que así lo indica una exégesis cuidadosa de sus apropiaciones wittgensteinianas y el marco teórico que toma como influencia para su obra. La inexistencia de un metalenguaje es también una tesis sostenida por Lacan, de quien Laclau es ferviente lector. En relación a este asunto y a propósito del *discurso del Otro* (posiblemente el discurso hegemónico en la tesis de Laclau) Lacan sostiene que “es con la aparición del lenguaje como emerge la dimensión de la verdad” (Lacan 2008b: 491). Esta sentencia podría amalgamarse con la posición de Wittgenstein, quien sostiene: “Verdadero y falso es lo que los hombres *dicen*; y los hombres concuerdan en el *lenguaje*. Ésta no es una concordancia de opiniones, sino de formas de vida.” (IF, § 241). Ambos autores, explícitas influencias para Laclau sostienen esta tesis: no hay metalenguaje ni hechos semánticos que determinen un parámetro de verdad, la corrección del lenguaje o la normal aplicación de una regla³⁸.

La reconstrucción kripkeana de las IF no se basa en la elucidación de la normatividad discursiva sino en la del *funcionamiento* del discurso normativo (Karczmarczyk 2012: 24), puesto que según Kripke, Wittgenstein reemplaza la pregunta “¿qué ha de ser el caso para que esta oración sea verdadera?” (cuáles son las condiciones de verdad de las oraciones aseverativas del lenguaje) por las preguntas “¿en qué condiciones puede esta construcción de palabras aseverarse (o negarse) apropiadamente?” y “¿cuál es el papel y la utilidad en nuestras vidas de nuestra práctica de aseverar (o negar) la construcción de palabras en estas condiciones?” (Kripke 2006: 85-86). El *quid* de continuar una regla sin justificación no revela la expresión de una excepción, sino una cualidad fundamental del lenguaje como práctica. La concordancia como exhibición de conformidad conductual con la comunidad, las formas de vida imperantes y posibles (o la forma de vida hegemónica y la contrahegemonía imaginable)

³⁸ Respecto a la compatibilidad con el pensamiento wittgensteiniano, explica Jorge Alemán que en Lacan “los nombres de lo común surgen del “no hay”: no hay relación sexual, no hay metalenguaje, no hay Otro del otro. A su vez, estos tres “no hay” indican que una determinada civilización, la capitalista en este caso, no se sostiene sólo por una opresión violenta y exterior sino también por la complicidad del sujeto en su respuesta fantasmática e ideológica en sus distintos “no hay”.” (Alemán 2012: 21)

y los criterios sin justificaciones adicionales (Kripke 2006: 107-116) son los elementos que ayudan a seguir una regla sin la necesidad de que existan hechos semánticos.

El conocido *argumento contra el lenguaje privado* sostenido por Wittgenstein en las IF radica en la comprensión de la naturaleza social del seguimiento de reglas. La solución kripkeana a la paradoja escéptica es también escéptica, puesto que acepta la inexistencia de un metalenguaje concediendo que este tipo de afirmaciones no pueden responderse por otra vía que la del mismo escepticismo, de otra manera habría que señalar la existencia de hechos semánticos concretos. Según él, la normatividad lingüística en las IF es intersubjetiva puesto que en su explicación no hay justificaciones ulteriores sino un “bruto acuerdo” en las prácticas y formas de vida: "Nuestras vidas enteras dependen de incontables interacciones como esas, y también del «juego» de atribuir a los demás el dominio de ciertos conceptos o reglas, mostrando así que esperamos que ellos se comporten como lo hacemos nosotros" (Kripke 2006: 105). Toda la vida está repleta de casos como el de las reglas: no hay hechos semánticos que justifiquen el discurso y tampoco hay un acuerdo racional que lo haga, como supone la teoría política deliberativa. La consonancia espontánea práctica se parece más a la coordinación fáctica de un movimiento que a una legitimación trascendental, “si asumimos que la vida humana es la vida en el lenguaje y que la vida en el lenguaje es la vida con otros, entonces el confiar más básico parece ser el confiar en los otros” (Penelas 2020: 193).

Sin embargo, esta confianza intersubjetiva nunca es total y por eso la estructura está permanentemente *dislocada*. A mi entender, la dislocación de lo social radica justamente en esta trágica paradoja: no hay metalenguaje que legitime o justifique el discurso, éste sólo se sostiene por la confianza del vínculo intersubjetivo entre los miembros de una comunidad; sin embargo, la totalidad social es imposible, y, por ende, la confianza absoluta, el completo acuerdo y la unidad del tejido social también lo es.

El carácter *dislocado* de la regla, o su *indecidibilidad* según Laclau, remite a la imposibilidad de realización que trasciende el inconveniente de su ejecución empírica: ella no puede constituirse como una regla cerrada definitivamente, cada adición transforma la regla y cada ejecución requiere una decisión que en términos ontológicos permanece injustificada: “más correcto que decir que se necesita una intuición en cada punto, sería casi decir: se necesita una nueva decisión en cada punto” (IF, § 186). Esta lectura derridiana de la cuestión

de reglas remite a la interpretación deconstructivista de Staten³⁹ quien sostiene que las reglas, como límites, limitan pero no están limitadas (Staten 1984: 134). El carácter indecible de la regla señala la ausencia de fundamento, mostrando cómo en las prácticas sociales se quiebra el orden de lo calculable, dislocando la práctica misma y forzando a ejercer un *salto*, que sería la nueva decisión en cada caso según Wittgenstein:

Indecible es la experiencia de lo que, siendo extranjero, heterogéneo con respecto al orden de lo calculable y de la regla, debe sin embargo entregarse a la decisión imposible, teniendo en cuenta el derecho y la regla. Una decisión que no pasara la prueba de lo indecible no sería una decisión libre; sólo sería la aplicación programable o el desarrollo continuo de un proceso calculable (Derrida 1997: 55)

Pero esta indecidibilidad no conlleva una parálisis de acción o la imposibilidad efectiva de tomar una decisión, sino tan sólo la imposibilidad de basarla en algún fundamento ulterior. La decisión es un salto que sólo puede dar quien tiene el poder de hacerlo, y por eso, Laclau cita a Lewis Carroll para señalar que ésta depende de quien está en el control o de quien tiene la hegemonía discursiva.

Esta relación entre *saber* y *poder*, en consonancia con las reglas y las prácticas, ya estaba presente en el pensamiento de Wittgenstein, quien escribió: “La gramática de la palabra «saber» está evidentemente emparentada de cerca con la gramática de las palabras «poder», «ser capaz». Pero también emparentada de cerca con la de la palabra «entender». (‘Dominar’ una técnica)” (IF, § 150). Ciertamente, el contexto de enunciación de esta expresión sobre el poder no remite a un tema particularmente político, sino a la idea de poder hacer algo, pero en la praxis política ¿quién puede *hacer* algo? ¿cómo y cuándo?

³⁹ Según Zerilli la interpretación laclausiana de las reglas es contraria a la de los intérpretes comunitarios de Wittgenstein, quienes creen que el acuerdo de la comunidad es el determinante del correcto seguimiento de la regla. Para ella, en NR Laclau sostiene una postura análoga a la de Staten, puesto que ambos sostienen que las reglas de los juegos de lenguaje sólo existen en la instancia práctica de su aplicación, siendo modificadas y deformadas por ellas. (Zerilli 2008: 121-122) Esta concepción permitiría una rearticulación novedosa entre lo universal y lo particular en la filosofía política: aunque las reglas no sean “universales” en el sentido estricto del término, estas formas se plantean como repetidas y repetibles por todos los miembros de una comunidad dada, estando así determinadas, aunque en un sentido más limitado; sin embargo, la rearticulación laclausiana de lo universal bajo la idea de juegos de lenguaje permite orientar los proyectos políticos en un concepto imposible de definir *a priori* pero también imposible de subsumir bajo la noción de un consenso dialógico que pudiera trascender todos los particularismos, tal como sucede en la teoría habermasiana (Zerilli 2008: 124).

Según Laclau, ante la indecidibilidad formal de la estructura el acto hegemónico no se presenta como la realización de una racionalidad anterior sino como una *construcción* radical: este hacer algo, este saber-poder es la decisión en cada nuevo punto, el seguimiento esperado de la regla o la innovación por la cual se instaura una nueva regla que delimita lo posible o esperable en cada momento. En este sentido, la construcción hegemónica requiere no sólo la fuerza sino también el consenso a través del que se construye la legitimidad de las prácticas, para que las ejecuciones de las reglas no sean consideradas “incorrectas”, “malas” o “anormales”. Lo que indica que alguien sabe seguir la regla son las *circunstancias* bajo las que la ejecutó (IF, § 155), justamente la política hegemónica consiste en subvertir el campo de posibilidades para generar y/o aprovechar las circunstancias que permitan trazar nuevas reglas y afianzarlas en el tiempo para que predeterminen la forma de seguimiento esperable. Dice Wittgenstein: “las interpretaciones solas no determinan el significado (...) he indicado también que alguien se guía por un indicador de caminos solamente en la medida en que haya un uso estable, una costumbre.” (IF, § 198).

Esta indecidibilidad propia de la dislocación como subversión estructural implica para Laclau tres cosas: 1. toda decisión que desarrolle una de sus posibilidades (entre otras) será contingente; 2. las decisiones se toman a partir de la estructura pero no determinadas por ella, de modo que los sujetos no son enteramente interiores a las mismas, pudiendo transformarlas y subvertirlas; 3. la supuesta objetividad de la decisión se instituye a partir de relaciones de poder, así el sujeto se constituye como la *distancia* entre la estructura indecidible y la decisión, esta última es tan fundante como la estructura a partir de la cual es tomada, al descartar en su ejecución las posibilidades alternativas (Laclau 1993: 46-47).

La objetivización de la decisión a partir de relaciones de poder es ilustrada por Laclau con las categorías husserlianas de *sedimentación* y *reactivación* a través de una lectura deconstructivista de las mismas. Por un lado, la idea de sedimentación explica la rutinización y el olvido de los orígenes en favor de una fijación del sentido: este proceso ocurre cuando un avance articulador conduce a una imposición hegemónica exitosa. Revelar este proceso muestra el sentido originario de un acto político, es decir, su contingencia radical, que se evidencia a través de un sistema de opciones que fueron desestimadas. Por otro lado, la idea de reactivación no constituye una vuelta al origen, sino un redescubrimiento del carácter contingente de la supuesta objetividad a partir de la emergencia del antagonismo político.

Siguiendo estos términos, Laclau concluye la preeminencia de *lo político* frente a *lo social*, como el elemento dislocador de la estructura de prácticas y formas de vida: la sedimentación del significado pertenece a lo social, mientras que el antagonismo que permite redescubrir sus orígenes en relación al poder y reactivarlos para disputarlos pertenece a lo político. De este modo, no sólo se obtiene una distinción y jerarquización entre las categorías de lo político y lo social, sino también la expresión de la opacidad como característica fundamental de las identidades y relaciones sociales (Laclau 1993: 51).

La *construcción hegemónica del significado* es la operación necesaria para lograr instaurar nuevas reglas en el campo político y legitimarlas a lo largo del tiempo, de modo que el proceso de sedimentación oculte las huellas de su instalación en tanto resultado de poder. En este sentido, podemos comprender la diferencia entre seguir y *crear* seguir la regla: la regla no puede seguirse privadamente, contrariamente *crear* seguir la regla sería igual a *seguir* la regla efectivamente (IF, § 202) y este movimiento sería ilegítimo. Un ejemplo político de esto podría ser obrar acorde a la ley: seguirla sería actuar de acuerdo a lo esperado por las normativas que no tienen más fundamentos que la imposición del poder por parte de la fuerza que las sostienen, una interpretación que no respetara las prácticas sociales consensuadas podría caer en una contravención o infracción de la misma. Podría objetarse este ejemplo so pretexto de que el derecho canónico es un conjunto de normativas que sí establecen reglas *a priori*, sin embargo, muchas veces éste requiere interpretación de los jueces, y de esta interpretación-aplicación muchas veces resulta un cambio de regla. Lo mismo puede decirse del control constitucional de leyes que requiere la exégesis de conceptos políticos abstractos, cuya interpretación no puede ajustarse a una mera aplicación transparente y unívoca de la ley. En este último sentido operan los conceptos políticos a disputarse hegemónicamente en función de su carácter de significantes flotantes.

A partir de lo expuesto, en NR Laclau describe cuatro características fundamentales de las relaciones sociales: *contingencia*, *poder*, *carácter político* e *historicidad*. Todas ellas conducen, según el filósofo, a la creciente centralidad de la categoría de dislocación. Esta categoría introduce dos cambios conceptuales importantes respecto a HyES: en primer lugar, la anterior idea estructuralista de *posiciones de sujeto* es reemplazada por la idea de *sujeto dislocado* (deudora de la concepción lacaniana de *sujeto barrado*) caracterizado como la distancia entre la estructura indecible y la decisión; esto implica mayor libertad agencial, puesto que con la creciente dislocación estructural, mayor es la posibilidad de tomar una

decisión no determinadas por ella (Laclau 1993: 56); en segundo lugar, el discurso abierto y mutable es explicado por su constitución descentrada, la estructura no puede tener un único centro sino que opera a través de una pluralidad de centros de poder constantemente en pugna, según Laclau “el *centramiento* -la acción de centrar- es sólo posible, por lo tanto, en la medida en que hay dislocación y desnivelamiento estructural” (Laclau 1993: 57).

La dislocación de la estructura discursiva permite la instalación de centros provisorios, incompletos, mutables y en pugna entre sí. La acción hegemónica exitosa consiste en la imposición de un centro que moldee las formas de vida y las reglas discursivas; contrariamente la contrahegemonía consiste en la disputa por la centralidad del discurso desde la ponderación de otros centros, confrontando también la(s) perspectiva(s) opuesta(s) con otras formas de vida posibles y otras reglas discursivas. La dislocación estructural dada por la apertura del lenguaje permite que esta batalla hegemónica se dé al nivel del discurso, en este sentido podría responderse a Wittgenstein, quien se pregunta:

Seguir una regla es análogo a: obedecer una orden. Se nos adiestra para ello y se reacciona a ella de determinada manera. ¿Pero qué pasa si uno reacciona *así* y el otro *de otra manera* a la orden y al adiestramiento? ¿Quién está en lo correcto? (IF, § 206)

El “adiestramiento” para seguir la regla en términos de adecuación y/o de obediencia responde a la instalación de una hegemonía social y cultural resultante de procesos de poder sedimentados. Si hay desacuerdo en el seguimiento de las reglas pueden suceder dos cosas: en una estructura levemente dislocada, quien desacuerda podría parecer un “mal hablante” o un “mal jugador” del lenguaje, incomprendido en una regla a la que se le atribuye un carácter privado, su conducta es vista como desprovista de sentido, ridícula, ofensiva o ilegal; en una estructura mayormente dislocada, quien desacuerda podría estar en posición de disputar la hegemonía conceptual o normativa, intentando imponer mediante nuevas reglas, nuevas formas de vida. ¿Quién está en lo correcto?⁴⁰ Dado que la verdad es lo que los hombres dicen en el lenguaje, la corrección dependerá de quién pueda imponer hegemonía.

⁴⁰ El desacuerdo o el desafío a las reglas puede generar un nuevo juego de lenguaje intencionalmente: “¿Qué quiere decir «Pero ¡eso ya no es el mismo juego!» ¿Cómo uso esta oración? ¿Como comunicación? Bien, quizás para introducir una comunicación que detalle las diferencias y explique las consecuencias. Pero también para expresar que, por esa razón, ya no tomo parte en eso o, en todo caso, que adopto una actitud distinta hacia el juego.” (Z, § 330)

El tiempo está dislocado, el lenguaje también

Si la primera dimensión en la que se revela el proceso dislocatorio es en el *antagonismo*, la segunda será el *capitalismo*: la posibilidad de construir una democracia radicalizada como proyecto hegemónico de izquierda está directamente ligada a las dislocaciones estructurales operantes en el capitalismo contemporáneo (Laclau 1993: 61).

Laclau describe tres dimensiones de la dislocación en relación al sistema capitalista: la primera es la forma de la *temporalidad* ilustrada por la mítica sentencia shakesperiana "*the time is out of joint*", que el tiempo esté dislocado o "fuera de quicio" indica una concepción opuesta a la teleología marxista, no hay razón inscrita en la historia, por eso sostiene Laclau que el tiempo puede hegemonizarse por el espacio a través de la repetición, pero éste no puede hegemonizar nada, ya que es puro efecto de la dislocación (Laclau 1993: 58); la segunda es la forma misma de la *posibilidad*, puesto que al no haber un fin que guíe la historia u ordene el cambio, se descarta la idea de una falsa posibilidad que se revele como única, aquí la auténtica posibilidad se erige como la decisión entre diversas posibilidades (Laclau 1993: 59); la tercera es la forma misma de la *libertad*, la dislocación estructural no determina la posición del sujeto en la estructura, más bien lo fuerza a ser libre con múltiples posibilidades a la mano, ante el fracaso de la estructura por constituirse plenamente y el fracaso de la constitución cerrada del sujeto, éste se revela portador de una identidad estructural fallida que sólo puede determinarse mediante actos de *identificación* (Laclau 1993: 60).

Tres observaciones wittgensteinianas pueden hacerse a cada una de estas dimensiones: la primera, referente a la *dislocación del tiempo* y su hegemonización a través del espacio, tiene que ver con la importancia de la repetición para el establecimiento de las prácticas lingüísticas a partir del hábito y la concordancia de las formas de vida; la segunda, referente a la *posibilidad* y ausencia de *telos*, tiene que ver con la apertura inscrita en el problema de las reglas anteriormente desarrollado, la posibilidad entre posibilidades es la decisión en cada caso de seguimiento de la regla; y la tercera, referente a la *libertad*, tiene que ver con la posibilidad de que la decisión permita dar lugar a la novedad de la palabra a través de los diversos juegos de lenguaje posibles, en este sentido, la identificación del sujeto puede ser pensada como el nombramiento performativo que se asemeja a fijar un rótulo en una cosa para prepararla para hacer algo con ella (IF, § 26).

La dislocación estructural del capitalismo revela que: éste, como la historia, no tiene leyes objetivas de movimiento; dado que la noción marxista de “estadio estructural” se ha disuelto en un tiempo dislocado sin *telos*, la dislocación no puede caracterizar una sincronía de elementos sucesivos; la estructura dislocada no posee las condiciones para su posible rearticulación, por lo que es contingente y siempre abierta; los sujetos que construyen las articulaciones hegemónicas a partir de la dislocación no son internos a la estructura dislocada sino externos a ella; y por eso, cuanto más dislocada es la estructura, más indeterminada la construcción política que puede darse sobre ella (Laclau 1993: 65-67).

Luego de explorar el *antagonismo* como primera dimensión donde se revela el proceso dislocatorio y el *capitalismo* como segunda dimensión, Laclau llega a la tercera y última dimensión que pone nuevamente la hegemonía al servicio de una estrategia socialista: la del *imaginario social* y la *revolución democrática*.

Dislocación y hegemonía: mito, metáfora, imaginario y revolución democrática

Esta dimensión del imaginario y la revolución será abordada en NR a partir de la noción de subjetividad: el sujeto es categorizado a través de dos nociones: la de *mito* y la de *metáfora*.

El sujeto es mítico y metafórico. En primer lugar, su carácter mítico apunta a la libertad que el sujeto mantiene con la supuesta objetividad estructural dominante: allí donde la estructura no define al sujeto, éste se constituye a través del *trabajo del mito*. Éste último, consiste en la sutura de la dislocación para abrir paso a un nuevo espacio de representación. Dado que las identidades políticas no están dadas, sino que guardan relación con un proceso de identificación en relación al antagonismo político, el trabajo de mito se revela como profundamente hegemónico. Esta operación de identificación consiste en la adopción de una representación identitaria que luego es proyectada como lo propio del sujeto, dicha operación mítico-discursiva bien puede ilustrarse en palabras de la teoría lacaniana:

La función simbólica se presenta como un doble movimiento en el sujeto: el hombre hace un objeto de su acción, pero para devolver a ésta en el momento propicio su lugar fundador. En este equívoco, operante en todo instante, yace todo el progreso de una función en la que se alternan acción y conocimiento. (Lacan 2008a 275)

A mi entender, este juego de apropiación, introyección y proyección identitaria bien puede establecerse junto a la filosofía wittgensteiniana. El principio de indeterminación ontológica que propone concebir los conceptos a través de la rigidez de límites puestos arbitrariamente por los hombres y que no son inherentes a ellos (IF, § 68), también podría sostener que no existen límites identitarios aunque bien puedan darse *a posteriori*; también el carácter mítico de la identidad política puede relacionarse a la idea de nombre como *bautismo de objeto* que luego se siente como una extraña conexión nombre-objeto (IF, § 38) e incluso que el acto de *nombrar*, en este caso *nombrarse*, es una preparación para algo más (IF, § 49) resaltando el carácter performativo de la identidad.

En segundo lugar, el carácter metafórico del sujeto consiste en la torsión constitutiva de aquello que representa algo distinto de sí mismo. Para ilustrar esta dislocación metafórica, Laclau acude la idea de forma *lógica propia* del primer Wittgenstein:

El sujeto es, constitutivamente, metáfora. La condición de toda representación (y, por ende, de toda literalidad) es la presencia de dos espacios que pueden relacionarse entre sí a través de una correlación directa entre sus elementos constitutivos. Y la condición de posibilidad de esta correlación es que haya algo idéntico que constituya la realidad básica tanto del espacio representado como del espacio de la representación. Es en tal sentido que el Wittgenstein del *Tractatus* sostenía que la posibilidad de que el lenguaje se refiriera a la realidad dependía de que ambos compartieran la misma *forma lógica*. El espacio mítico que el sujeto constituye no tiene la misma “forma lógica” que la estructura de la que aquel se instituye en principio de lectura. Es, por el contrario, la crítica y sustitución de esta “forma” la que caracteriza la operación mítica. El espacio mítico se presenta como alternativa frente a la forma lógica del discurso estructural dominante. (Laclau 1993: 77-78)

La relación tradicional de representación requiere la presencia de dos espacios plausibles de ser relacionados directamente entre sí, es decir, de la consonancia de sus formas lógicas. La idea de *forma lógica* desarrollada en el TLP pertenece a la llamada *teoría pictórica* del primer Wittgenstein o teoría isomórfica del significado que explica la combinación de elementos del lenguaje con entidades del mundo a partir de su consonancia isomórfica, de modo que las proposiciones fueran entendidas como “pinturas” del mundo. Básicamente, la idea de forma

lógica está emparentada con una postura determinista semántica que pueda establecer una relación directa o sin torsiones entre el significante y el significado.

Sin embargo, la postura indeterminista semántica que toma Laclau del segundo Wittgenstein exige una concepción plástica del lenguaje y por tanto un abandono de la teoría pictórica del significado y de la forma lógica. Aquí no existe la objetividad plena ni la relación directa y necesaria entre las palabras y las cosas, puesto que la dislocación estructural deshace la idea de forma lógica que posibilita la representación en términos tradicionales. Si no existe un espacio objetivo, transparente e isomórfico donde puedan entablarse relaciones de representación en términos de *correspondencia*, deberán establecerse relaciones de metáfora en términos de *semejanza*, siempre subjetivas, distorsionadas y dislocadas.

Según Laclau, el carácter metafórico del espacio mítico procede de que la literalidad del mito siempre representa algo distinto de sí mismo (Laclau 1993: 78). Aquí puede verse, con mayor fuerza, la influencia del concepto de *sujeto barrado* propio de la teoría lacaniana. En tanto ser hablante, el sujeto siempre está escindido en él como sujeto del enunciado y como sujeto de enunciación, a esto se refiere Lacan con la barra o tachadura de la letra S como símbolo del concepto de sujeto barrado ($\$$) como dividido en sí mismo por la incidencia del inconsciente estructurado como lenguaje⁴¹ en su propia constitución.

Donde Saussure consideraba una unidad significativa entre significante y significado, Lacan observa una división como resistencia a la significación que separa el significante del significado⁴²: aunque el discurso deba tener un significante ordenador como “Nombre del

⁴¹ “El inconsciente, estructurado como lenguaje, se expresa para Lacan como discurso más allá de la escritura y la oralidad, en otros aspectos de la individualidad a los que nombra con figuras de la semántica que nos sirven para pensar la relación con un campo discursivo general más amplio: en la inscripción sintomática corporal a la que denomina monumentos, en los recuerdos a los que denomina documentos de archivo, a las acepciones particulares de vocabulario a las que llama evolución semántica, en las leyendas que forman parte de la historia propia a la que llama tradición y en las distorsiones inevitables de la literalidad a la que llama rastros” (Lacan 2008a: 251-252); la forma lingüística del inconsciente tiene múltiples expresiones, una de ellas, quizás la más figurativa es el trabajo de sueño: “lo importante de lo que Freud nos dice está dado en la elaboración del sueño, es decir, en su retórica. Elipsis y pleonismo, hipébaton o silepsis, regresión, repetición, aposición, tales son los deslizamientos sintácticos, metáfora, catacresis, antonomasia, alegoría, metonimia y sinécdoque, las condensaciones semánticas, en las que Freud nos enseña a leer las intervenciones ostentatorias o demostrativas, disimuladoras o persuasivas, vengativas o seductoras, con que el sujeto modula su discurso onírico.” (Lacan 2008a 259)

⁴² Aguirre Sala explica la relación entre Lacan y Saussure, pero también la relación de estos con Wittgenstein a través de los usos del lenguaje: “Para Lacan el significante es mediador entre sujeto, deseo y mundo, es decir, el significante deviene en símbolo y logra ponerse por encima del significado (...) Wittgenstein, por su lado, transitó de la formalidad al uso; así nos dice: “El significado de una palabra es su uso en el lenguaje. Y el significado de un nombre se explica a veces señalando a su portador” (2004 61), pues había advertido: “¿Por qué no he de emplear expresiones en contra de su uso original [es decir, rompiendo la unidad del significante sobre el significado]?”

Padre" (en términos laclausianos, *estructura*) sobre la cual el sujeto pueda constituirse, ésta nunca será completa (en términos laclausianos, *dislocada*) puesto que está atravesado por la falta constitutiva de lo real (en términos laclausianos, el *fundamento ausente de lo social*), de modo que para adquirir coherencia se necesita la fantasía o fantasma (en Laclau, el *mito*) para dar una clausura simbólica a través de la institución de puntos nodales. Aunque no pueda encontrarse una expresión de completa equivalencia entre los vocabularios de Lacan y Laclau, de Laclau y Wittgenstein, ni de Lacan y Wittgenstein, la hábil reapropiación que Laclau hace de los conceptos de ambos autores logra un maridaje filosófico apropiado en relación la postura indeterminista semántica alrededor del concepto de dislocación.

Pero ¿cómo se relacionan las caracterizaciones del sujeto como mito y como metáfora con el imaginario social propio de la tercera dimensión dislocatoria y su posibilidad de una revolución democrática? Los procesos identificatorios de los sujetos en tanto mitos funcionan como superficies de inscripción de dislocaciones y reivindicaciones sociales de una discursividad ampliada, en ese sentido, su contenido siempre se reconstituye y desplaza. Esta permanente reconstitución y desplazamiento de los mitos es la precondition para la constitución de *imaginarios sociales*. (Laclau 1993: 79).

El pasaje del mito al imaginario social se da cuando, desde la metaforización del contenido literal de cierta reivindicación social, se alcanza la representación de la forma misma de la plenitud constituyéndose en el horizonte ilimitado de inscripción de toda reivindicación y de toda dislocación posible⁴³. Algunos ejemplos de imaginarios sociales son, según Laclau, los paradigmas ideológicos del milenio cristiano, la noción de progreso de la ilustración o la sociedad comunista. Estos imaginarios que nacen por su capacidad metafórica de absorber reivindicaciones sociales, mueren cuando no pueden reintegrar las dislocaciones a su espacio de representación a través de la metaforización y absorción de reivindicaciones.

La forma en que este proceso se expresa hegemónicamente es la siguiente:

¿Acaso no lo hace así Freud, por ejemplo, cuando llama a un sueño angustioso un sueño de deseo?" (1981: 84). Wittgenstein coincide, entonces, con Freud en transformar el conocido algoritmo de Saussure "S/s", aunque no hagan alusión directa a él, como sí lo hace Lacan, el cual incluye, particularmente, la barra que sostiene la tensión entre el Significante y el significado." (Aguirre Sala 2013: 73)

⁴³ En su artículo *Hegemonía, subjetividad política y democracia radical* David Howarth explica con claridad las nociones de *mito* y de *imaginario social* y el pasaje de una a otra: "Los mitos son nuevos "espacios de representación" destinados a dar sentido a las dislocaciones y suturarlas; cuando los mitos logran ocultar las dislocaciones sociales inscribiendo un espectro más amplio de demandas sociales, se transforman en imaginarios. Laclau define el campo social como colectivo como "un horizonte" o "un límite absoluto que estructura un campo de inteligibilidad." (Howarth 2008: 324)

Hay, por consiguiente, un doble movimiento: por un lado el espacio mítico, en tanto encarnación de una forma de la plenitud en cuanto tal, transfiere metafóricamente a su contenido concreto esta función de encarnación -de este modo logra imponer hegemónicamente cierto orden social. Es sólo a través de esta sobredeterminación de funciones que ese orden se impone y se consolida. Pero esta sobredeterminación, que es la fuente de su fuerza, es también -y este es el segundo movimiento- la fuente de su debilidad: porque si la forma misma de la plenitud tiene un espacio de representación, en ese caso será el *locus* al que *toda* demanda específica será referida y en que *toda* dislocación específica encontrará la forma invertida de su expresión. (Laclau 1993: 82)

Análogamente al esquema de HyES donde la parte se erige en representación del todo, aquí los términos son *encarnación*, *plenitud* y la nueva categoría de *dislocación*: el espacio mítico se erige como encarnación de la plenitud y esta es tanto su fortaleza como su debilidad, puesto que la totalidad social dislocada siempre será imposible de representar. En términos concretos, este movimiento del espacio mítico opera constituyendo imaginarios sociales por una ampliación constante del área de lo representable en la superficie discursiva constituida.

Para Laclau, el carácter incompleto de lo social es la mayor fuente de esperanza para la constitución de una democracia radical⁴⁴, puesto que gracias a esta apertura estructural puede darse una ampliación del área de lo decible y de lo representable en el discurso. Esta ampliación debe ser entendida en términos de cambio conceptual, puesto que “cuando cambian los juegos de lenguaje cambian los conceptos y, con éstos, los significados de las palabras” (SC, § 65). La fijación de límites a los conceptos a través del convencimiento, el establecimiento de nuevos juegos de lenguaje, la aceptación y ejecución de nuevos usos lingüísticos, la performatividad política de las palabras y la imposición persuasiva de nuevas reglas, son algunos de los elementos lingüísticos que constituyen el imaginario histórico-social que se disputa hegemónicamente entre fuerzas antagónicas.

⁴⁴ Al respecto de las oportunidades de la izquierda y su tarea de construcción de una democracia radical, sostiene Laclau en "La construcción de la nueva izquierda", una entrevista realizada por el colectivo editorial de la revista intelectual *Strategies* en marzo de 1988, incluida en NR: "el debilitamiento sistemático de todo esencialismo prepara el camino para la recuperación de la tradición radical, el marxismo incluido (...) Debemos por lo tanto partir de la nueva conciencia que hacen posible prácticas tales como la deconstrucción o los juegos de lenguaje para trazar una tradición, en el sentido del término. El peligro que hoy nos acecha no es tanto la continuidad de los discursos del marxismo clásico, que están totalmente desacreditados, sino la ausencia de toda alternativa de reemplazo -es decir, el colapso de toda tradición radical" (Laclau 1993: 202-203)

La tarea, según Laclau en NR, es “constituir históricamente al sujeto que ha de ser emancipado -en realidad, emancipación y constitución son parte del mismo proceso” (Laclau 1993: 98) y el modo de hacerlo es a través de la lucha hegemónica por la determinación discursiva de los imaginarios sociales.

Emancipación y diferencia (1996)

*un lugar
no digo un espacio
hablo de
qué
hablo de lo que no es
hablo de lo que conozco
no el tiempo*

*sólo todos los instantes
no el amor
no
sí
no*

*un lugar de ausencia
un hilo de miserable unión*

Alejandra Pizarnik

EyD reúne seis ensayos filosóficos escritos entre 1991 y 1995 a los que el autor se refiere como "exploraciones provisionales". Para continuar en la búsqueda de los conceptos de la filosofía del lenguaje en la obra de Laclau me detendré precisamente en el segundo ensayo titulado *Universalismo, particularismo y la cuestión de la identidad* y en el tercero, *¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?*.

Universalismo, particularismo y la cuestión de la identidad

La pregunta que motiva dicho artículo es heredera de un problema tradicional de la filosofía política expresado también en la cuestión de los universales, la relación entre la suma de las voluntades particulares y la voluntad general o la buena y mala infinitud. Sin embargo, la novedad que Laclau aporta a la cuestión proviene de la filosofía wittgensteiniana:

¿Son las relaciones entre universalismo y particularismo simples relaciones de mutua exclusión? o, si planteamos la cuestión desde el ángulo opuesto: ¿la alternativa entre un objetivismo esencialista y un subjetivismo trascendental, agota la variedad de juegos de lenguaje en torno a lo "universal" en la que es posible comprometerse? (Laclau 1996: 46).

Según Laclau el puro particularismo no puede solucionar los problemas de las sociedades contemporáneas. Para justificar su respuesta aborda el problema desde distintas aristas, comenzando por las respuestas esencialistas que proponen abordar la cuestión desde la pura particularidad para subsumirlas luego en la idea de juegos lingüísticos, desarmar el problema metafísico como un pseudoproblema al exponerlo en su dimensión concreta, la dimensión social, y proponer un juego de lenguaje distinto para pensar al tema.

Primero, argumenta Laclau, al desligarse de todo contenido y apelación universal que lo trascienda, el puro particularismo se niega a sí mismo y genera una irresoluble paradoja a la que presenta mediante la problemática del derecho de las minorías: “Yo puedo defender el derecho de las minorías sexuales, raciales o nacionales en nombre del particularismo; pero si el particularismo es el único principio válido, tengo también que aceptar los derechos a la autodeterminación de todo tipo de grupos reaccionarios dedicados a prácticas antisociales” (Laclau 1996: 53). Existen dos dimensiones de análisis en el problema: en relación al ámbito especulativo está la contradicción de los términos particulares; pero en relación a lo social está el problema de la intolerancia. Ninguno de los dos niveles parece poder resolverse en favor del particularismo puro.

Segundo, hipotetiza Laclau, incluso si pudiéramos imaginar una situación de paz en que el antagonismo no hiciera su aparición, dado que las identidades particulares se constituyen por su relación diferencial y relacional con otras, un particular supondría tanto la presencia de otras identidades como de un espacio global que las incluya constituyendo a las diferencias como diferencias. Un espacio global que asumiera la diferencia pero ignorase las relaciones de poder en que este se basa conduciría, según Laclau, a la noción de desarrollos separados formulada por el *apartheid*. Nuevamente, aquí existen dos dimensiones en el problema expuesto por Laclau: en relación al ámbito especulativo está el problema de la diferencia considerado de forma esencialista, que asume las diferencias como características intrínsecas de las identidades y no resultados de relaciones de poder; pero en relación a lo social esta lógica conduce a otro régimen de intolerancia enmascarada por la ingenuidad y la distancia a través de la noción de *apartheid*. Si este fuera el caso, sostiene Laclau, dicha concepción del particularismo tampoco hace más que negarse a sí mismo puesto que no puede afirmarse una identidad diferencial sin distinguirla de un contexto del cual se afirma, sin embargo, lo opuesto también es verdad, no puede destruirse el contexto sin destruir la identidad del sujeto particular que lleva a cabo la destrucción al mismo tiempo.

Tercero, sostiene Laclau que si la universalidad fuera necesaria por tener que otorgar un contexto, podría pensarse otra situación en que el particularismo puro resistiera incluso frente a este contexto universal a través del pedido de reivindicaciones, ya no en términos de diferencia, sino como apelación a principios universales que comparta una minoría particular y el resto de la comunidad. Pero el abandono del contenido concreto, o sea, de lo particular, conduciría nuevamente a la universalidad, puesto que ésta emerge del mismo particular “no como un principio subyacente que explicaría lo particular, sino como un horizonte incompleto que sutura una identidad particular dislocada” (Laclau 1996: 56).

De todo esto, concluye Laclau una nueva relación entre particularidad y universalidad: lo universal sería el símbolo de una plenitud ausente y lo particular como el movimiento contradictorio de afirmar una identidad diferencial y de anularla a través de su inclusión en un medio no-diferencial.

Según Linda Zerilli, la mayor virtud de este texto es ofrecer una alternativa a los binarismos producidos por el clásico movimiento de retorno a lo universal en la filosofía política y desarrollar una crítica a la dicotomía original universalismo-particularismo. En este sentido, pondera la adopción de la filosofía wittgensteiniana que permite interpretar lo universal y lo particular como juegos de lenguaje, pero sostiene que, aunque el mismo Laclau no haya desarrollado plenamente esta noción, aprovechando al máximo su potencia, puede utilizarse para comprender su pelea con la tradición analítica (Zerilli 2008: 118-119).

La comprensión laclausiana de las ideas de universalidad y particularidad abandonan la definición de la palabra para mostrar su uso, no simplemente en el lenguaje especulativo, sino también en el ámbito político. En este sentido, la tarea wittgensteiniana de clarificación del lenguaje llevada a cabo por Laclau no remite al descubrimiento esencialista del concepto, sino por el contrario a la *desmistificación* de los mismos: a pesar de la uniformidad aparente de ambos términos técnicos, universalidad y particularidad son pensados aquí como en la metáfora de la caja de herramientas, se busca comprender cómo se usan y cómo podrían ser usados para presentar la potencialidad de su empleo que no siempre “se nos presenta tan claramente. ¡En particular cuando filosofamos!” (IF, § 11).

Aquí los nombres de la particularidad y la universalidad no remiten a entidades esenciales sino al fijamiento de rótulos como preparación para la disputa político-gramatical. Si el nombramiento aparece como una extraña conexión de la palabra con el objeto y los problemas filosóficos surgen cuando el lenguaje “hace fiesta”, es decir, cuando olvidamos que

el nombramiento de algo no es más que un *bautismo* de objeto (IF, § 38), de lo que se trata entonces es de devolver el lenguaje a su uso coloquial, en este caso, desarmando la reificación de términos como “particular” y “universal” en pos de la observación de sus usos y prácticas concretas en la política.

Mención especial para este caso merece la reflexión de Wittgenstein sobre lo simple y lo compuesto: cuando el austríaco se pregunta por las partes simples constituyentes de la realidad y su respuesta sostiene que “simple” quiere decir “no compuesto” pero que esto no resuelve nada, puesto que surge el interrogante “¿compuesto en qué sentido?”, demuestra la forma en que estos términos son utilizados por nosotros en un sinnúmero de modos relacionados entre sí de diferentes maneras (IF, § 47). Trazando una analogía entre los pares simple-compuesto y particular-universal, Laclau sabe que la particularidad y la universalidad tienen distintos sentidos de decirse y se relacionan de diversas formas. Para comprender la forma capaz de resolver el embrollo de la filosofía política, no deben evaluarse sino en su uso político concreto, este ejercicio radica en *ver* un juego de lenguaje.

Esta idea de la universalidad como forma de plenitud ausente devuelve la cuestión política y social al terreno del lenguaje y su ineliminable metáfora. Anteriormente en su obra, Laclau afirmó que todas las formas de positividad aparente son metafóricas, en este caso, una universalidad que se planteara a sí misma como totalidad presente también lo sería, pero si no hay ningún fundamento positivo para lo social, entonces cualquier teoría que plantee estos fundamentos los revelaría como *a priori* teóricos (Devenney 2015: 48).

Pero una teoría que sostenga fundamentos *a priori* permanecería bajo la ilusión de lo peculiar, lo profundo, es decir, sería esencialista. Pero al no haber un “súper-orden” entre “súper-conceptos”, es preciso abandonar todo tipo de apriorismo en pos de la examinación y observación detallada de los movimientos políticos y su lenguaje efectivo. Abandonar el embrujo del entendimiento por el lenguaje es ser consciente del hiato entre nuestra exigencia teórica y los conflictos reales para comprender los problemas que surgen de la mala interpretación por las formas que tienen el carácter de lo profundo: mientras los *a priori* teóricos generan una relación intelectual con los sucesos de orden empíricos que claman “tiene que ser así”, la observación de la política y su gramática efectiva buscaría comprender a posteriori cómo se usan efectivamente los términos de la filosofía política.

Del análisis de las exploraciones anteriores y el método de las IF, Laclau concluye una versión más refinada de su modelo político uniendo las conclusiones de su viejo modelo de

hegemonía y la idea de dislocación: de la particularidad surge su propia negación o la emergencia de la universalidad, a su vez, esta última resulta inconmensurable con cualquier particularidad y sin embargo no puede existir separada de ella. Así, lo universal no tiene un contenido concreto propio, sino que se constituye como el horizonte resultante del desarrollo de una cadena indefinida de reivindicaciones equivalentes entre particularidades.

Linda Zerilli considera esta crítica al particularismo como el intento laclausiano más ambicioso de situarlo y situar también a la universalidad en un juego de lenguaje para poder mediar ambas dimensiones con una concepción política plural: que lo social deba articularse creativamente por interacción de diversas luchas políticas, y no por el descubrimiento esencial de la identidad, el interés o la teleología como se seguiría una regla, significa que ningún actor puede reclamar para sí la representación de la totalidad y que el sentido último de la universalidad no puede ser fijado con antelación y racionalidad (Zerilli 2008: 126-128).

El carácter dislocado de la estructura política muestra por qué, para Laclau, la paradoja entre la particularidad y la universalidad no puede solucionarse, pero a su vez, en su insistencia funciona como precondition de la democracia:

Si la democracia es posible, es porque lo universal no tiene ni un cuerpo ni un contenido necesarios; por el contrario diversos grupos compiten entre sí para dar a sus particularismos, de modo temporario, una función de representación universal. La sociedad genera todo un vocabulario de significantes vacíos cuyos significados temporarios son el resultado de una competencia política. (Laclau 1996: 68)

El abandono de la metafísica del sujeto que permite a Laclau concebir el universal de forma distinta a la clásica idea de universalismo y el abandono de la categoría filosófica del sujeto inscribe la política laclausiana, según Zerilli, en el lenguaje de la pluralidad:

Este universalismo no es Uno: no es un algo preexistente (esencia o forma) al que acceden los individuos sino, más bien, un logro frágil, cambiante y siempre incompleto de la acción política; no es el recipiente de una presencia sino el continente de una ausencia; no es un contenido sustancial sino un lugar vacío. (Zerilli 2008: 135)

La democracia, este lugar vacío, precisará para Laclau del desarrollo y el análisis de términos políticos democráticos, vacíos también: los significantes vacíos.

¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?

Entre el problema de la universalidad y la noción de *significante vacío* propuesta por Laclau existe una continuidad: a partir de la reinscripción de lo universal como lugar vacío, se rechaza la posibilidad de cualquier fundamento positivo aduciendo que la exclusión radical es condición de toda diferencia. La estructura, atravesada por una falta constitutiva, sólo puede ser espacio de diferencias si su límite asegura la significación, pero no está significado.

Tras la adopción conceptual de *punto nodal* y *significantes flotantes*, Laclau introduce la idea de *significantes vacíos* que será crucial para su obra posterior, a través de este texto que mencionará en numerosas ocasiones como uno de los más importantes para su tesis. El *significante vacío* definición apunta a la idea de un *significante* sin significado. Sin embargo, para Laclau, esta misma definición presenta la enunciación de un problema filosófico, a saber, “¿cómo es posible que un *significante* no esté unido a ningún significado y continúe siendo, a pesar de todo, parte integral de un sistema de significación?” (Laclau 1996: 69).

Frente a dicho interrogante Laclau descarta dos posibles respuestas: la primera, sostendría que, como consecuencia de la arbitrariedad del signo, el *significante* puede vincularse a distintos significados en diversos contextos, pero para Laclau eso sería un *significante equívoco* y no uno vacío, puesto que en cada contexto la función de significación de este último se realizaría plenamente; la segunda, sostendría que el *significante* no es equívoco sino esencialmente *ambiguo*, por lo que una sobredeterminación o una subdeterminación de significados impediría su plena fijación, sin embargo, el carácter flotante, según Laclau, no hace de él estrictamente un *significante vacío* (Laclau 1996: 70).

La respuesta correcta a este dilema, según Laclau, será que “un *significante vacío* sólo puede surgir si la significación en cuanto tal está habitada por una imposibilidad estructural, y si esta imposibilidad sólo puede significarse a sí misma como interrupción (subversión, distorsión, etc.) de la estructura del signo.” (Laclau 1996: 79).

Laclau llega a esta noción a partir de un análisis del estructuralismo saussureano: según este último, la lengua sería un sistema de diferencias en que los valores o las identidades lingüísticas serían puramente relacionales, por lo que la totalidad del sistema estaría implicado en cada acto de significación. Sin embargo, Laclau encuentra un problema: si la posibilidad de

la significación reside en el sistema, entonces la posibilidad del sistema sería equivalente a la posibilidad de sus límites y ellos no podrían ser significados, puesto que deberían mostrarse a sí mismos como *quiebre* o *interrupción* del proceso de significación. Tal paradoja se sostendría en que el mismo elemento que otorga la condición de posibilidad de un sistema significativo es también el que constituiría su condición de imposibilidad. Por lo tanto, los límites del sistema no serían neutrales sino que presupondrían una exclusión.

Ya en HyES Laclau y Mouffe suponían que el antagonismo funcionaba como límite del lenguaje y no podía aprehenderse a través del mismo, dado que aquel existe como intento de fijar aquello que éste subvierte. Mientras en aquel texto, ambos autores diferenciaban lo que puede *decirse* y lo que puede *mostrarse* siendo estas sentencias incompatibles con su marco teórico indeterminista semántico, en este texto, tras un recorrido laclausiano de profundización en la comprensión e influencia de las IF, no existe una diferenciación entre el decir y el mostrar, pero sí una tensión por compatibilizar la continuidad del esquema previo ¿qué significa, en este caso, que existan límites al sistema de significación?

Laclau sostiene que los límites de este sistema no son neutrales sino que presuponen una exclusión (Laclau 1996: 71-72) puesto que estos introducen una ambivalencia esencial en el interior del sistema de diferencias que ese límite instituye: si cada elemento lingüístico tiene una identidad en tanto es diferente de los otros, pero las diferencias pueden volverse equivalentes al estar al interior de la frontera de exclusión, dicha sistematicidad debe ser resultado directo del límite excluyente del sistema que, en consecuencia, no puede tener un fundamento positivo. Según Laclau, esta conclusión anuncia la posibilidad de un significante vacío como significante de la pura cancelación de toda diferencia (Laclau 1996: 73).

Los significantes vacíos surgirían, según Laclau, para representar lo imposible, el cierre que representan no remite a una sistematicidad irrealizada a nivel fáctico, sino a una constitutivamente inalcanzable, puesto que los efectos del sistema resultan del compromiso inestable entre equivalencia y diferencia. Dichos significantes emergen porque el sistema significativo se estructura en torno a un lugar vacío resultante de la misma imposibilidad de producir un objeto que, paradójicamente, es requerido por el sistema mismo. En resumen, el discurso necesita significantes vacíos que puedan poner palabra a la totalidad inexistente.

En política, la función de estos significantes es la de ocultar o renunciar a su identidad diferencial para representar la identidad equivalencial de lo social. Si la idea de comunidad rebosa el espacio diferencial en pos de una plenitud ausente, su forma de representación debe


tomarse, según Laclau, de alguna identidad constituida en su interior. Con el ejemplo del oro, que además de representar un valor de uso particular asume la función de representar el valor general, Laclau ilustra dicho movimiento: “Este vaciamiento de un significante de aquello que lo liga a un significado diferencial y particular es, según vimos, lo que hace posible la emergencia de significantes ‘vacíos’ como significantes de una falta, de una totalidad ausente” (Laclau 1996: 80). El carácter dislocado de lo social permite que en la lucha hegemónica una posición particular asuma, a través de la adopción de significantes vacíos, la representación de la totalidad imposible, es decir, de la comunidad.

He aquí una nueva caracterización lingüística de la hegemonía: además de la dislocación estructural, su condición de posibilidad es la emergencia de significantes vacíos que asumen la representación de la totalidad. Ejemplos de significantes vacíos podrían ser las categorías de “proletariado” o “pueblo” como representación del interés general.

Según Howarth, aquí Laclau refina su idea de hegemonía a partir de los significantes vacíos que no portarían un superávit de sentido sino la imposibilidad estructural de la significación como tal. El asunto a considerar sería hasta dónde puede extenderse la analogía laclausiana entre lenguaje y sociedad: según él, Laclau realiza una distinción entre lo óptico y lo ontológico y entiende que este tratamiento de lo social desestima las prácticas o discursos concretos, enfatizando la dimensión ontológica sobre la óptica, dejando indeterminados los componentes básicos de la ontología social incluso en el nivel óptico, cubriendo sobre un velo de ambigüedad la noción misma de dislocación y manteniendo un cierto grado de imprecisión conceptual entre sus propias categorías de ontología social, posiblemente alimentado por una mala relación entre sus ideas de puntos nodales y los significantes vacíos en la transición del segundo al tercer modelo de hegemonía (Howarth 2008: 333).

Zerilli también sostiene que la noción de significante vacío puede provocar confusión, ya que Laclau sostiene dos tesis distintas: que como significante particular se ha “despojado de su particularidad” pero también que la “desborda” para representar lo universal (Zerilli 2008: 133). Frente a Howarth, que niega el carácter excedente del significante vacío, Jelica Šumič defiende el exceso en el mismo por parte del funcionamiento autónomo del significante, pero sostiene que este superávit no se relaciona con el remanente de los significados, como sugeriría según ella el mismo Laclau, sino más bien con algo inherente al significante: su *materialidad*, ya sea el sonido o la letra (Šumič 2008: 240).

En relación a esto, tanto Lacan⁴⁵ como Wittgenstein, autores clave para la concepción lacausiana del lenguaje, reconocen dicha dimensión material. Escribe el austríaco en las IF:

Ahora mira el signo  y pronuncia el sonido que te sugiere. A mí se me ocurrió el sonido 'U'; pero no podría decir que hubo una diferencia especial en el modo en que vino ese sonido. La diferencia está en la distinta situación: me había dicho de antemano que debía hacer que se me ocurriese un sonido; había una cierta tensión antes de que viniese el sonido. Y no dije el sonido 'U' automáticamente, como al ver la letra U. Tampoco me era familiar ese signo como las letras. Lo miré más bien tenso, con un cierto interés por su forma; pensé al hacerlo en una sigma invertida. -Imagínate que ahora has de utilizar ese signo regularmente como una letra; de manera que te acostumbras a pronunciar un determinado sonido cuando lo ves, el sonido 'ch' pongamos por caso. ¿Podemos decir algo más sino que después de algún tiempo ese sonido viene automáticamente cuando miramos el signo? (IF, § 166)

Wittgenstein reconoce el influjo de la dimensión material a través de la forma estética de las letras y el sonido de las palabras y sostiene que aquello que se siente como influjo o causa en la predisposición a percibir las de cierto modo puede describirse como un movimiento que conecta la imagen al discurso. Pero a pesar de reconocer esta dimensión inscrita en el mismo significante, otorga un valor en ella al tiempo y las determinaciones sociales: no todos los signos se nos han grabado profundamente, algunos signos irrelevantes para nuestras prácticas cotidianas podrían cambiar sin suscitarnos mayores reacciones (IF, § 167). Para los usos que sí se nos han grabado sostiene:

«Pero no quiero decir que lo que hago ahora (al captar un sentido) determine *causal* y empíricamente un empleo futuro, sino que, de una *extraña* manera, este mismo empleo está, en algún sentido, presente.» -¡Pero lo está 'en algún sentido'! Realmente en lo que dices sólo es incorrecta la expresión «de una extraña manera». Lo restante es correcto; y la oración sólo parece extraña cuando nos imaginamos para ella un juego de lenguaje distinto de aquel en que la empleamos efectivamente. (IF, § 195)

⁴⁵ "... el significante vacío está asociado con el nombre: en la terminología de Lacan el nombre se refiere al aspecto material, no significativo del significante: a la parte que, sin significar, causa efectos" (Šumič 2008: 240).

El sentido perceptual, visual, fónico y convencional determinan el sentido habitual en que comprendemos el lenguaje. Aunque las aplicaciones futuras de la regla no estén causalmente determinadas por usos anteriores, existe una predisposición a seguir la regla por incidencia del tiempo, el entorno social y el contexto. Esto permite buscar usos lingüísticos que consideren su potencia material, para forjar otras reglas hacia nuevos horizontes políticos.

Volviendo al análisis efectuado por Laclau en el texto, considero necesario insistir en el desliz o inadvertencia por parte del autor en relación a la rispidez de los distintos enfoques teóricos que pretende conjugar: emplear conceptos de distintas teorías requiere muchas veces de tomar las mismas teorías que los sustentan⁴⁶, en este caso, parecería que la distinción óntico-ontológico propia de la metafísica heideggeriana, el abordaje lacaniano de lo real, el estructuralismo saussureano en términos de significado y significante y la idea wittgensteiniana del lenguaje producen asperezas innecesarias. Tal mixtura teórica podría ser causante de aquellas confusiones percibidas en este texto por los intérpretes de la teoría laclausiana, para el mismo podría proponerse la eliminación de los supuestos innecesarios bajo el criterio de la navaja de Ockham con el objetivo de simplificar su propuesta filosófica.

Si el significante vacío es el nombre que tiene referente en la situación porque nombra la totalidad inexistente que no puede ser nombrada ¿cuáles son los nombres que sí tienen referentes? ¿Cuál es el vínculo entre las palabras y las cosas si Laclau ya ha adherido a la postura que sostiene que las palabras tienen distintos usos y no un referente unívoco? ¿El antideterminismo wittgensteiniano y lacaniano no pone a todos los significantes como pseudo vacíos en algún punto? ¿Si el significante vacío interviene irrumpiendo o creando el sentido a

⁴⁶ Más allá de las diferencias, considero importante recalcar una zona de acuerdo básico entre Wittgenstein y Lacan, puesto que ambos constituyen las principales influencias de Ernesto Laclau a la hora de pensar el lenguaje. Al respecto, en su texto *La visión wittgensteiniana del marco lingüístico explicativo del psicoanálisis freudiano y lacaniano* Aguirre Sala sostiene que Wittgenstein y Lacan pueden pensarse como aliados ya que para ambos el significado es dado por la práctica hablante y no por la referencia primigenia del significante, así, el sentido no lo da el significado sino la práctica del hablante en el modo de utilizar los significantes: "Cuando Wittgenstein acepta que el significado de un término lo otorga el uso, coincide con Lacan cuando éste rompe la unidad S/s del algoritmo de Saussure tal y como lo explica en el capítulo La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud (2001a), unidad que no es reconstituida por la corrección gramatical u ortográfica, sino por la dotación de sentido a expensas de dejar asomar al deseo" (Aguirre Sala 2013: 94). También sostiene: "En la pragmática, Wittgenstein y Lacan coinciden: el significante que deviene símbolo es un decir que deviene en mostrar en tanto acto del lenguaje. Descifrarlo, dirá Lacan, es un acto analítico (1992: 179), es decir, el significante mismo y su acto otorgan sentido; pero no por un *a priori* con referencia a un significado, sino porque provoca un significado. (Aguirre Sala 2013: 96)

través de nuevas situaciones, el resto de los significantes siguen la regla? ¿La interpretan? ¿La representan? Si el significante vacío es un término que crea su referente ¿por qué no puede explicarse esta operación bajo la teoría performativa de actos de habla o su inserción en juegos de lenguaje?

Me gustaría ensayar una posible respuesta que recupere la motivación de la cuestión a la que reacciona Laclau retomando el esquema wittgensteiniano previamente adoptado por él y simplificando su propuesta filosófica: ciertamente, como consecuencia de la arbitrariedad del signo, el significante puede vincularse a distintos significados en diversos contextos sin que esto signifique que el término sea *equivoco*, puesto que en cada contexto la función de significación se realizaría plenamente, y sin que sea *ambiguo*, de modo que una sobredeterminación o una subdeterminación de significados impidiera su fijación. Puesto que la significación en sí misma está habitada por una imposibilidad estructural, las palabras no son equívocas ni ambiguas, sino que guardan la posibilidad de expresarse de múltiples maneras a través de los distintos usos y contextos en que se enuncian. El concepto de juego de lenguaje, bien conocido por el mismo Laclau, le permite a la perfección explicar cómo a través de estos, las palabras adquieren distinta significación y capacidad performativa.

Si las palabras no designan más que su uso, si al igual que una caja de herramientas tienen múltiples funciones a pesar de la uniformidad de sus apariencias, si hay innumerables géneros de palabras y su utilización genera performativamente la realidad que evocan, porque como un rótulo son la preparación para hacer una cosa, entonces el contexto de los juegos de lenguaje puede subsumir estos distintos tipos de significantes en un plexo de significaciones cambiantes y potencialmente poderosas.

La razón populista (2005)

*Yo soy el pueblo, la chusma, la turba, la masa.
¿No saben que el trabajo del mundo se hace por medio mío?
Yo soy el operario, el inventor, yo hago los alimentos y vestidos del mundo.
Yo soy el público que presencia la historia.
Los Napoleones salen de mí y los Lincolns. Mueren.
Y entonces saco de mí más Napoleones y más Lincolns.*

Carl Sandburg

*Us and them
and after all we're only ordinary men*

Pink Floyd

En los últimos años de su recorrido intelectual Laclau volvió a trabajar más profundamente sobre algunos aspectos de la teoría política que ya habían despertado su interés desde sus primeros trabajos publicados como PIM (1977), en particular, el populismo.

Recibido con la exaltación de un momento histórico atravesado por la experiencia populista latinoamericana, RP fue objeto de enfáticos elogios y duras críticas, formó escuela entre los adeptos a la idea del populismo como lógica política y enemigos principalmente en quienes entienden al populismo como un concepto inherentemente peyorativo.

Los que no entienden el juego populista: contra la tradición intelectual

RP se erige frente a los autores de la literatura especializada tradicional que concibieron el populismo como un concepto peyorativo, nombre de un fenómeno político descrito en forma despectiva, principalmente en términos de vaguedad y ambigüedad. Según Laclau, la ortodoxia intelectual referente al tema se ha nucleado sobre la denigración de las masas. Su crítica a la tradición académica sobre populismo se centra en el análisis de cuatro autores: Margaret Canovan, Donald MacRae, Peter Wiles y Kenneth Minogue. Contra todos ellos, podría decirse, ejerce una crítica a partir de la práctica filosófica wittgensteiniana.

En primer lugar está Canovan, quien realiza un análisis de casos empíricos a través de una lista de fenómenos que han sido subsumidos bajo el rótulo populista. Según Laclau, su tipología no ofrecería un criterio coherente, sino un “mapa de dispersión lingüística” emparentado con la idea wittgensteiniana de parecidos de familia. Para él, lo problemático no es mostrar dicha dispersión, sino que Canovan asuma como inconveniente la falta de determinación social por la cual no alcanzaría a establecerse una definición política *ad hoc* (Laclau 2014a: 19). Aquí la crítica laclausiana parecería ser doble: por un lado, Canovan no mostraría qué juegos hacen a la superposición y entrecruzamiento de los parecidos entre los miembros que componen una familia populista, y por el otro, considera esta falta de determinación social, que para Laclau es característica de lo político, como problemática.

En segundo lugar está MacRae, quien realiza una descripción tan exhaustivamente detallada que, según Laclau, no sorprende que luego de “una descripción tan detallada de lo que es el verdadero populismo, MacRae tropiece con algunas dificultades para aplicar su categoría a populismos ‘realmente existentes’” (Laclau 2014a: 21). La conclusión de que los fenómenos populistas no se ajustan al modelo ideal puede entenderse de forma análoga a la crítica que Laclau hizo al marxismo clásico que no podía congeniar las revoluciones reales con su tipo de revolución burguesa real (Laclau 1993: 39)⁴⁷. En esta crítica se conjugan nuevamente el principio de indeterminación del sentido y la idea de analizar filosóficamente a través de la observación: en vez de indicar *a priori* lo propio de un concepto, debe buscarse el modo en que se emparentan los diferentes fenómenos, lo común en ellos no se realiza por la enunciación de tipos ideales sino por la observación de los fenómenos reales. El mismo error cometería Peter Wiles, quien describe el populismo a través de veinticuatro rígidas características, luego de las que, según Laclau, “no resulta sorprendente, entonces, que Wiles dedique la segunda parte de su trabajo al análisis de excepciones” (Laclau 2014a: 22).

Por último está Minogue, quien describe el populismo distinguiendo entre *retórica* e *ideología* y *movimiento* e *ideología*. Laclau desacuerda con esta teoría en varios puntos: primero, considera que su utilización de dichas categorías no posee coherencia interna; segundo, no comparte la gradación normativa por la cual la retórica quedaría subordinada al movimiento (clarifico: desacuerda con que habría sujetos políticos dentro del movimiento anteriormente a la conformación del lenguaje que los describe y que este último sería una

⁴⁷ Ver: pág. 85 (cap. Nuevas Revoluciones...)

degradación o derivación de una instancia primigenia); tercero, no comparte que la retórica como destino manifiesto del populismo lo constituya como formación política transitoria. Para él, la oposición a la retórica se basa en un esencialismo identitario y en un racionalismo político: la visión de Minogue supondría una concepción en que los actores sociales estarían constituidos en torno a intereses definidos y negociarían racionalmente por ellos. Ante la violación de la representación transparente de estos actores mediante la identificación con símbolos difusos, el populismo sólo podría entenderse como una expresión de irracionalidad (Laclau 2014a: 24-27). Los presupuestos operantes detrás de la crítica laclausiana a Minogue son el principio de indeterminación ontológica en relación a la identidad de los agentes y el rechazo al principio de determinación del sentido por el cual estas identidades obrarían en pos de la conformación de una familia identitaria con intereses relativamente similares, pero nunca asignados con necesidad y transparencia. Siguiendo los consejos wittgensteinianos, sería mejor abandonar el pensamiento teórico sobre lo que el populismo *debería ser* para acercarse a ver lo que el populismo *es*.

El objetivo de Laclau al cuestionar la literatura especializada, en particular a Minogue, es invertir la perspectiva analítica abandonando el modelo clásico de racionalidad política que concibe al populismo en términos negativos (vaguedad, antiintelectualidad, vacío ideológico, transitoriedad) en pos de una retórica generalizada y un modelo hegemónico, de modo que el populismo pueda pensarse desde una “posibilidad distintiva y siempre presente de estructuración de la vida política” (Laclau 2014a: 27-28). Con un guiño a las categorías dislocatorias anteriormente desarrolladas en su obra y la imposibilidad lógica de cerrar las identidades, la representación política y el curso de la historia Laclau sostiene:

... ¿qué ocurre si el campo de la lógica fracasa en su constitución como un orden cerrado y se necesitan mecanismos para lograr ese cierre? En ese caso, los mismos mecanismos retóricos -metáfora, metonimia, sinécdoque, catacrexis- se convierten en instrumentos de una racionalidad social ampliada, y ya no podemos desestimar una interpelación ideológica como *meramente* retórica (...) si mediante operaciones retóricas lograron constituir identidades populares amplias que abarcaron a diversos sectores de la población, *de hecho constituyeron sujetos populistas*, y no tiene sentido desestimar esto como mera retórica.” (Laclau 2014a: 26)

La inexistencia de metalenguaje no permite establecer una literalidad que actúe como racionalidad última constitutiva de lo social, por lo tanto, la permanente dislocación del lenguaje y de todo lo que éste puede describir, posibilita que los mecanismos retóricos operen y describan la realidad social, puesto que ella misma es *metafórica, metonímica, sinecdótica y catacrética* al punto de no tener anclaje en una literalidad final.

Esta idea gestada a partir de su marco teórico y conceptual previo, como la hegemonía, la dislocación y los significantes vacíos, permiten a Laclau concebir el populismo de una forma completamente alejada de la tradición a la que critica. En este camino es preciso distinguir el trabajo de Peter Worsley por el que nuestro autor muestra gran interés.

Laclau destaca dos novedosas desviaciones de Worsley respecto a la tradición literaria sobre populismo: primero, desplaza el análisis desde el contenido de las ideas hacia el rol que juegan en un contexto cultural determinado considerando la mutación de sus usos y su contenido intelectual; segundo, no concibe al populismo como tipo de organización o como ideología sino como una dimensión política que puede estar presente en distintos movimientos ideológico-políticos (Laclau 2014a: 28-29). Estas dos alteraciones pueden ser interpretadas wittgensteinianamente con arreglo a los ejercicios filosóficos practicados por Laclau en su obra anterior: el primero, remite a la designación de las palabras del lenguaje por su uso, que no distingue entre definición o esencia y su posterior aplicación o aparición fenoménica, sino que entiende el cambio lingüístico a través de sus usos en constante modificación; el segundo, concibe al populismo como una herramienta de análisis político, como en el ejemplo de la caja de herramientas (IF, § 11), el populismo desconcierta por la uniformidad de su apariencia en el lenguaje, pero lejos de buscar una supuesta esencia en la ideología o la organización política, éste debe buscarse en su empleo y en su función política.

Vaguedad, indeterminación y catacresis: afecto y discurso de las masas

La búsqueda laclausiana de edificar una teoría alternativa sobre el populismo recupera los elementos anteriormente desarrollados en su obra, las críticas a los estudios clásicos del populismo y los avances de Worsley. En consonancia con su ataque a la literalidad de la realidad social y del lenguaje, Laclau se interroga si la imposibilidad de definir el populismo no se deriva de haberlo descrito de modo tal que cualquier característica inherente a su lógica política haya sido excluida *a priori*. Su respuesta es que sí: si este fenómeno sólo ha sido descrito en términos de “vaguedad”, “imprecisión” o “pobreza intelectual” en relación a una

supuesta literalidad lingüística, y en términos de “transición” y “manipulación” en relación a una supuesta literalidad política y moral, puede entenderse claramente por qué no ha podido determinarse su diferencia específica en términos positivos.

La búsqueda por la positividad del populismo, sin remitir a una definición fija, lleva a Laclau a no desestimar las ideas de “vaguedad” o “imprecisión”, sino justamente a quitarles la carga peyorativa tomándolas en sentido literal, es decir, asumiendo *literalmente la falta de literalidad* de este fenómeno en consonancia con la metafóricidad de lo social: “la ‘vaguedad’ de los discursos populistas, ¿no es consecuencia, en algunas situaciones, de la vaguedad e indeterminación de la misma realidad social?” (Laclau 2014a: 32). De esta manera, nuestro autor aborda la crítica del populismo como *simplificación* del espacio político (reemplazo de la complejidad diferencial por una dicotomía de polos imprecisos) como condición misma de la acción política, es decir, que la característica distintiva del populismo sería sólo un énfasis de la lógica política *en sí misma* (Laclau 2014a: 33).

Para pensar el populismo como un fenómeno de masas Laclau traza una genealogía de su estudio desde Gustave Le Bon y su idea de *sugestión* hasta Sigmund Freud y su idea de *identificación*. En el tránsito de un autor a otro se abandonan dos supuestos: la frontera entre lo normal y lo patológico que sustenta la división organizacional de las masas entre una racional y una irracional, y la idea de supuesta degradación de los individuos al volverse parte de un grupo. Del primer autor rescata la relación expuesta entre palabras e imágenes como precondition de toda operación discursiva políticamente significativa, aunque critica su distinción entre palabras que significan “verdaderamente” algo e imágenes asociadas de forma “contingente” como si existiesen esencias lingüísticas y aplicaciones distorsionadas. Del segundo, si bien ya había utilizado previamente su teoría, aquí rescata particularmente el concepto de *identificación* y la idea de *libido*⁴⁸ como claves explicativas del vínculo social.

Para la teoría freudiana, el mecanismo de identificación constituye la exteriorización más temprana del lazo afectivo con otro. Como sucede con los padres, en el vínculo con el líder también opera una suerte de enamoramiento por el cual esta figura se pone en lugar del *yo ideal*. En consonancia, la definición psicoanalítica del lazo social que recupera Laclau se

⁴⁸ La noción de libido como clave interpretativa del lazo de asociación política es el concepto que permite, según Yannis Stavrakakis, entender esta obra dentro de la cuarta y última etapa laclausiana en relación al psicoanálisis. La idea de libido expresa una dimensión afectiva y se emparenta con la categoría lacaniana de *jouissance* imprescindible para reflexionar sobre el vínculo político (Stavrakakis 2020: 34-37). En este trabajo ver página 81.

define como un grupo “formado por cierto número de individuos que han puesto el mismo y único objeto en el lugar de su yo ideal y en consecuencia se han identificado entre sí en su yo” (Laclau 2014a: 80). A través de la organización, la sociedad adquiere características del individuo: el rasgo en común que tienen los miembros de la organización social no se agota en su afecto al líder sino que incluye algún rasgo positivo compartido entre éste y los liderados; a su vez, el líder sólo es aceptado si posee rasgos compartidos con quienes supuestamente debería liderar; por último, así como entre el yo y el yo ideal hay un hiato por el cual la identificación nunca es completa, con el líder siempre hay grados de identificación.

A la consideración wittgensteiniana del lenguaje, se suma el carácter libidinal, que explicará la teoría laclausiana de la producción discursiva: frente a la acusación de que el populismo es un fenómeno vago e indeterminado en relación al público al que se dirige y a su discurso, Laclau argumenta que la vaguedad y la indeterminación no son defectos discursivos sobre la realidad social que la describan o interpelen imperfectamente, sino que estos aspectos se inscriben en la misma realidad social; y frente a la acusación de que el populismo es retórico, Laclau vuelve sobre su antigua idea referente a la metaforización de lo real, que le permite sostener que la retórica no es un epifenómeno circundante a una realidad literal, dado que toda estructura conceptual encuentra su cohesión en apelación a recursos retóricos. Según ambos argumentos el populismo podría ser una vía regia para comprender la constitución ontológica de lo político (Laclau 2014a: 91).

Para pensar el populismo en relación con dicha ontología política el libro propone tres categorías centrales: en primer lugar está la noción de *discurso*, desarrollada anteriormente, como instancia de constitución objetiva de lo social a través del juego de diferencias, por el cual ningún elemento puede constituirse *a priori* sobre otros; en segundo lugar están los *significantes vacíos* y su relación con la *lógica hegemónica*, desarrollados también con anterioridad en la obra laclausiana, que explican el modo de centralización conceptual y política dentro de un horizonte discursivo a partir de la interacción de diferencias; y por último está la noción de *retórica* que, a pesar de haber sido implicada en obras anteriores a través de la idea de metaforización de lo real, aquí adquiere un carácter central.

Habitualmente se entiende por retórica el desplazamiento de un término literal por uno figurativo. Laclau retoma la explicación de Cicerón, para quien había más cosas para ser nombradas que palabras disponibles, lo que requería desviar el sentido literal de las palabras existentes para usarlas alternativamente. Sin embargo, lo que para Cicerón constituía una

carencia empírica, para Laclau revela el carácter constitutivo del lenguaje: la conexión entre las palabras y las cosas está *dislocada* desde el inicio, por lo que nombrar algo es siempre nombrar lo innombrable, en este sentido, el lenguaje original nunca es literal sino figurativo (Laclau 2014a: 96). Frente a la concepción literal del lenguaje, podemos develar su carácter reificado y fetichista: nombrar aparece como una extraña conexión de una palabra con un objeto, decía Wittgenstein (IF, § 38), pero este lazo no es necesario sino contingente y está basado en las prácticas, por lo que la retórica debe entenderse como un suelo lingüístico por el cual se posibilita una diversidad de usos de las palabras y el cambio conceptual.

Las ideas de discurso, significantes vacíos, hegemonía y retórica confluyen en la noción de *catacresis*. Esta figura se da ante un término figurativo que no puede sustituirse por otro literal, Laclau ejemplifica con la expresión “pata de la silla”. Sin embargo, para él este movimiento retórico puede generalizarse al comprender que la distorsión del sentido corresponde a la característica fundamental del lenguaje como estructura de la dislocación, concluyendo que este movimiento lingüístico desborda su carácter de figura particular configurándose como el denominador común de la retoricidad en cuanto tal. Según Zerilli, si la catacresis es el denominador común de la retoricidad y ésta es la forma del lenguaje como discurso social, entonces la retórica es esencial a la lógica del populismo (Zerilli 2015: 23). Las bases retóricas de dicha lógica le permiten ser inventiva y no deductiva, dado que presenta “una puesta en escena de elementos heterogéneos que no están limitados por ninguna premisa a seguir o con la cual ser coherente de alguna manera en particular” (Zerilli 2015: 31).

Retórica y catacresis se relacionan, según Laclau, íntimamente con los conceptos de significantes vacíos y hegemonía: si los significantes vacíos surgen de la necesidad de referir a objetos necesarios e imposibles a la vez, la operación hegemónica será catacrética. En ella, una particularidad asume la representación de la totalidad excedente, a modo de *sinécdoque* (en retórica: figura donde la parte representa al todo). La construcción discursiva del pueblo será, según Laclau, una operación catacrética y sinecdótica (Laclau 2014a: 96-97).

Según Norval la dimensión de la retórica es un elemento importante también en la filosofía wittgensteiniana: la argumentación, la persuasión y las inscripciones materializadas del discurso, configuran nuestro modo de ver y sentir el mundo, pero también de disputar políticamente el discurso (Norval 2007: 125). En este sentido, la creciente complejización del suelo lingüístico en la obra de Laclau responde a una mayor preocupación por la disputa política, no sólo en términos de fuerza y razón, sino de goce y persuasión.

La construcción discursiva del pueblo: el lenguaje de la demanda

Pero ¿cómo las críticas a la tradición y los conceptos expuestos pueden explicar el populismo? El comienzo argumentativo laclausiano ubica la *demanda* como unidad mínima de análisis a través de la ambigüedad que expresa la locución inglesa *demand* en su acepción como *petición*, pero también como *reclamo* (Laclau 2014a: 98). La sumatoria de demandas insatisfechas darían lugar a una cadena equivalencial que generaría la frontera interna de una dicotomización del espectro político local: por un lado, estaría el sujeto colectivo que se forma a partir del sostenimiento de demandas, que en tanto peticiones incumplidas comienzan a radicalizarse como reclamos encadenados; y, por otro lado, estaría el sujeto antagonista que obstaculiza la atención y resolución de estos reclamos.

Existen críticas que apuntan a la concepción de la demanda considerada como unidad mínima ¿la demanda es el hecho objetivo anterior al discurso que se erige sobre ella? ¿El inicio del pueblo populista surge empíricamente desde la postulación de demandas? Preferiría no detenerme en el problema de si ésta constituye un hecho objetivo puesto que no encuentro en la obra de Laclau un afuera del lenguaje para sostener esta crítica y tampoco analizar empíricamente la formación sociológica o histórica de los pueblos para saber si efectivamente la cadena equivalencial aparece anterior cronológicamente. Concibo esta anterioridad en un sentido lógico: que el inicio metodológico apunte a visualizar la demanda y el modo en que forma cadenas subjetivas se relaciona con el modo en que se concatenan los distintos significantes, como parte de la analítica con que trabaja la filosofía, pero esto no quiere decir que efectivamente las demandas se den antes del pueblo que las sostiene o que puedan concebirse separadas de él. La simpleza de las demandas es parte de una ficción epistémica o heurística, en este sentido podemos pensar junto al §47 de las IF: ¿cuáles son los simples que se compone la realidad? Si fuera la demanda, diríamos que son no compuestas, pero luego podríamos preguntar “¿compuesta en qué sentido?” para concluir que entonces, si la composición puede entenderse en diversos sentidos, también la simpleza utilizada en los distintos modos relacionados entre sí de distintas maneras. Las identidades políticas son complejas, pero desde la macropolítica pueden verse como simples; éstas se conforman mediante cadenas de demandas que también son complejas, que a la distancia sólo puede verse su aspecto de cadena y no las demandas de las que está compuesta; la demanda aparece como la unidad simple en sentido metodológico ¿podemos descomponerla a través de análisis

ulteriores como su generación histórica o su aparición empírica? Seguramente, pero como es preciso definir un inicio especulativo para pensar filosóficamente la formación discursiva del pueblo, es preciso ubicar una unidad analítica, al modo en que Wittgenstein habla del establecimiento de límites que no están dados *a priori* (IF, § 68). Así, puede darse un límite rígido al concepto de demanda mediante la palabra, no puede indicarse el límite porque no hay ninguno trazado, pero puede establecerse uno.

Las demandas pueden clasificarse como *democráticas* o como *populares*: las primeras, satisfechas o no, permanecen aisladas; las segundas, en cambio, constituyen una subjetividad social más amplia a través de su articulación equivalencial. Cuanto más extensa sea la cadena equivalencial, más diversa será su composición, contrariamente, cuanto más corta sea, será menos diversa y más estrecha. Si su proyección pretende ser relativamente estable, sus fuerzas deben dar a alguno de sus componentes equivalenciales un rol de anclaje. A través de las cadenas equivalenciales de las demandas populares, se constituye potencialmente al pueblo como identidad colectiva.

Para Laclau existen básicamente dos formas de construcción social, la *lógica de la diferencia* y la *lógica de la equivalencia*: la primera se da mediante la afirmación de la particularidad, en su particularismo las demandas son diferenciales y no trazan una frontera antagónica; la segunda se da por claudicación parcial de la particularidad, sin borrar lo particular se enfatiza lo común a ellas, erigiendo una frontera por un enemigo común.

Las tres precondiciones para que se dé una configuración política populista según Laclau son tres: la formación de una frontera antagónica que separe al sujeto popular de los causantes de sus demandas; la articulación equivalencial de demandas que posibilita el surgimiento de este sujeto popular; y la unificación de diversas demandas en un sistema estable de significación (Laclau 2014a: 99).

Laclau inscribe su teoría política como una filosofía del lenguaje cuando postula la construcción del pueblo a modo *discursivo*. Para él, la diferencia entre la edificación populista y la *institucionalista* debe buscarse en los significantes que estructuran como puntos nodales la formación discursiva que erigen: mientras que el institucionalismo intenta hacer coincidir la formación discursiva con los límites de la comunidad (por ejemplo, el conjunto de los ciudadanos, los habitantes de un país, los votantes, etcétera), el populismo excede toda idea de límite a través de una lógica recursiva por la cual al dividirse se multiplica, a través de una frontera de exclusión que divide a la sociedad en dos, el pueblo aparece como una fracción

que representa la totalidad entendida como mayor a la suma de las partes. Laclau expone una etimología que ilustra esta diferencia: el pueblo puede concebirse como *populus*, es decir, como el cuerpo de todos los ciudadanos, pero también como *plebs*, señalando a los menos privilegiados: "A fin de concebir al 'pueblo' del populismo necesitamos algo más: necesitamos una *plebs* que reclame ser el único *populus* legítimo -es decir, una parcialidad que quiera funcionar como la totalidad de la comunidad" (Laclau 2014a: 108).

La expresión de la *plebs* como *populus* resulta de la imposibilidad de la plenitud en dos sentidos: por una parte, empírica y fenomenológicamente la demanda permite experimentar un sentimiento de falta, ausencia o quiebre de la totalidad, de emergencia del conflicto y el antagonismo por un enemigo del pueblo culpable de aquello que se demanda, "como la plenitud de la comunidad es precisamente el reverso imaginario de una situación vivida como ser deficiente, aquellos responsables de esta situación no pueden ser una parte legítima de la comunidad" (Laclau 2014a: 113); por otra parte, la ausencia de plenitud no es sólo un hecho empírico o experiencial, sino lingüístico, no existe univocidad en la palabra, la plenitud semántica es inalcanzable porque no hay hechos que correspondan al lenguaje.

Las demandas insatisfechas permiten la formación del pueblo, es cierto, pero su proliferación también puede desintegrar el marco simbólico. Existe un marco diferencial dado por el campo discursivo general en el que las demandas populares se sostienen, pero cuando éste no puede contenerlas, el sujeto político debe construir uno nuevo. Una traducción wittgensteiniana de este fenómeno puede estar en los juegos de lenguaje que practicamos: las demandas sólo tienen sentido si aquello que piden es algo aceptable, así como una palabra no tiene significado si nada le corresponde, una demanda no tiene sentido si no implica una inteligibilidad, aceptación o valoración de lo demandado, el discurso está plagado de juegos de lenguaje que se corresponden con las formas de vida imperantes. Si las demandas exceden lo aceptado, funcionan como juegos absurdos que no pueden ser jugados, volviéndose preciso crear un nuevo discurso que apelando a otra forma de vida permita ampliar el horizonte de lo pensable y lo decible.

La construcción discursiva del pueblo es paradójica y recursiva, puesto que no existen hechos semánticos que garanticen la correspondencia con el lenguaje éste puede realizar torsiones performativas para ampliar el campo de lo real. La forma institucional que respeta los límites discursivos de la comunidad no puede inscribir positivamente al conjunto de demandas sociales mostrando la plenitud ausente como una falta, así, la totalidad social es

necesaria para la política, pero es fáctica, lógica y estructuralmente imposible en su dislocación constitutiva. La excedencia y ausencia que el discurso institucional no puede representar es retomada por la forma populista:

(...) el *populus* como lo dado -como el conjunto de relaciones sociales tal como ellas factualmente son- se revela a sí mismo como una falsa totalidad, como una parcialidad que fuente de opresión. Por otro lado, la *plebs*, cuyas demandas parciales se inscriben en el horizonte de una totalidad plena -una sociedad justa que sólo existe idealmente- puede aspirar a constituir un *populus* verdaderamente universal que es negado por la situación realmente existente. Es a causa de que estas dos visiones del *populus* son estrictamente que una cierta particularidad, la *plebs*, puede identificarse con el *populus* concebido como totalidad ideal. (Laclau 2014a: 123)

La operación discursiva realizada por el populismo es la misma que aquella realizada por la lógica hegemónica: si la totalidad es imposible y la universalidad siempre está atravesada por la particularidad, entonces una particularidad puede elevarse performáticamente como lo universal, de modo que una parte represente al todo. Esta performatividad es asumida explícitamente por Laclau, para quien la literalidad del lenguaje es una tarea condenada al fracaso puesto que no existe correlación entre los hechos, las ideas y las palabras:

Sería una pérdida de tiempo intentar dar una definición positiva de "orden", o "justicia" - es decir asignarles un contenido conceptual, por mínimo que fuera-. El rol semántico de estos términos no es expresar *algún* contenido positivo, sino, como hemos visto, funcionar como denominaciones de una plenitud que está constitutivamente ausente. Es porque no existe ninguna situación humana en la cual no ocurra ningún tipo de injusticia, que "justicia", como término, tiene sentido. En tanto nombra una plenitud indiferenciada no tiene ningún contenido conceptual en absoluto: no constituye un término *abstracto* sino, en el sentido más estricto, *vacío*. (Laclau 2014a: 136)

Este párrafo resume algunas de las consideraciones lingüísticas más importantes de RP: primero, muestra la imposibilidad de establecer límites o definiciones rígidas de los conceptos políticos, su carácter polisémico y permanentemente abierto expresa la falta de correspondencia lingüística con los hechos; segundo, dicha falta de determinación no sólo está

en el lenguaje como discurso sobre lo real sino que la realidad misma está indeterminada, no existe la justicia como tal en el mundo porque los hechos no pueden adecuarse a la potencialidad total de las palabras; tercero, ante esta doble indeterminación, sólo queda abandonar la ilusión de lo profundo y lo esencial por la cual habría un “súper-orden” de “súper-conceptos”; cuarto, sopesar la idea de justicia frente a la realidad diversa en que existen situaciones con diversos grados y tipos de injusticia permite tener una comprensión sinóptica por la cual se ven conexiones y gradaciones⁴⁹; quinto, cualquier enunciación de la plenitud, en tanto refiere a una entidad imposible, se realiza mediante la performatividad del lenguaje; y sexto, aquí reaparece la importancia de los significantes vacíos para la política desarrollados en el capítulo anterior.

¿Descriptivismo o antidescriptivismo? Cuando el lenguaje hace fiesta

Aunque la mayoría de los elementos lingüísticos de RP ya estén presentes en la obra anterior de Laclau, aquí introduce un énfasis especial en la idea de nominación, su relación con el afecto y su importancia para la política. Laclau considera al *nombre* como “fundamento de la cosa”, según él, ésta tiene dos aspectos: por un lado, existen *operaciones significantes* necesarias para que los nombres desempeñen un rol de fundamento; por otro lado, existe una *fuerza* perlocutiva que, detrás de esas operaciones, las posibilita (Laclau 2014a: 131). Es a raíz del problema de la nominación, que Laclau introduce por primera vez en su obra la filosofía de Saul Kripke, no sin debilitar la coherencia interna de su edificio teórico.

La distinción fundamental para el asunto de la nominación, según Laclau, es comprender la oposición entre el enfoque descriptivista y el antidescriptivista:

Lo que es importante para nuestro tema es diferenciar el enfoque descriptivista del antidescriptivista, cuyo principal exponente es Saul Kripke. Según Kripke, las palabras no se refieren a las cosas a través de compartir con ellas rasgos descriptivos, sino a través de un “bautismo original” que elimina completamente la descripción. En ese sentido, los nombres serían designadores rígidos. (Laclau 2014a: 132)

⁴⁹ Dice Wittgenstein: “Una fuente principal de nuestra falta de comprensión es que no vemos *sinópticamente* el uso de nuestras palabras. (...) La representación sinóptica produce la comprensión que consiste en ‘ver conexiones’. De ahí la importancia de encontrar y de inventar *casos intermedios*.” (IF, §122)

Al ubicarse dentro del antidescriptivismo lingüístico kripkeano, Laclau toma partido por una corriente filosófica que, como expondré a continuación, no puede compatibilizarse con su marco teórico previo wittgensteiniano, derridiano y lacaniano.

Antes que nada, es menester aclarar que el *nombre* en la teoría de Kripke no equivale a la nomenclatura de cualquier palabra, sino a aquello que coloquialmente se entiende por *nombre propio*. Según su tesis modal antidescriptivista, la naturaleza semántica de éstos es radicalmente distinta de otras palabras cuya naturaleza radica en descripciones definidas, así, los nombres no se emparentan con aquello que designan a través de descripciones ostensivas, sino con la noción de "identidad a través de los mundos posibles" (Kripke 1995: 50). La variación especulativa que le permite llegar a la tesis de los nombres como *designadores rígidos* es aquella en la cual debe indagarse si lo expresado en el lenguaje se mantiene rígidamente a través de los distintos mundos posibles: éstos deben especularse como distintas formas en que todo pudiera haber sido. En este ejercicio dichos mundos no se descubren, se estipulan. La noción de identidad a través de los mundos posibles permite abordar la tesis de la *designación rígida*: un designador es *rígido* si y sólo si en todo mundo posible se designa con él a un mismo objeto (como los nombres), contrariamente, un designador es accidental o *no-rígido* si ese no es el caso (como las expresiones definidas) (Kripke 1995: 51). En *El nombrar y la necesidad* (1980), el filósofo estadounidense sostiene:

Llamemos a algo un *designador rígido* si en todo mundo posible designa al mismo objeto; llamémoslo un *designador no rígido* o *accidental* si eso no es el caso. Por supuesto, no exigimos que los objetos existan en todos los mundos posibles. Es claro que Nixon podría no haber existido si sus padres no se hubiesen casado, en el curso normal de las cosas. Cuando pensamos que una propiedad le es esencial al objeto, lo que generalmente queremos decir es que es verdadera del objeto en cualquier caso en que el objeto hubiese existido. Un designador rígido de algo necesariamente existente puede llamarse *rígido en sentido fuerte* [*strongly rigid*]. Una de las tesis intuitivas que sostendré en estas charlas es que los *nombres* son designadores rígidos. (Kripke 1995: 51)

En su planteo filosófico, Kripke adhiere a la teoría *causalista* y a la teoría *esencialista*. Por un lado, el causalismo explica la significación a través de la referencia directa, es decir, para ésta tesis existe un vínculo entre el objeto y el nombre o la clase natural. Por otro lado, el

esencialismo metafísico de individuos sostenido por Kripke se presenta como una alternativa a las distintas versiones clásicas, tanto a las que suponen un esencialismo de universales o clases naturales como a aquellas que distinguen en los objetos propiedades esenciales y propiedades accidentales. Frente a las primeras, el filósofo estadounidense no sostiene la captación de universales o ideas éticas o estéticas; frente a las segundas, no cree necesario comprometerse con la existencia de propiedades esenciales en los objetos, y dice que incluso si las hubiera, la tesis que él defiende no exigiría que se descubrieran esas condiciones para preguntarse por la designación rígida, puesto que al buscar ésta última en los mundos posibles no se espera encontrar que la cosa exista con ciertas cualidades en todos ellos, sino que el nombre refiera rígidamente a esa cosa. Su tesis esencialista, según manifiesta, difiere de la usual en tres puntos: primero, aunque pueda describirse el mundo en términos de moléculas, no resulta inadecuado hacerlo en términos de entidades mayores; segundo, no se asume que sea posible dar condiciones necesarias y suficientes sobre las composiciones moleculares de las cosas; tercero, esta concepción da criterios de identidad para entidades particulares en términos de otras entidades particulares, no de cualidades (Kripke 1995: 54).

A esta altura podrá verse rápidamente en qué puntos la tesis kripkeana difiere de todo el marco teórico utilizado previamente por Laclau, ninguno de sus conceptos previos e influencias filosóficas puede compatibilizarse con la tesis causalista o con la tesis esencialista. Respecto al tema de este trabajo, es manifiesta la postura anticausalista y antiesencialista de Wittgenstein, pero ¿qué dice éste acerca de los nombres propios?

El principio de indeterminación ontológica señala la imposibilidad de hallar entidades lingüísticas definidas con necesidad y rigidez. Los límites del lenguaje son arbitrariedades que, con suerte, gozan de cierto sentido al estar dirigidos por los usos habituales y los juegos de lenguaje habilitados por las formas de vida. La palabra no tiene significado si nada le corresponde (IF, §40), por lo tanto, la variación entre los mundos posibles parece una especulación ficticia que ningún significado revela puesto que no tiene uso alguno, sus conclusiones son ilegítimas. El nombrar, según Wittgenstein, se nos presenta como una extraña conexión entre la palabra y el objeto, pero la búsqueda de este lazo en cualquier lugar salvo la empiria y la contingencia resulta infértil: no hay lazo causal que vincule las palabras con los objetos que designan. La asignación de una palabra a una determinada cosa es contingente, pero en su contingencia no es menos necesaria, todas las cosas gozan de una nomenclatura arbitraria que sólo tiene sentido dentro del mismo lenguaje. A esta asignación

se refiere Wittgenstein con la noción de *bautismo* que recupera Laclau: “Nombrar aparece como una *extraña* conexión de una palabra con un objeto. (...) Pues los problemas filosóficos surgen cuando el lenguaje *hace fiesta*. Y *ahí* podemos figurarnos ciertamente que nombrar es un acto mental notable, casi un bautismo de objeto.” (IF, § 38)

El argumento wittgensteiniano que contradice explícitamente el causalismo, el esencialismo metafísico de individuos y la noción de designadores rígidos de Saul Kripke y que, en consecuencia, vuelve inaceptable la inserción kripkeana de Laclau en su obra, junto al marco teórico anterior es el desarrollado en el siguiente pasaje:

¿Tiene entonces el nombre «Moisés» un uso fijo y unívocamente determinado para mí en todos los casos posibles? - ¿No se trata de que tengo a mi disposición, por así decirlo, toda una serie de apoyos y estoy dispuesto a apoyarme en uno si se me llegara a retirar el otro, y a la inversa? (IF, § 79)

El nombre propio es la operación de bautismo por excelencia y la decisión lingüística en su máxima arbitrariedad máxima. El afecto que imprime genera un efecto performativo en el que la persona parece tener también una *extraña* conexión con su nombre: la forma en que alguien se llama es su nombre y es su modo de ser llamado, el nombre constituye lo que es y da la posibilidad del más íntimo uso performático. El nombre como bautismo tiene la función ilocutiva retrospectiva de esencializar la contingencia a través de una ilusión afectiva. Sin embargo, este lazo supuestamente esencial es quimérico, puesto que nombrar es como fijar un rótulo en una cosa (IF, § 26). Si bien nombrar y describir no son lo mismo, estas categorías no son excluyentes: dado que nombrar es una preparación para poder describir (IF, § 49) y esta descripción, como cualquier otra, no puede funcionar como un designador rígido puesto que la univocidad de su sentido no está asegurada, puede interpretarse de diversas formas:

Cuando explico ostensivamente un nombre de persona, él podría considerarlo como nombre de un color, como designación de una raza e incluso como nombre de un punto cardinal. Es decir, la definición ostensiva puede en *todo* caso ser interpretada de maneras diferentes. (IF, § 28)

Wittgenstein dice que las definiciones ostensivas explican el significado de la palabra cuando los hablantes ya saben qué rol juega esa palabra en el lenguaje (IF, § 30), esto incluye a los nombres propios. Las palabras no tienen significado si nada le corresponden y en tanto rótulos para describir no deben confundirse con las cosas a las que fueron asignadas:

(...) la palabra no tiene significado si nada le corresponde. - Es importante hacer constar que la palabra «significado» se usa ilícitamente cuando se designa con ella la cosa que 'corresponde' a la palabra. Esto es confundir el nombre con el *portador* del nombre. (IF, § 40)

La postulación de cualquier tipo de causalismo o de esencialismo metafísico de individuos quedaría anulada en el contexto filosófico wittgensteiniano en que no hay metalenguaje o plano trascendente, una teoría de designadores rígidos también. Si no existen esencias invariables, realidades ulteriores a los fenómenos, palabras unívocas en todo espacio, cultura y lugar, ni sentido fijo frente al uso ¿a qué realidad podrían anclarse los designadores rígidos?

Pero ¿por qué Laclau adheriría al esencialismo kripkeano si éste sería incompatible con su marco teórico previo? Según él, una traducción de estos argumentos a la terminología saussureana sostendría que el descriptivismo establece una correlación fija entre significante y significado, mientras que el antidescriptivismo supondría una emancipación del significante frente a cualquier significado; de esta categorización resultaría que sus argumentos anteriormente desarrollados se ubicarían en el antidescriptivismo (Laclau 2014a: 132).

A mi juicio, Laclau tiene una comprensión equivocada de la postura antidescriptivista. El antidescriptivismo constituye una tesis al interior de una concepción determinista del significado que sostiene que es falso que todas las expresiones del lenguaje en su significado requieran algo más que la apelación a referentes. Si puede apelarse a éstos, es porque el vínculo entre la palabra y los objetos está asegurado, por lo tanto, el antidescriptivismo no puede no pertenecer al determinismo semántico como tesis mayor.

Tras tomar posición dentro de la oposición descriptivismo-antidescriptivismo, Laclau cita a Žižek y sus palabras parecen discutir la coherencia del antidescriptivismo kripkeano con sus propias tesis antiesencialistas. El problema básico de esta postura sería dilucidar cuál es el fundamento del esencialismo metafísico de individuos, es decir, cuál es el elemento que hace

al objeto idéntico a sí mismo a pesar del cambio de todas sus propiedades, o cómo concebir el correlato objetivo del designador rígido. Al respecto, sostiene Žižek:

Lo que se pasa por alto, al menos en la versión estándar del antidescriptivismo es que el hecho de garantizar la identidad de un objeto en todas las situaciones contrafactuales -a través de un cambio de todos sus rasgos descriptivos- es el efecto retroactivo del nombrar: es el nombre mismo, el significante, el que sostiene la identidad del objeto. (Laclau 2009a: 133)

La cita de Žižek es traída a colación por el mismo Laclau simplemente para desestimar su posición, argumentando que la solución žižekiana supone premisas ontológicas que son incompatibles con el antidescriptivismo ¡Pero justamente eso es lo que Žižek quiere discutir, que existan entidades ontológicas que puedan funcionar positivamente como premisas para el antidescriptivismo kripkeano! Es decir, Laclau entiende que el pensador esloveno debería discutir dentro del marco teórico kripkeano, pero justamente lo que éste intenta hacer es discutir las bases de este mismo marco teórico.

A mi juicio, la crítica de Žižek no sólo es acertada, sino que su argumento sería más coherente con la teoría laclausiana que la posición misma de Laclau. Es decir, la defensa de la tesis kripkeana no resulta coherente con el antiesencialismo identitario supuesto por Laclau, así como tampoco resulta coherente con los autores que él mismo retoma como mentores de su obra tal como Wittgenstein, Lacan o Derrida. Resulta curioso que el mismo Laclau vea este desacuerdo y lo deje pasar, como cuando dice que Kripke no reconocería la validez de este problema puesto que “la suya no es -como la de Lacan- una teoría de la productividad del nombrar, sino de una designación pura en la que el referente -la X de Žižek- es simplemente dado por sentado” (Laclau 2009a: 133). Reconocer esta discrepancia, no debería significar para Laclau sólo una diferencia con Lacan o con Wittgenstein, sino también una incoherencia con su propio discurso, puesto que tomar en préstamo conceptos de otros autores muchas veces implica tomar también otras premisas supuestas en su desarrollo.

No obstante, pareciera que el mismo Laclau sabe que la tesis kripkeana no puede llevarlo lejos por lo que, luego de enunciarla so pretexto de disputar con Žižek la exégesis del concepto *point de capiton*, vuelve a la idea de la dimensión performativa del nombre para explicar las identidades populares. El último guiño para Kripke está dado en RP a raíz de una

suerte de genealogía de la filosofía del lenguaje que Laclau decide ponderar: “desde el descriptivismo clásico hasta Lacan, podemos ver un movimiento del pensamiento en una dirección clara: la creciente emancipación del orden del significante. Esta transición también puede ser presentada como la autonomía de la nominación.” (Laclau 2009a: 135).

Esta sentencia vuelve a reflejar, a mi juicio, que Laclau no comprende adecuadamente el antidescriptivismo. Saber que ésta es una tesis al interior del determinismo semántico, equivaldría mínimamente a complejizar esta supuesta genealogía, ya que el camino no sería tan lineal. Primero, no es cierto que el antidescriptivismo en tanto determinismo semántico se ubique en la misma línea que el psicoanálisis lacaniano cuya semántica es indeterminista. Segundo, podría interpretarse la genealogía laclausiana comprendiendo que la historia de la filosofía del lenguaje presenta en líneas generales un tránsito desde el determinismo hacia el indeterminismo semántico, lo cual podría ser problemático por presentar una visión historiográfica lineal y unidireccional como la entendida por la vieja historia de las ideas, sin embargo aún con salvedades, no es cierto que el antidescriptivismo pueda considerarse al inicio de esta genealogía puesto que la obra de Kripke es aún posterior a la de Lacan. Al respecto, me gustaría arriesgar una hipótesis de lectura sobre la postura de Laclau: su errada comprensión sobre el antidescriptivismo enfatiza la importancia de los nombres de las cosas frente a las cosas mismas, haciéndole pasar por alto la íntima conexión que éstos tienen en dicha teoría, de este modo, ignora el causalismo y el esencialismo que dicha tesis implica, como también su pertenencia a la corriente determinista.

Puntos nodales y significantes: nombrar es como fijar un rótulo en una cosa

Tras salir del embrollo kripkeano, Laclau destaca cuatro puntos a considerar sobre su teoría semántica: primero, el punto nodal tiene una función principalmente articuladora como posible identificación equivalencial entre elementos democráticos; segundo, a diferencia de Žižek que sostiene que el *point de capiton* expresa plena vacuidad, Laclau sostiene que éste no equivale al ruido de un simple significante sin significado, sino al punto constitutivamente irrepresentable, que pese a su vacuidad “puede ser significado porque es un vacío *dentro de la significación*” (Laclau 2009a: 136), la ilegitimidad de la dicotomía plenitud-vacuidad puede ejemplificarse en el análisis de las identidades populares como significantes vacíos dado que éstas se constituyen totalizando el campo popular a través de la elevación de un contenido parcial que representa la universalidad inconmensurable; tercero, la articulación entre

universalidad y particularidad constitutiva de la lógica popular (hegemónica) no sólo opera en las palabras sino también en las prácticas, los puntos nodales no son sólo operaciones verbales, según Laclau, esta idea de discurso es cercana a los juegos de lenguaje wittgensteinianos (Laclau 2009a: 137-138); y cuarto, si la homogeneidad social constituye lo simbólico (o la lógica de la diferencia), la heterogeneidad puede surgir de dos maneras: cuando una demanda social excede lo representable en el sistema y por ende no puede ser satisfecha, o cuando las demandas insatisfechas por la dislocación del sistema guardan relaciones mutuas entre ellas pero no pueden homogeneizarse sin un nombre que las una.

En relación a estos puntos, pueden darse cuatro explicaciones wittgensteinianas *ad hoc*: primero, el punto nodal puede pensarse bajo la metáfora de la caja de herramientas, los significantes para la identificación popular pueden *hacer* distintas cosas, unir las demandas, hacerlas operativas, darles impacto, generar nuevas equivalencias, etc.; segundo, respecto a la discusión sobre la plenitud o vacuidad de la universalidad y cómo se configura respecto a la particularidad, retomo el análisis de Zerilli que sostiene que una virtud de Laclau es el desmantelamiento del binomio universalismo-particularismo bajo la interpretación wittgensteiniana de estos términos como juegos de lenguaje que configuran la política (Zerilli 2008: 119)⁵⁰; tercero, el mismo guiño a la noción de juegos de lenguaje da cuenta de la inserción del lenguaje en los ámbitos institucionales, las prácticas materiales y las formas de vida para el uso y modificación del lenguaje; y cuarto, la idea de homogeneidad relacionada a lo simbólico remite al acuerdo de formas de vida, mientras que la heterogeneidad remite a su desacuerdo. Respecto a lo último, hay un modo de heterogeneidad en que la demanda excede al plano simbólico, es decir, no encuentra una representación plausible dentro de las formas de vida actuales, pero también existe otra forma de heterogeneidad en la que las relaciones entre demandas ya no expresan una diferencia inasimilable en el discurso sino la disolución del discurso como tal, la dislocación de lo social abre la posible emergencia de un nuevo discurso que pueda simbolizar la diversidad de prácticas y formas de vida existentes.

Recapitulando, para comprender la función de nominación laclausiana se debe saber que: 1. el populismo representa una *lógica política* y no un tipo de movimiento o ideología; 2. la eclosión del *pueblo* como sujeto político precisa que las demandas aisladas se unan como cadenas de equivalencias formando fronteras antagónicas mediante una construcción

⁵⁰ En este trabajo ver páginas 106-107.

discursiva; pero 3. como en la conversión de dichas demandas a la cadena equivalencial no hay una transición lógica, dialéctica o semiótica, debe intervenir un elemento radicalmente nuevo, a saber, el *nombre*; para eso 4. se requiere del *afecto* en su significación:

No hay ninguna posibilidad de un lenguaje en el cual las relaciones de *valor* se establecieran solamente entre unidades *formalmente* especificables. Así, se requiere el afecto si la significación va a ser posible. Pero llegamos a la misma conclusión si consideramos el asunto desde el lado del afecto. El afecto no es algo que exista por sí sólo, independientemente del lenguaje, sino que sólo se constituye a través de la catexia diferencial de una cadena de significación. Esto es exactamente lo que significa "investidura". (Laclau 2009a: 142-143)

El nombre precisa establecerse como un significante entre otros, pero también precisa del afecto. Sin embargo, no es solamente eso lo que sostiene Laclau en el citado pasaje, también dice lo siguiente: el lenguaje no goza de un sentido más profundo al del proceso contingente de la misma significación, por eso, precisa del respaldo afectivo para establecer lazos de valor; además, el afecto tampoco goza de un sentido independiente al lenguaje, por lo que necesita del proceso de significación para inscribirse con sentido en el mismo.

En este punto, el análisis de Laclau acude al psicoanálisis lacaniano para explicar el afecto. Sobre la tesis freudiana del vínculo primario madre-hijo y su posterior complejización a través del complejo de Edipo, Lacan sostiene que el vínculo maternal en tanto cosa perdida (*la Cosa*) no es una imposibilidad del pensamiento sino un vacío del ser, sin embargo, el *goce* no se pierde totalmente porque subsisten rastros de él en la sublimación que convierte a los *objetos parciales* en nuevas totalidades o principios estructurantes:

La totalidad mítica, la díada madre/hijo, corresponde a la plenitud no alcanzada, evocada -como su opuesto- por las dislocaciones ocasionadas por las demandas insatisfechas. La aspiración a esa plenitud o totalidad, sin embargo, no desaparece simplemente, sino que es transferida a objetos parciales que son los objetos de las pulsiones. En términos políticos, esto es exactamente lo que hemos denominado una relación hegemónica: una cierta particularidad que asume el rol de una universalidad imposible. (Laclau 2009a: 147)

La analogía psicoanalítica revela la estructura sublimadora y afectiva del lenguaje como un aspecto de vital importancia para la política. La parcialidad del *petit objet a* lacaniano no es el resultado de una única narrativa sino que es inherente a la estructura de significación que lo contiene, esta operación en la que el todo no puede representarse sino que es encarnado por una parte es, para Laclau vía Lacan, un elemento clave de la ontología social. Esta forma ontológica que se revela en la imposibilidad de alcanzar la plenitud social, propone dotar de investidura a los objetos parciales de la sociedad como pueden ser las figuras o símbolos, a través de la *sublimación*, es decir, elevándolos a la dignidad de la cosa. Estos *objetos parciales* serían los nombres de la ausencia de esta misma totalidad inalcanzable.

La forma en que una totalidad lingüística debe expresarse bajo la forma del contenido particular totalizado sucede según una operación que también podría entenderse como wittgensteiniana: al no haber metalenguaje, no es preciso apelar a la existencia de alguna entidad extralingüística para justificar un universal que dé sentido a la práctica de nombrar, sino simplemente al uso de los nombres en los juegos de lenguaje, que en última instancia, siempre responden a la particularidad expresada en la contingencia de las formas de vida.

Una aclaración pertinente que realiza Laclau sobre el nombramiento y el afecto es la siguiente: la unidad del pueblo, es decir, de los sujetos populares en la cadena equivalencial, se da en el nivel nominal y no en el conceptual, puesto que éstos nunca dejan de expresar su singularidad dentro de la unidad totalizante. Esta particularidad es la que establece límites entre demandas, lo suficientemente rígidos para operar distintivamente y lo suficientemente endebles como para desdibujarse entre demandas excluibles y abarcables abriendo la posibilidad al cuestionamiento permanente (Laclau 2008a: 151). No es sólo en la nominación donde podemos entender las cadenas de equivalencias como juegos de lenguaje, sino también en su tensa relación con la idea de límites, “¿pues de qué modo está cerrado el concepto de juego? ¿Qué es aún un juego y qué no lo es ya? ¿Puedes indicar el límite? No. Puedes *trazar* uno: pues no hay aún ninguno trazado” (IF, § 68).

En relación a los límites, deben distinguirse dos operaciones hegemónicas distintas que en ciertos casos se superponen: en primer lugar, está el establecimiento de *significantes vacíos*, que se relacionan con la construcción política, en este caso popular, una vez que la frontera antagónica se da por sentada con relativa estabilidad; y, en segundo lugar, tenemos el establecimiento de *significantes flotantes*, que aprehenden conceptualmente la lógica de los desplazamientos de esa frontera. Aunque en determinados momentos una operación

podiera prevalecer frente a otra, no podría predominar una sola, puesto que una frontera de significación no puede ser completamente estable e inmóvil, pero a su vez, la flotación de los elementos sin fijación relativamente estable no podría darse (Laclau 2008a: 167-168).

También el uso del lenguaje en Wittgenstein presenta esta ambivalencia: por un lado, el uso posible, entendido como permitido pero también como pensable, está configurado como una pseudoestructura relativamente estable formada por la sedimentación de usos anteriores y códigos expresados por las formas de vida; pero, por otro lado, el carácter abierto de esa pseudoestructura se revela en la permeabilidad de sus fronteras, posibilitando nuevos usos lingüísticos que influyan en el surgimiento de nuevas formas de vida.

La ruptura que supone la heterogeneidad social es aún mayor que la implicada por el antagonismo: la exclusión antagónica precisa de inscripciones discursivas, pero la heterogeneidad no sólo necesita una exterioridad dentro de un espacio de representación sino del espacio de representación mismo, su diferencia con cualquier tipo de diferencia es que ésta precisa de un espacio común que la heterogeneidad social precisamente no tiene (Laclau 2009a: 176). Algunas diferencias fundamentales en política son: primero, la frontera antagónica involucra la idea de una alteridad heterogénea dialécticamente irrecuperable por la que conceptos como “pueblo” se resisten a la integración simbólica, mientras que la heterogeneidad no supone una alteridad antagónica sino un pluralismo de particularidades; y segundo, mientras que el antagonismo supone sectores generados por cadenas equivalenciales y enfrentados entre sí, la heterogeneidad supone un extremo particularismo que impide a ciertas demandas incorporarse a cadenas equivalenciales (Laclau 2009a: 191).

Es precisamente la construcción de tipo antagonista, y no la recuperación conceptual de la heterogeneidad, la que el populismo lleva a cabo. Este fenómeno definido como lógica política, no expresa ideología o movimiento, sino la forma de lo político por antonomasia. La riqueza del populismo entendido de esta manera radica en la forma no restringida de definición: como lógica otorga un mapa conceptual de lo político que sirve para analizar las distintas construcciones hegemónicas, sus cadenas componentes, sus antagonismos, los significantes vacíos con que construyen su identidad y los significantes flotantes en disputa en el campo político. Sin embargo, la misma amplitud del fenómeno populista constituye su principal problema teórico: si el populismo expresa por excelencia la lógica política ¿qué es lo propio del populismo que no tiene cualquier otra forma de política? ¿Cuál sería la política no populista? ¿En qué se diferencian sus cadenas de equivalencia de otra forma de hegemonía?

¿La diferencia está solamente en la apropiación del significante “pueblo”? En relación a esto dice Laclau: “No existe ninguna intervención política que no sea hasta cierto punto populista. Sin embargo, esto no significa que todos los proyectos políticos sean igualmente populistas; eso depende de la extensión de la cadena equivalencial que unifica las demandas sociales” (Laclau 2009a: 195), su respuesta no responde a dichos interrogantes y no ha convencido a todo el arco de teóricos de la filosofía política, humildemente digo, tampoco a mí.

A mi juicio, el mayor logro de RP en relación a la filosofía del lenguaje y su relación con la política radica en la explicación del vínculo social de identificación y el surgimiento del pueblo a través del uso de significantes vacíos. En relación a sus trabajos anteriores, en RP la teoría de los significantes vacíos está puesta al servicio de la construcción discursiva y hegemónica del pueblo, permitiendo comprender más a fondo el elemento vinculante de las cadenas equivalenciales a través de una profundización de la idea de identificación. En la emergencia del pueblo como sujeto político y en la idea de representación política en sí misma Laclau describe un doble movimiento de estos significantes: por una parte, el significante vacío no tiene la forma de una representación pasiva sobre la cadena de equivalencia, contrariamente, este no es la proyección de una totalidad preexistente sino que añade un sentido importante retroactivamente a la misma; por otra parte, dado que el significante vacío opera como punto identificador para todos los eslabones de la cadena de equivalencia, no puede tomar autonomía de ellos, debe representarlos efectivamente (Laclau 2009a: 204-205). De alguna forma, la palabra añade una dimensión cualitativamente relevante a la cadena equivalencial, genera aquello que Wittgenstein describía como la extraña conexión del nombre con la cosa (IF, § 38), pero a su vez, la palabra en sí misma no remite a una idea ulterior como para desligarse de la materialidad que representa.

Gramática y democracia: Uno de los muchos órdenes posibles, no el orden

La lógica populista no sólo representa por antonomasia la lógica de lo político, su formación discursiva y la frontera antagónica de la hegemonía, sino que además, sostiene Laclau, la construcción de un pueblo es condición necesaria para la democracia, “sin la producción de vacuidad no hay pueblo, no hay populismo, pero tampoco hay democracia” (Laclau 2009a: 213). Al respecto, en *La paradoja democrática*, Chantal Mouffe sugiere que una perspectiva wittgensteiniana permite reconocer que la democracia no necesita una teoría de la verdad ni la imposición de conceptos y valores universales, sino de una pluralidad de prácticas y

movimientos con el objetivo de construir persuasivamente hegemonía: convencer a los demás de ampliar su compromiso con los otros construye una sociedad más inclusiva (Mouffe 2009, 65-66). Según Horacio Martínez, la pluralidad wittgensteiniana por la que existe una identificación subjetiva *a posteriori* se beneficia del agonismo de Mouffe, a lo que yo agregaría también que se beneficia del populismo de Laclau, puesto que el componente antagónico permite pensar la pluralidad a través del poder, la fuerza y la hegemonía:

Pensar las prácticas efectivadas en los “juegos de lenguaje” junto con la noción foucaultiana de “régimenes de verdad” y las prácticas jerárquicas que los atraviesan, fortalecería una concepción democrática donde la pluralidad no sea, ingenua o perversamente, tomada como un “bien en sí”. (Martínez 2017: 13)

Aletta Norval destaca también los aportes de Wittgenstein para la teoría democrática. La gramática expresa el sentido del mundo y, aunque no sea en sí misma responsable de los hechos, determina qué relatos cuentan como posibles descripciones de las cosas, en ese sentido puede decirse que es autónoma, puesto que no puede ser falsificada ni ser correcta o incorrecta en sí misma (Norval 2006: 231). Sin embargo, su autonomía no la deja exenta de transformaciones o críticas puesto que puede desafiarse, Norval da un ejemplo: existen diferentes concepciones del concepto “libertad”, las dos acepciones más conocidas serían la noción de libertad negativa entendida como no-interferencia y la noción de libertad positiva entendida como libre albedrío o capacidad para realizar una acción con autonomía, el modo en que se cuestiona un concepto político central limita su uso ad hoc. En un contexto de malestar frente a la hegemonía neoliberal, una concepción positiva de la libertad como capacidad para realizar acciones emparentada con la igualdad de oportunidades tendrá un lugar central frente a la noción de no-interferencia, tal descontento sería susceptible de falsificación lingüística o de constatación a través de pruebas empíricas, sino que opera a la manera deconstructiva. El desafío a la gramática imperante consiste en revelar las prácticas y formas de vida concretas que se han descartado hasta alcanzar el significado actual: desafiar la reificación del lenguaje o el discurso hegemónico precisa un análisis genealógico. Según Norval, Wittgenstein arroja luz en su compromiso con el tratamiento de los problemas filosóficos y en su explicación del cambio de perspectiva gramatical (Norval 2006: 232).

En relación a la primera cuestión, el compromiso con el tratamiento de los problemas filosóficos, es importante destacar que esa tarea de Wittgenstein no consiste en eliminar la ambigüedad o incertidumbre en el lenguaje natural resolviendo los asuntos con definiciones, sino desmitificando la gramática en su relación con la praxis humana. Aquí, los conceptos políticos no precisarían de definiciones que acotaran su sentido, sino que un análisis fructífero de los mismos debería recoger las distintas acepciones de los términos y su relación con las prácticas, demandas y valores concretos en que se inscriben. El abordaje de la filosofía como empresa que da forma a la vida hace hincapié en la continuidad lingüística con la vida cotidiana y destaca su carácter transformador (Gakis 2018: 236). Este potencial transformador de la filosofía como terapia en tanto actividad orientada a disolver las limitaciones del lenguaje entendido en un sentido rígido y acotado, puede emparentarse al método genealógico de Nietzsche y Foucault, cuya finalidad pragmática consiste abordar nuestra exposición a formas de “cautiverio no-físico” (Owen 2003: 82), es decir, padecer las ataduras a la supuesta rigidez del lenguaje en borramiento de su nexo con las formas de vida.

En relación a la segunda cuestión, la explicación wittgensteiniana del cambio de perspectiva en relación al cambio gramatical, muestra que en nuestras prácticas lingüísticas mostramos una familiaridad inquebrantable que indica una profunda asimilación con las mismas y el cambio de perspectiva sucede al percatarse de que un objeto o situación puede verse de distinto modo. El ejemplo de la ilusión óptica pato-conejo, popularizada por la psicología de la *Gestalt*, mencionado en las IF como *cabeza-C-P* (IF, XI, p. 415-416) muestra cómo lo que siempre se vio de un modo puede comenzar a verse de otro: “La expresión del cambio de aspecto es la expresión de una *nueva* percepción, junto con la expresión de la percepción inmodificada” (IF, XI, p. 419). El cambio de perspectiva de un aspecto se relaciona con tener y/o dar una visión en que los objetos, palabras o reglas se relacionen con otros objetos, palabras o reglas con sentido, por lo tanto, *ver* algo en un contexto diferente permite dar un nuevo sentido a las cosas. Norval señala que tanto el uso del lenguaje creativo como los cambios de aspectos aportan al cambio lingüístico que moldea la subjetividad y lo político: que las cosas ya no se vean iguales, es decir, que no podamos verlas sino distintas, no significa que deba negarse la perspectiva o el hecho pasado, por el contrario, depende del mismo

pasado cómo las cosas se reorganizan y resignifican⁵¹. Este énfasis en la reordenación es lo que permite pensar el cambio lingüístico y político entre la continuidad y la ruptura radical (Norval 2006: 238).

La amplitud de perspectivas que abre esta gramática constituye, sin lugar a dudas, uno de los aportes centrales de la filosofía wittgensteiniana en favor de una política democrática. La conciencia de multiplicidad y la pluralidad implícita en los distintos puntos de vista podría fomentar una mayor apertura democrática en la vida política, aunque, según Norval, esta no es una consecuencia necesaria. El trabajo de Norval resulta sumamente importante para pensar la filosofía del lenguaje de Wittgenstein y la política democrática, profundizando algunas observaciones iniciadas por Laclau en relación al discurso, la equivalencia, la diferencia y la heterogeneidad social. Para ella, los cambios en la identificación política democrática implican un cambio de perspectiva de la propia subjetividad y de ésta en relación con los otros en un conjunto de prácticas más amplias, lo que abre un abanico de interrogantes que no han sido necesariamente desarrollados por Wittgenstein, pero pueden darse a partir de su trabajo.

La dislocación permite un nuevo uso lingüístico y nuevas prácticas o formas de vida: el lenguaje, al igual que la política, contiene los recursos para el cambio, pero para establecer nuevas conexiones es preciso reacomodarlos, así, el sentido debe expresar algo nuevo, pero aún inteligible, la explicación del cambio debe evitar los extremos de la completa novedad y el anclaje en lo viejo. Siguiendo el ejemplo del pato-conejo, Norval sostiene que en las IF parecería que la toma de conciencia de un nuevo aspecto se daría intencionalmente al cambiar de perspectiva, voltear la vista aseguraría otro modo de ver que sería difícil aplicar a la política, donde las rearticulaciones perspectivistas pueden ser más inesperadas y creativas, pero no siempre tan voluntaristas. Además, mientras que la cabeza-c-p contiene en sí las imágenes que posteriormente podríamos ver al adoptar otra perspectiva, en el caso de una nueva gramática política los elementos novedosos posibilitan perspectivas futuras, pero no las determinan. En relación a la subjetividad y los modos de identificación, éstos no sólo implican una inteligibilidad lingüística, sino también la posibilidad de hacer propio un lugar, una práctica o pertenencia a una comunidad. El cambio de perspectiva en este sentido no sería

⁵¹ Que la reorganización lingüística no siempre resulte de forma inmediata en un nuevo discurso queda claro para el mismo Wittgenstein: "Das al juego de lenguaje una nueva articulación. Lo cual, sin embargo, no quiere decir que ahora siempre se haga uso de él." (Z, § 425)

sólo una nueva forma de mirar, sino también una forma de obrar a través del ejercicio de la propia voz política. Por último, está la cuestión del cambio de perspectiva, la política y la ética: Norval sostiene que, en gramática política, a diferencia de la gramática general ejemplificada por la imagen del pato-conejo, es posible comprender la existencia de otros aspectos y descartarlos por considerarlos moralmente equivocados, es decir, en política uno podría decir “sé que nuestra perspectiva o nuestra práctica es distinta de la de ustedes, pero creemos que la nuestra es mejor y la suya está errada”. A pesar de la existencia de este problema relacionado a la gramática política y la ética, es preciso valorar que el diálogo democrático se basa en el sentido de contingencia de la propia posición y la conciencia inicial de que efectivamente hay otras perspectivas, aunque por supuesto, conocerlas no alcanza para poder sostener todas con la misma valoración (Norval 2006: 243-244).

Si bien los interrogantes que Aletta Norval abre en relación a la gramática política y las IF de Wittgenstein siguen vigentes, creo preciso señalar algunos aportes que Laclau podría realizar a esta cuestión, sobre todo en NR. En relación a la primera cuestión referente a los nuevos usos y prácticas, es cierto que el cambio de perspectiva no es enteramente voluntarista, pero la militancia política se ocuparía de mostrar este otro aspecto de la política ignorado por algunos miembros de la comunidad, la forma en que se manifiesta la opresión del pueblo señalando a los culpables o indiferentes obliga a tomar posición al respecto y en este sentido, la persuasión por medio del afecto y de los argumentos tiene un rol fundamental. El trabajo de formación de las cadenas de equivalencias consiste también en rearticular viejos significados en pos de una nueva interpretación política de los mismos, de modo que los sujetos puedan tener una visión más amplia de las situaciones ya conocidas. En relación a la segunda cuestión referente a la identificación el cambio de perspectiva puede darse en RP de tres maneras: la primera tiene que ver con la formación de las cadenas de equivalencias, las alianzas simbólico-políticas invitan a los sujetos a participar de nuevas formas de ver y resolver sus problemas por medio de la identificación con el líder y/o con otros eslabones de la cadena; la segunda tiene que ver con el efecto performativo de su propia acción, dado que el antiesencialismo identitario supone que no existen identidades esenciales sino modos concretos de identificación, es posible sostener que en el mismo desarrollo de su voz política los sujetos encuentran y adoptan nuevos modos políticos de ser; y la tercera tiene que ver con el aspecto radicalmente nuevo para la subjetividad y la acción que abre la noción de decisión anteriormente desarrollada en relación al problema de las reglas, seguir una regla cuando no

existe instrucción previa para seguirla constituye en sí una novedad que da relativa autonomía a los sujetos. Por último, en relación a la tercera cuestión referente a la ética política, Laclau reconoce que el sentido de contingencia de la propia posición basada en la producción de vacuidad del pueblo es la precondition no sólo para el populismo sino para la misma democracia (Laclau 2009a: 213), pero su concepción de la democracia no anula la posibilidad de continuar el enfrentamiento lingüístico-conceptual por otros medios. El antagonismo, como elemento ineliminable de la sociedad, se basa en la contingencia de la propia posición y la conciencia de que hay otras perspectivas, pero no diluye la pluralidad en la posibilidad de una articulación total que anule las diferencias por medio del conocimiento de las diversas perspectivas puesto que se sostiene la diferencia como rasgo imprescindible. Tanto el populismo de Ernesto Laclau como el *agonismo*⁵² de Chantal Mouffe son modos de expresión democráticos de este carácter antagonista inherentes a toda comunidad.

El modo en que el antagonismo y el ejercicio democrático se configuran tiene que ver con la disputa discursiva que los grupos hegemónicos llevan adelante. La batalla por lo simbólico reconoce la contingencia de la propia posición y la postura ajena, pero por motivos políticos, éticos y estratégicos siempre debe darse en nombre del todo. En la lógica populista, así como en la estrategia hegemónica con objetivo socialista que describían Laclau y Mouffe allá en los ochenta, las fuerzas deben presentar su misma particularidad como encarnación de una universalidad vacía que las trasciende. Más allá de esta descripción como cuestión de hecho, Laclau se ocupa de una cuestión de derecho al legitimar este movimiento político-discursivo:

Por lo tanto, no es el caso de que exista una particularidad que simplemente ocupa un espacio vacío, sino una particularidad que, porque ha triunfado en una lucha hegemónica para convertirse en el significante vacío de la comunidad, tiene un derecho legítimo a

⁵² Siguiendo los aportes de Carl Schmitt, Chantal Mouffe también considera que la división social es un rasgo fundamental de toda comunidad política. Sin embargo, el concepto de antagonismo schmittiano resuena bélico y agresivo para una propuesta democrática, es por eso que la autora desarrolla su concepto de *agonismo*, aceptando la dimensión antagónica del conflicto, pero considerando también su domesticación como un aspecto necesario. Mientras el *antagonismo* schmittiano se basa en una relación amigo-enemigo, el *agonismo* mouffiano es una relación de nosotros-ellos entre adversarios, este último no sólo es compatible con el orden democrático sino que, según Mouffe, es la condición misma de su existencia. Este vínculo de consenso conflictivo se monta sobre una base de acuerdo sobre los principios éticos que dan forma a la asociación política expresando esos valores a través de distintas interpretaciones: “aunque en conflicto, se perciben a sí mismos como pertenecientes a la misma asociación política y participantes de un espacio simbólico común dentro del cual tiene lugar el conflicto” (Mouffe 2016: 27).

ocupar ese lugar. La vacuidad no es sólo un dato del derecho constitucional, es una construcción política. (Laclau 2009a: 214)

La operación que la semántica ejerce en la filosofía política de Laclau en NR se relaciona con la posibilidad que ofrecen la vacuidad y la plenitud, como dos caras de una misma moneda, para pensar la construcción política, como hegemonía, forma de vida y constitucionalidad, es decir, como legitimidad y legalidad.

Conclusión: la importancia de los juegos de lenguaje para la filosofía política en la obra de Laclau

Desde mi lectura de la obra de Wittgenstein y la consideración del análisis llevado a cabo por Marchart sobre pensamiento posfundacional me atrevo a pensar en el filósofo austríaco como posfundacionalista. Su rechazo a la determinación del sentido y su postulación de un principio de indeterminación ontológica permite comprender con claridad los fundamentos contingentes y nunca trascendentes, *a priori*, necesarios y permanentes de la sociedad. La imposibilidad de establecer un orden fijo y cerrado, junto a la necesidad de concebir algún tipo de orden posible y nunca la falta total de él, permite avizorar la historicidad y disputabilidad de los juegos de lenguaje y sus reglas.

En este sentido, considero sugestiva la interpretación de Staten, quien atribuyó a la filosofía wittgensteiniana un carácter deconstructivo al negar la presencia de identidades ideales, ya sea en los sujetos, los objetos, el significado, las palabras o las reglas. Según esta lectura, el lenguaje pertenece a un ámbito social común con independencia de la intención individual de los hablantes de hacerlo significar, dicha comunión no predestina el discurso al consenso ni incluye necesariamente todas las perspectivas. A esto último refiere la figura de exterior constitutivo que sostiene que la unidad de la comunidad de hablantes se mantiene en detrimento de un exterior excluido por una frontera de significación que demarca cuáles son los juegos de lenguaje y las reglas permitidas y cuáles no. Otorgo un lugar central a dicha interpretación puesto que, además de parecerme exegéticamente interesante, la lectura de Staten ha resultado imprescindible para la apropiación crítica que Laclau y la Escuela de Essex han hecho de la filosofía del lenguaje wittgensteiniana.

Podría pensarse que Laclau ofrece tres modelos de hegemonía a través de tres conceptos inspirados wittgensteinianamente: el primero, desarrollado en HyES junto a Mouffe, se relaciona íntimamente con la noción de *discurso*; el segundo, desarrollado en NR, se centra en la categoría de *dislocación*; y el tercero, expuesto en EyD, se lleva a cabo a través de la complejización de la relación entre *universalismo* y *particularismo* y el protagonismo de la noción de *significantes vacíos*.

Respecto al primero, la concepción de las IF que relaciona el lenguaje con las formas de vida influye en la obra de Laclau (y de Mouffe, tanto en sus textos conjuntos como en sus

textos individuales) a través de la noción de discurso. Este último puede definirse como la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora entre elementos cuyas identidades resultan modificadas por la misma práctica lingüística que los evoca. Así como para Wittgenstein el lenguaje excede a las palabras y abarca también el uso de las mismas, para nuestros autores el discurso no debe limitarse al plano oral o escrito, sino que debe comprender las prácticas que simbolizan o sobredeterminan la realidad. Encarnado en el imaginario, la cultura y las prácticas sociales, el discurso varía según tiempo y lugar, y su carácter material señala el entramado con las instituciones políticas y los modos de subjetivación. En este sentido, para Laclau y para Mouffe, son también las formas de vida de una comunidad las que sustentan el sentido de su lenguaje.

La salida a la polémica entre realismo e idealismo que ofrece la noción de discurso se basa en una disolución de los términos “mundo” y “lenguaje” entendidos, nunca como entidades metafísicas, sino como categorías analíticas o juegos de lenguaje: la interrelación entre ambos en la idea de discurso demuestra que no hay modo de comprender si una cualidad proviene del lado de uno o de otro, puesto que no sabríamos cuándo estamos fuera del lenguaje, aún si ese lugar pudiera encontrarse. Dicha noción también permite escapar a la dicotomía entre un campo objetivo constituido independientemente del lenguaje y éste último como mental o consistente en el pensamiento: el discurso tiene un carácter material, su expresión en actos perlocutivos, simbólicos, políticos, las disputas por el mismo plasmadas en realidades operantes e incluso institucionalizadas permiten comprender el entretrejo entre la realidad social y la palabra.

La apropiación de las IF, influida por la lectura de la obra de Staten, que realizan Laclau y Mouffe les permite elaborar una concepción de discurso como el resultado de pugnas hegemónicas por la idea de exterior constitutivo: la unidad discursiva de la comunidad de hablantes se mantiene a través de la exclusión de la disidencia como lo externo. Tal frontera de significación basada en la hegemonía y la exclusión establecería un orden entre otros posibles, por lo que el discurso no resulta necesario, pero tampoco arbitrario, puesto que el ordenamiento lingüístico resulta operante aún de modo precario.

Aunque la interpretación de Staten sea tan propia como creativa, considero que el carácter hegemónico del discurso también fue reconocido por el mismo Wittgenstein a través de su sentencia “queremos establecer un orden en nuestro conocimiento del uso del lenguaje: un orden para una finalidad determinada; uno de los muchos órdenes posibles, no *el* orden”

(IF, § 132). Así, fuera por vía Staten, o por una exégesis directa de las IF, podría decirse que la concepción laclausiana del discurso como hegemonía guarda una enorme relación con la postura del pensador austríaco. Que el lenguaje se vincule con las formas de vida no quiere decir que refleje a cada una de ellas, puesto que, así como el lenguaje tiene un orden aproximado que determina cuáles son los juegos de lenguaje apropiados, aceptados o posibles, las formas de vida también se inscriben en el plano simbólico de acuerdo a lo que se espera que ellas sean. Entendido de esta manera, el discurso muestra una cualidad hegemónica que sobredetermina las formas de vida e inscribe las prácticas sociales en un registro de lo posible, lo esperable y lo deseable.

La totalidad discursiva no se da bajo la forma de una positividad fija, sino a través de múltiples lógicas relacionales incompletas y contingentes, en que la transición de elementos a momentos nunca se realiza completamente. El discurso conlleva lo heterogéneo como su huella imborrable, y dado que la totalidad social es imposible y, como la lengua, siempre está abierta, la comunidad de hablantes expresa su legitimidad hegemónica como consecuencia de una pugna por el significado. Si lo social no puede fijarse definitivamente, entonces existe como un esfuerzo constante por producir ese objeto imposible.

La apertura estructural del discurso sin un afuera, los antagonismos que disputan la hegemonía del mismo y las fronteras inestables que los separan pueden analizarse a través de la concepción wittgensteiniana de los juegos de lenguaje y el seguimiento de reglas como acción, experiencia y formas de vida. En su pretendida universalidad, el discurso manifiesta la inscripción de una particularidad, puesto que a falta de fundamentos trascendentes o referentes semánticos necesarios el orden lingüístico establecido nunca es el único posible sino uno entre otros posibles, determinado y contingente. Al no poder representar de modo equitativo todas las particularidades, éste refleja las prácticas impuestas como dominantes. Frente a la imposibilidad de representar todas las formas de vida posibles y existentes, el lenguaje refleja lo que la comunidad se representa a sí misma como su forma de vida.

Considero relevante la idea de juegos de lenguaje y el carácter performativo de los mismos a la hora de comprender la idea laclausiana del *fundamento ausente de la sociedad*: aunque la idea de *arkhé* puede pensarse como el “embrujo” del lenguaje por la máscara de lo profundo, la idea laclausiana del fundamento ausente deconstruye la noción tradicional de principio. Si para Wittgenstein las palabras significan según su uso, la idea de totalidad ausente no debe comprenderse en la obra de Laclau a una esencia a la que términos como “sociedad”

puedan referir, sino a los usos y a los efectos que estos tienen en la construcción política, así, la performatividad del lenguaje como aspecto material del discurso revela los efectos de la concepción del fundamento de lo social en tanto *ausencia* a pesar de su inexistencia como entidad trascendente. En resumen, creo que la idea de negatividad constitutiva debe entenderse como un juego de lenguaje, una expresión poética que designa el modo en que el lenguaje no puede constituirse jamás de forma positiva y definitiva.

Si para Laclau la totalidad social es imposible, el discurso es abierto y la lógica hegemónica es necesaria, esto se debe al antagonismo. En este punto, aunque su visión sobre las identidades subjetivas pueda acoplarse con el anti-esencialismo wittgensteiniano, existen diferencias a destacar: por un lado, para el pensador austríaco el proceso de subjetivación no implica necesariamente una apelación a la negatividad; y por otro, la definición del antagonismo como aquello que “no dice pero muestra” los límites de la objetividad (Laclau y Mouffe 2015: 169) resultaría inadmisibles para el “segundo” Wittgenstein, quien no consideraría la posibilidad de separar lo decible de lo mostrable. Aunque dicha diferenciación entre el decir, el mostrar y el señalar podía tener sentido en la semántica general del TLP, la misma resultaría insostenible para las IF, y, por ende, resultaría también incoherente con el contexto mayor de enunciación de la obra laclausiana que admite explícitamente el marco teórico indeterminista y antiesencialista.

Respecto al segundo modelo de hegemonía presente en la obra laclausiana, la noción de discurso se radicaliza a través de la emergencia de la idea de *dislocación*: al incorporar la idea de crisis y de negatividad como elementos inherentes a la experiencia humana que subvierten lo simbólico, la dislocación remite al carácter contingente o accidental de toda estructura, de toda objetividad. Pienso que esta idea, complejizadora de la anterior concepción de discurso, recupera el aspecto más radical de la propuesta wittgensteiniana sobre el lenguaje: al no haber metalenguaje que justifique el discurso, éste se sostiene únicamente por la confianza subyacente al vínculo intersubjetivo entre todos los miembros de una comunidad; sin embargo, como la unión de la totalidad social es imposible, la confianza absoluta también lo es. La dislocación social radica, a mi juicio, en el carácter trágico de esta paradoja.

En el desarrollo de este concepto, otro aspecto clave en la influencia wittgensteiniana de Laclau es su consideración del problema de las reglas, el cual muestra cómo los juegos de lenguaje o formas de vida influyen en los agentes que participan de ellas constituyéndose a

través de las mismas como sujetos de una práctica. A mi juicio, Laclau realiza una interpretación kripkeana de dicha problemática, puesto que su exposición de la misma desplaza el ataque a las condiciones de justificación hacia un ataque a la idea misma de *significatividad*: no hay metalenguaje, ni esencias ni hechos semánticos que constituyan un parámetro para la verdad, la corrección del lenguaje o la normal aplicación de una regla.

La contingencia del orden discursivo no es un hecho empírico sino constitutivo de la misma estructura: el ejemplo laclausiano de la serie numérica inspirado en las IF revela que la coherencia de una regla nunca se realiza totalmente en la facticidad puesto que ella es *indecidable* y puede transformarse en cada nueva *decisión*. Aquí también, la cuestión de la hegemonía resulta imprescindible para pensar quién tiene el control sobre la imposición y continuación de la regla. Tal interpretación del problema no sólo acuerda con la lectura de Kripke sino también con la de Staten, quien entiende que las reglas limitan, pero no están limitadas y que su indecidibilidad señala la falta de fundamento y muestra cómo en las prácticas sociales existe un quiebre de lo calculable que disloca la práctica misma y fuerza a realizar un *salto* que, según palabras de Wittgenstein, sería la “nueva decisión en cada punto” (IF, § 186). Ante esta indecidibilidad se erige el acto hegemónico, ya sea como ejecución del seguimiento deseado de la regla o como innovación por la que se instala una nueva. Dicho acto no sólo requiere la fuerza de la imposición sino también el consenso a través del cual se construye la legitimidad de las prácticas sociales, para que sus reglas no sean consideradas “incorrectas”, “malas” o “anormales”.

De la indecidibilidad de las reglas wittgensteinianas y la dislocación del discurso como subversión estructural Laclau concluye que toda decisión que desarrolle una posibilidad entre otras será contingente: estas decisiones se toman partiendo desde la estructura, pero nunca determinadas por ella puesto que pueden subvertirla. En resumen, la decisión, siempre contingente, siempre indecible, que suelta las reglas y la supuesta objetividad discursiva se genera y se cimienta por las relaciones de poder.

Al tercer modelo de hegemonía, Laclau llega a partir de la complejización y el tratamiento wittgensteiniano de las ideas de *universalismo* y *particularismo*. Su inquietud sobre si éstas mantienen relaciones de mutua exclusión o si la dicotomía entre un objetivismo existencialista y un subjetivismo trascendental agota la multiplicidad de juegos de lenguaje en torno a lo universal, le permite encarar la cuestión de una manera mucho más creativa que el enfoque metafísico-político tradicional.

La metodología wittgensteiniana se efectiviza en dos movimientos. En el primero, Laclau explora a través de una reducción al absurdo la posición esencialista que parte de exaltar el particularismo puro para demostrar que dicha postura concluye en su par opuesto, la universalidad; la satirización por la cual los elementos apriorísticos que guardan la ilusión de lo peculiar y lo profundo desembocan en falsas soluciones desarma la idea del “súper-orden” de “súper-conceptos” y permite develar aquello que Wittgenstein denominó el “embrujo” del entendimiento por la palabra que abre una brecha entre la exigencia teórica y los conflictos reales. Tras desarmar la problemática metafísica y concebirla como un pseudoproblema, en el segundo movimiento, Laclau abandona el análisis esencialista para exponer la cuestión en su dimensión concreta, viendo cómo las figuras de la particularidad y la universalidad efectivamente aparecen en el discurso político configurando distintos tipos de juegos lingüísticos; en este paso no se busca la clarificación de los conceptos sino la desmistificación de los mismos, dado que a pesar de la uniformidad aparente de ambos términos filosóficos, la universalidad y la particularidad son pensadas por Laclau a través de sus distintos usos en el discurso político.

A través de ambos movimientos de cuño wittgensteinianos Laclau concluye una nueva relación entre particularidad y universalidad: lo universal se revela como el símbolo de una plenitud ausente (la sociedad, la totalidad, el lenguaje significativamente cerrado, el consenso absoluto o la comunidad reconciliada consigo misma) y lo particular aparece como el mismo movimiento contradictorio de afirmar una identidad diferencial y de anularla a través de su inclusión en un medio no-diferencial (es decir, en una cadena equivalencial). Siguiendo a Zerilli, considero que la mayor virtud de este análisis consiste en ofrecer una alternativa al binarismo tradicional del retorno a lo universal en la filosofía política criticando la clásica dicotomía universalismo-particularismo, sin embargo, considero, también junto a ella, que el mismo Laclau no desarrolló plenamente en su teoría las nociones adoptadas desde la filosofía wittgensteiniana.

De esta concepción sobre lo universal y lo particular como términos mutuamente imbricados y la necesidad de representar lo imposible, surgen para Laclau los *significantes vacíos*. Estos emergen por la estructuración discursiva en torno a un lugar vacío que resulta de la imposibilidad de producir un objeto que, paradójicamente, es necesario para el sistema mismo. En este tercer modelo de hegemonía, dichos significantes ponen palabras a la totalidad inexistente emergiendo sobre la dislocación estructural del sentido.

La comprensión laclausiana de los significantes vacíos recupera la idea del sentido perceptual, visual, fónico y convencional que determina el sentido habitual en que comprendemos el lenguaje a través de la ponderación de la materialidad del mismo. Si bien los usos futuros de la regla no están determinados causalmente por las aplicaciones anteriores, existe una sensata predisposición a continuar la regla por incidencia del tiempo, del contexto y del entorno. Conocer esta dimensión permite indagar en nuevos usos lingüísticos que permitan fraguar otras reglas apuntando a nuevos horizontes políticos.

Considero que, en su exposición sobre este tema, Laclau podría evitar rispideces resultantes de combinar el marco teórico de Wittgenstein y de Lacan simplificando su posición al explicar la problemática a través de la misma noción, ya conocida y utilizada por él, de los *juegos de lenguaje*. Al respecto, ensayé la siguiente respuesta a la cuestión: como consecuencia de la arbitrariedad del signo, el significante puede vincularse a distintos significados en diversos contextos sin que el término sea equívoco, puesto que en cada momento la significación se realizaría plenamente, y sin que sea ambiguo, de modo que una sobredeterminación o una subdeterminación de significados impidiera su fijación. Dado que la significación está atravesada por una imposibilidad estructural, las palabras no son equívocas ni ambiguas, sino que guardan la posibilidad de expresarse multívocamente en distintos usos y contextos. Así, la idea de juegos de lenguaje permitiría explicar cómo a través de estos, las palabras adquieren distinta significación y capacidad performativa.

Tras la maduración de los tres modelos de hegemonía, Laclau desplazó el núcleo de su interés filosófico-político desde la fundamentación teórica del posmarxismo hacia la reflexión sobre el *populismo* conservando como matriz el análisis del discurso y la preocupación por la búsqueda de una radicalización democrática. Según él, el populismo es una lógica política fundamentalmente retórica basada en una frontera de antagonismo entre dos grupos sociales: “ellos” y “nosotros”.

En su análisis, *retórica* y *catacrexis* se relacionan íntimamente con los conceptos de significantes vacíos y hegemonía: si los significantes vacíos surgen de la necesidad de referir a objetos necesarios e imposibles a la vez, la operación hegemónica será catacrética, puesto que, en ella, una particularidad asume la representación de la totalidad excedente, a modo de sinécdoque (tropos retórico que denomina la parte que representa al todo). Así, la construcción discursiva del pueblo se revela como una operación catacrética y sinecdótica (Laclau 2014a: 96-97). Siguiendo la lectura de Norval considero que la retórica es también un

elemento importante en la filosofía wittgensteiniana, puesto que, junto a la argumentación racional, la persuasión y las inscripciones materializadas del discurso configuran nuestra percepción, es decir, nuestro modo de "ver" el mundo, de configurar prácticas sociales y también de disputar políticamente el discurso (Norval 2007: 125).

La denominación de la plenitud constitutivamente ausente, no sólo le sirve a Laclau para explicar la constitución discursiva del *pueblo* como parte que representa al todo, sino también para interpretar términos como "justicia" o "igualdad", cuyo rol semántico no es de expresar un contenido positivo sino expresar un anhelo en la imposibilidad: en tanto nombran una plenitud indiferenciada no tienen contenido conceptual, no son abstractos, sino significantes vacíos (Laclau 2014a: 136).

En el desarrollo de dicha idea encuentro algunas de las consideraciones lingüísticas más importantes del último trayecto intelectual de Laclau: primero, manifiesta la imposibilidad de establecer límites o definiciones rígidas de los conceptos políticos, puesto que su carácter polisémico y abierto expresa la falta de correspondencia referencial; segundo, esta falta de determinación no sólo está en el lenguaje sino que la realidad misma está indeterminada, la justicia o la igualdad no existen como tales en el mundo porque los hechos no pueden adecuarse a las palabras; tercero, ante esta doble indeterminación, sólo queda abandonar la ilusión de lo peculiar, lo profundo y lo esencial por la cual habría un "superorden" de "super-conceptos"; cuarto, sopesar la idea de justicia o de igualdad frente a la realidad diversa en que existen situaciones con diversos grados y tipos de injusticia y de igualdad permite tener una visión sinóptica de conexiones y gradaciones; quinto, toda enunciación de la plenitud, en tanto refiere a una imposibilidad, se realiza mediante el lenguaje en su performatividad; y sexto, los significantes vacíos son útiles e importantes para la teoría política.

En su exposición sobre lenguaje y populismo, encuentro una incompatibilidad entre el contexto general de enunciación (RP y la obra general de Laclau), su marco teórico mayor caracterizado principalmente por la apropiación crítica de Wittgenstein y Lacan, y la supuesta adhesión al *antidescriptivismo* de Kripke. Según Laclau, sus argumentos sobre el populismo se ubicarían de la mano de la teoría de kripkeana, puesto que una traducción de esta a la terminología de Saussure evidenciaría que el descriptivismo establece una correlación fija entre significante y significado, mientras que el antidescriptivismo supondría una emancipación del significante frente a cualquier significado (Laclau 2014a: 132).

Considero que el autor tiene una comprensión errada sobre este último: el antidescriptivismo constituye una tesis al interior de la teoría *determinista* del significado que sostiene que es falso que todas las expresiones del lenguaje requieran para su significado algo más que la apelación a referentes. Si puede apelarse a estos últimos, es porque el nexo entre palabras y objetos está asegurado, y, por lo tanto, el antidescriptivismo no puede no pertenecer al determinismo semántico como tesis mayor. La defensa de dicha teoría no resulta coherente con el antiesencialismo identitario y la crítica al “súper-orden” de “súper-conceptos” mantenidos por Laclau, como tampoco por los autores que él mismo dice tomar como mentores, como Wittgenstein, Lacan o Derrida.

Según él, “desde el descriptivismo clásico hasta Lacan, podemos ver un movimiento del pensamiento en una dirección clara: la creciente emancipación del orden del significante. Esta transición también puede ser presentada como la autonomía de la nominación.” (Laclau 2009a: 135). A mi juicio, dicha sentencia evidencia la inadecuada comprensión del autor sobre el tema: en primer lugar, no es cierto que el antidescriptivismo en tanto determinismo semántico se ubique en la misma línea que el psicoanálisis lacaniano cuya semántica es indeterminista; en segundo lugar, podría interpretarse la genealogía expuesta por Laclau comprendiendo que la historia de la filosofía del lenguaje presenta generalmente un tránsito desde el determinismo hacia el indeterminismo semántico, lo cual presentaría una visión historiográfica lineal y unidireccional, sin embargo haciendo esta salvedad, no es cierto que el antidescriptivismo pueda considerarse al inicio de esta genealogía puesto que la obra de Kripke es incluso posterior a la de Lacan. Mi hipótesis de lectura al respecto es la siguiente: su errada concepción sobre el antidescriptivismo enfatiza la importancia de los nombres de frente a las cosas, haciéndole pasar por alto la íntima conexión que éstos tienen en dicha teoría, de esta manera, ignora el causalismo, el esencialismo y el determinismo que dicha tesis implica, como también su pertenencia a la corriente determinista.

Sopesando las virtudes y los defectos de RP realizo un balance positivo y considero que su mayor logro radica en la relación que propone entre la filosofía del lenguaje y el surgimiento del pueblo a través del uso de significantes vacíos. Aquí, la teoría de la hegemonía y la tesis de los significantes vacíos están puestos al servicio de la construcción discursiva y hegemónica del pueblo, explicando la vinculación de las cadenas equivalenciales a través de una profundización de la idea de identificación. En la emergencia del pueblo como sujeto político Laclau describe un doble movimiento de dichos significantes: por un lado, el significante vacío

no tiene la forma de una representación pasiva sobre la cadena de equivalencia, por el contrario, este no proyecta una totalidad preexistente sino que otorga retroactivamente un sentido importante a la misma; por otro lado, dado que el significante vacío opera como punto central para los eslabones de la cadena de equivalencia, no puede tomar autonomía de ellos, sino que debe representarlos efectivamente (Laclau 2009a: 204-205). Así, la palabra da una dimensión relevante a la cadena equivalencial, generando aquello que Wittgenstein describía como la “extraña conexión” del nombre con la cosa, sin que la palabra remita a una idea ulterior como para desligarse de la materialidad que representa.

Considero sumamente relevante el trabajo de Norval sobre la importancia de filosofía del lenguaje wittgensteiniana y la política democrática, quien expone y profundiza algunas observaciones efectuadas por Laclau: según ella, los cambios en la identificación política democrática implican una mutación perspectivista de la propia subjetividad y de esta en relación con los demás en un conjunto de prácticas más amplias, abriendo paso a algunos interrogantes que, si bien no han sido explicitados por Wittgenstein, pueden hacerse a partir de su trabajo. El primero tiene que ver con cómo la dislocación de la estructura discursiva permite un nuevo uso lingüístico y nuevas prácticas o formas de vida: el lenguaje y la política tienen un potencial para el cambio, pero para establecer nuevas conexiones es preciso acomodar los elementos discursivos, de modo que el sentido exprese algo nuevo, pero aún inteligible. En las IF, ejemplos como el de la figura pato-conejo, parecería que la concientización sobre nuevos aspectos puede darse intencionalmente al cambiar de perspectiva, pero esto sería difícil de adoptar en la política donde las rearticulaciones no son tan voluntaristas. Además, mientras que la idea del pato-conejo de las IF contiene en sí las imágenes que luego pueden verse al adoptar otra perspectiva, en el caso de una nueva gramática política los elementos novedosos posibilitan perspectivas futuras, pero no las determinan. El segundo asunto relevante se refiere a la subjetividad y los modos de identificación: estos no sólo implican una inteligibilidad lingüística, sino también la chance de familiarizarse con una práctica o una comunidad, por lo que el cambio perspectivista no sólo implica una nueva forma de mirar sino de obrar a través de la propia subjetivación política. Y por último, en la gramática política, a diferencia de la gramática general, pueden comprenderse la existencia de otros aspectos y aun así rechazarlos al considerarlos moralmente malos (Norval 2006: 243-244).

Según Jean-Jacques Lecercle la filosofía del lenguaje dominante se basa en seis principios, a los cuales opone otros seis para construir una filosofía marxista del lenguaje. Mi intención al respecto es doble: en primer lugar, quisiera demostrar cuáles son los supuestos de la obra wittgensteiniana que le permiten ajustarse a este objetivo; y, en segundo lugar, me gustaría explicitar cómo la influencia de ésta puede dar lugar a otra expresión de estos seis contra-principios⁵³.

Los seis principios de la filosofía del lenguaje dominante según Lecercle son: 1. el *principio de inmanencia*, que distingue entre lingüística interna y externa y sostiene que el lenguaje puede estudiarse separado del resto de los fenómenos; 2. el *principio de funcionalidad*, que sostiene que el lenguaje opera a través de funciones, donde la principal es el intercambio informativo; 3. el *principio de transparencia*, que exige que el lenguaje deba adaptarse a la transmisión fácil y eficiente de información; 4. el *principio de idealidad*, que comprende a la lengua como un sistema ideal abstracto; 5. el *principio de sistematicidad*, que comprende al lenguaje como un código fijo, un conjunto de reglas, cuya relevancia no está en su variabilidad sino su sentido sistemático; y 6. el *principio de sincronía*, que sostiene la ahistoricidad del lenguaje como sistema y la importancia de estudiar esta realidad fija frente al cambio lingüístico (Lecercle 2006: 67-69).

Frente a éstos, Lecercle propone otros seis principios que considera útiles a la hora de elaborar una filosofía marxista del lenguaje, estos son: 1. el *principio de no inmanencia*, que afirma la imposibilidad de separar el lenguaje del mundo del que emerge y del que es parte integrante; 2. el *principio de disfuncionalidad*, que sostiene que el lenguaje no es un instrumento a disposición del orador para ser manipulado por él sino una experiencia y una actividad; 3. el *principio de opacidad*, que postula como una ilusión la transparencia del lenguaje entendiendo que el hablante negocia sus expresiones con este último puesto que dice lo que aquel le permite decir, con y en contra del mismo; 4. el *principio de materialidad*, que comprende que la lengua no es separable de su realización en forma de discurso oral o actuación, es decir, que los enunciados de la lengua funcionan como vectores de poder, poseen performatividad o fuerza ilocutiva; 5. el *principio de sistematicidad parcial*, que asume

⁵³ Existe un antecedente de este tipo de vinculación entre los principios propuestos por Jean-Jacques Lecercle como necesarios para la construcción de una filosofía marxista del lenguaje con concepciones no abiertamente marxistas del lenguaje en Penelas, Federico (2006) "Marxismo, pragmatismo y materialismo en la filosofía del lenguaje contemporánea. Lecercle, Brandom y Virno: una puesta en diálogo", en *Dialéctica*, N° 4, pp. 79-97.

un lenguaje ya no como un sistema total (como lo asumiría la abstracción fetichista que le impone el lingüista), sino como un conjunto de subsistemas o sistemas parciales en constante variación, por lo que el lenguaje no sería plenamente caótico ni totalmente sistemático; y 6. el *principio de historicidad*, que sostiene que el lenguaje permanece abierto a la posibilidad de cambio y renovación, puesto que es la huella de un proceso de sedimentación histórica de reglas, convenciones, máximas y significados (Lecerle 2006: 70-72). En principio, me gustaría mostrar de qué manera estos seis contra-principios están presentes en las IF wittgensteinianas, para luego mostrar cómo aparecen expresados en la obra de Laclau.

La manifestación de estos principios en la filosofía de Wittgenstein son: 1. junto al principio de no inmanencia, comprendo la relación entre el lenguaje y las *formas de vida*, puesto que manifiestan la imposibilidad de separar la lengua del mundo del cual emerge y es parte constitutiva; 2. acorde al principio de disfuncionalidad que sostiene que el lenguaje no resulta meramente un instrumento a disposición del hablante sino una actividad, entiendo el tratamiento de las *reglas*, cuya ejecución no es la resolución de un cálculo previamente establecido ni una aplicación posterior a su comprensión sino una actividad, una experiencia de significación, la posibilidad misma de actuar sin guía y tomar una decisión en sí misma; 3. el principio de opacidad que considera la falta de transparencia del lenguaje puede evidenciarse en distintos pasajes de las IF como en los relacionados al “embrujo” del lenguaje, la ilusión de “lo profundo”, los malentendidos que simulan que las proposiciones “hacen algo raro”, influjo de la causación y la fuerza performativa de la palabra, su conexión extraña con los objetos o los problemas filosóficos que surgen cuando el lenguaje “hace fiesta”; 4. el principio de materialidad que postula el carácter performativo del lenguaje puede evidenciarse en aquello a lo que Wittgenstein se refiere cuando habla de *usos* y los innumerables géneros de empleo de las palabras a través de los distintos usos del lenguaje (según él, las palabras no sólo sirven para referir a objetos como supone la teoría ostensiva sino también para dar órdenes y actuar siguiendo órdenes, describir cosas, relatar sucesos, formar y comprobar hipótesis, inventar historias, actuar, traducir, hacer chistes, suplicar, rezar, maldecir, etc.); 5. en relación al principio de sistematicidad parcial que comprende la lengua, no como un sistema total, sino como subsistemas o sistemas parciales en constante variación, la mutabilidad y contextualidad de los *juegos de lenguaje*, su emergencia, abandono, mantenimiento, renovación, cambio, plasticidad, polemicidad y variación incluso dentro de un mismo tiempo, lugar y cultura apuntan a esta noción; 6. acorde al principio de

historicidad que sostiene que el lenguaje también es parcialmente caótico, no porque esté efectivamente desorganizado, sino porque es la huella de un proceso de sedimentación histórica de reglas, convenciones, máximas y significados a lo largo del tiempo, interpreto los rasgos deconstructivos que Staten señala de la obra wittgensteiniana, como el carácter hegemónico del discurso a través de la idea de exterioridad constitutiva, puesto que el lenguaje es la imposición, el mantenimiento y el cambio que resulta de relaciones de poder.

Y tras haber expuesto cómo la apropiación crítica de los conceptos wittgensteinianos por parte de Laclau le permite a éste último desarrollar sus propias ideas para una filosofía política del lenguaje, intentaré demostrar cómo los seis contra-principios de Lecercle pueden realizarse también en la obra de Laclau: 1. la noción de *discurso*, entendida como totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora de elementos cuyas identidades resultan modificadas por la misma práctica lingüística que los evoca, expresa el principio de no inmanencia, puesto que revela la imposibilidad de disociar el lenguaje del mundo en el que emerge; 2. la misma noción de discurso, junto a la *conformación antiesencialista y discursiva de las identidades políticas*, también evoca el principio de disfuncionalidad puesto que revela que el lenguaje no es un objeto distinto y a disposición de los hablantes sino que es parte de su misma constitución, también en la obra laclausiana aparece el señalamiento a las *reglas wittgensteinianas* como un modo, no de usar, sino de actuar, modificar y ser modificado por el lenguaje; 3. el principio de opacidad que niega la transparencia del lenguaje también se expresa en la noción de discurso y su apelación a la concepción lacaniana de lo *real* y del *inconsciente estructurado como lenguaje*, pero también en la construcción discursiva de las identidades, dado que los sujetos no son plenamente conscientes de la sobredeterminación de su actuación y su identificación, en este sentido, los sujetos laclausianos siempre negocian las expresiones con el discurso puesto que aquel les permite hablar con y en contra suyo; 4. el principio de materialidad que explica la intrínseca conexión entre acción y lenguaje de forma que este último exprese fuerza ilocutiva puede evidenciarse en toda la comprensión lingüística laclausiana, desde la materialidad del discurso expresada en formas políticas, instituciones y prácticas, hasta la conformación discursiva de los actores políticos, las cadenas de equivalencias y la nominación del pueblo, pero entiendo que los conceptos clave para el mismo Laclau en relación a la performatividad de la palabra son los de *punto nodal* y *significantes vacíos*, donde el poder material de la palabra no sólo se expresa a pesar suyo sino que puede utilizarse estratégicamente para la acción política; 5. la noción de discurso

laclausiana expresa a la perfección el principio de sistematicidad parcial, puesto que éste no es un sistema cerrado y total sino uno abierto y parcial en constante variación, en este sentido es clave la noción de *dislocación*, puesto que revela que aunque la estructura no es completamente caótica, tampoco es cerrada ni estática, sino inherentemente abierta y atravesada por la crisis, la negatividad y el carácter accidental y contingente de toda formación; y por último, 6. el principio de historicidad se expresa con claridad en la noción de *hegemonía* que muestra que el lenguaje está signado por un proceso de sedimentación histórica de reglas, juegos y significados, puesto que el discurso revela la imposición, la permanencia y la mutación resultante de las relaciones sociales de poder.

A modo de cierre, me gustaría enunciar enfáticamente una conclusión: Laclau realiza una apropiación crítica de los conceptos wittgensteinianos que no consiste simplemente en una asimilación pasiva, sino en una retraducción conceptual a su propia teoría, donde los elementos de las IF se entremezclan con los aportes y los marcos teóricos de otros autores que también sirven de influencia para Laclau. Pensadores como Freud, Lacan, Schmitt, Derrida, Heidegger, Gramsci y Althusser también ejercen una cabal privanza en la obra laclausiana. De sus contribuciones y de la originalidad de nuestro autor para hacer una nueva teoría surge la teoría del análisis del discurso laclausiana que luego, con el desarrollo intelectual llevado a cabo por los discípulos de Laclau, se transformó en la teoría de lo que se conoce como la Escuela del Discurso de Essex.

La interpretación que Laclau hace de Wittgenstein no es neutral, y si bien considero que generalmente y en su mayoría resulta sumamente fructífera, no siempre es, a mi juicio, hermenéuticamente apropiada. Considero necesario insistir en la inadvertencia o la omisión por parte del mismo en relación a la rispidez efectuada por los distintos enfoques teóricos que pretende conjugar. Yerrores como la referencia al “primer” Wittgenstein del TLP en la distinción entre decir y mostrar, las asperezas entre las semánticas de Lacan y Wittgenstein en relación a los puntos nodales y los significantes vacíos, o la incompreensión de la problemática del antidescriptivismo y la teoría de Kripke, no resultan desapercibidos. Emplear conceptos de distintas teorías requiere muchas veces, no sólo de tomar en préstamo algunas ideas, sino de tomar las mismas teorías que las sustentan: la distinción entre lo óptico y lo ontológico propia de la metafísica heideggeriana, el abordaje psicoanalítico lacaniano de lo real, el estructuralismo saussureano en términos de significado y significante, la idea wittgensteiniana

del lenguaje y el antidescriptivismo kripkeano producen por momentos asperezas innecesarias.

Al sopesar la influencia y la apropiación del pensamiento wittgensteiniano en la obra de Laclau, creo que el ejercicio intelectual otorga un saldo sumamente positivo. En relación a su propia lectura de las IF, creo que ideas como la relación entre el lenguaje y las formas de vida y el problema de las reglas resultan de una interpretación compleja y exégesis sumamente fina. Su aplicación hermenéutica de esas lecturas para la comprensión de lo social muestra espontaneidad y agudeza en explicaciones como la interacción entre la lengua y lo social en clave simbólica o el análisis histórico y político a través del problema de las reglas. Algunos elementos tomados por la metodología analítica de la filosofía wittgensteiniana tomados por nuestro autor son: el abandono de la determinación ontológica y la determinación del sentido, el desmedro de lo profundo y el embrujo del lenguaje en favor de su aparición efectiva, la comprensión de las palabras a través de su uso variado tal como muestra la metáfora de la caja de herramientas, la dispersión conceptual y categorial a través de la falta de límites rígidos ilustrados con la analogía de los parecidos de familia, la atención a la materialidad y la performatividad del lenguaje, el énfasis en la interpretación más que en la definición, la problematización de lo simple y lo complejo en la constitución de la realidad, la importancia de la nominación como preparación para el uso y el bautismo de objeto, de los paradigmas en el entendimiento, el papel de la razón y la persuasión en el discurso y la dimensión de los afectos, la comprensión del orden lingüístico no como único sino como uno de los órdenes posibles y la lectura deconstructivista en clave de indecidibilidad y decisión de las reglas. En este sentido, Laclau no sólo es un gran lector de Wittgenstein, conocedor de aspectos delicados y complejos, sino también un hábil hermeneuta de los mismos en su propia aplicación.

A su vez, en la apropiación de algunos de estos conceptos, la complejización a través de sus propias ideas o la mixtura con aportes de otros autores otorga una textura distinta y un giro original a la obra laclausiana. La elaboración de la noción de discurso, fundamental para la obra de Laclau, para la escuela de Essex y el posmarxismo, resulta en este sentido fundamental. Su caracterización a partir de lo simbólico como sobredeterminación a través de la contienda política en términos de hegemonía, y su posterior complejización en la comprensión de su carácter inherentemente abierto y en crisis a través de la noción de dislocación, son usos singulares y creativos para la elaboración de una filosofía (pos)marxista

del lenguaje. La importancia a la nominación, el bautismo de objeto, la construcción discursiva de las identidades y la totalidad social, la importancia a los significantes vacíos y los puntos nodales y el uso performativo de la palabra son elementos esenciales para dicha comprensión.

A lo largo de este trabajo intenté, y espero haber logrado, mostrar la importancia de la filosofía del lenguaje wittgensteiniana para la obra de Laclau y para la filosofía política en general, sobre todo, para la filosofía posmarxista que persigue un objetivo político emancipatorio en la comprensión y tras los derroteros de la historia intelectual del siglo XX. Al igual que Laclau, sus discípulos y continuadores, dentro de los cuales humildemente me gustaría inscribirme, considero que la obra de Wittgenstein permite romper con la ilusión de la metafísica como también con la ilusión de inmediatez del referente y otorga enormes herramientas para analizar los discursos históricos y políticos del lenguaje efectivo. Abandonar la pureza y la lisura del terreno especulativo para encontrar la verdadera fricción del conflicto permite avanzar en la comprensión, el análisis e intentar resolver los problemas mismos

¡Vuelta a terreno áspero!

Bibliografía:

Aguirre Sala, Jorge Francisco (2013) "La visión wittgensteiniana del marco lingüístico explicativo del psicoanálisis freudiano y lacaniano" en *Escritos*, 21, 46, pp. 69-109.

Åkerstrøm Andersen, Niels (2003) *Discursive analytical strategies. Understanding Foucault, Koselleck, Laclau, Luhmann*, Cambridge: The polity press.

Alemán, Jorge (2015) "Laclau y la vocación por construir una ontología política", *Debates y combates, edición homenaje tomo 1*, pp. 79-89.

Alemán, Jorge (2012) "Variaciones para una izquierda lacaniana...", *Debates y Combates, N° 2*, pp. 7-28.

Balaska, Maria (2019). *Wittgenstein and Lacan at the Limit. Meaning and astonishment*, Londres: Palgrave Macmillan.

Balsa, Javier (2015). "Puntos de diálogo entre la teoría de la hegemonía de Laclau y los estudios del lenguaje", ponencia presentada en el I Simpósio pós-estruturalismo e teoria social: o legado transdisciplinar de Ernesto Laclau, organizado por la Universidade Federal de Pelotas, Pelotas (Brasil), 16 a 18 de septiembre de 2015. Disponible en <http://wp.ufpel.edu.br/legadolaclau/files/2015/07/Javier-Balsa.pdf>

Biglieri, Paula y Perelló, Gloria (2012). *Los usos del psicoanálisis en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau*, Buenos Aires: Grama ediciones.

Bloor, David (1996) "The question of linguistic idealism revisited" en Sluga, Hans y Stern, David (1996) *The Cambridge Companion to Wittgenstein*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 354-832.

Butler, Judith (2015) "Laclau, Marx y el poder performativo de la negación", *Debates y combates, edición homenaje tomo 1*, pp.113-139.

Butler, Judith, Laclau, Ernesto, y Žižek, Slavoj (2017) [2000]. *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, trad. C. Sardoy y G. Homs, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Cabanchik, Samuel (2010). *Wittgenstein. La filosofía como ética*, Buenos Aires: Quadrata.

Carver, Terrell (2002). "Marx, Wittgenstein and postmodernism" en Kitching, Gavin y Pleasants, Nigel (eds.) (2002).

Casimiro Lopes, Alice (2014) "No habrá paz en la política", *Debates y combates*, N° 6, pp. 121-143.

Connolly, William (1974). *The terms of political discourse*, Lexington: D. C. Heath and Company.

Crary, Alice (2000). "Wittgenstein's philosophy in relation to political thought" en Crary, Alice y Read, Rupert (eds.) (2000) *The new Wittgenstein*.

Crary, Alice y Read, Rupert (eds.) (2000) *The new Wittgenstein*, Londres: Routledge.

Critchley, Simon, y Marchart, Oliver (2008) [2004]. *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Derrida, Jacques (1997) [1994] *Fuerza de Ley*, trad. A. Barberá del Rosal, Madrid: Tecnos.

Devenney, Mark (2015) "La política del antagonismo", *Debates y combates, edición homenaje tomo 1*, pp. 37-52.

Ferreyro, Esteban (2012) *Wittgenstein y la autonomía del lenguaje: una aproximación a las investigaciones filosóficas*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.

Foucault, Michel (2005) [1970] *El orden del discurso*, trad. de A. González Troyano, Buenos Aires: Tusquets Editores.

Gakis, Dimitris (2018) "The political import of Wittgenstein's Philosophical Investigations" en *Philosophy and Social Criticism*, N° 44, 3, pp. 229-252.

García Carpintero, Manuel (1996) "El argumento de Wittgenstein contra los lenguajes privados" en *Las palabras, las ideas y las cosas. Una presentación de la filosofía del lenguaje*, capítulo 9, pp. 378-4226, Barcelona: Ariel.

Giacaglia, Mirta (2005). "Ch. Mouffe y E. Laclau: una lectura de los aportes de Ludwig Wittgenstein para pensar la idea de democracia radical y plural", *Tópicos Revista de Filosofía*

de Santa Fe, N° 12, pp. 125-136. Disponible en:
<https://www.redalyc.org/pdf/288/28801205.pdf>

Glock, Hans-Johann (1996) "Necessity and normativity" en Sluga, Hans y Stern, David (1996) *The Cambridge Companion to Wittgenstein*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 198-225.

Guerrero, Manuel (2012) "Pensar lo social desde los "juegos de lenguaje" como posibilidad de la democracia: el momento wittgensteiniano en el pensamiento social y político de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe", *Revista Trabajo Social*, N°81, pp. 7-20. Disponible en:
<http://www.pensamientoeducativo.uc.cl/index.php/RTS/article/view/19013/15635>

Heyes, Cressida (ed.) (2003) *The grammar of politics. Wittgenstein and political philosophy*, Nueva York: Cornell University Press.

Howarth, David (2008) "Hegemonía, subjetividad política y democracia radical" en Critchley, Simon, y Marchart, Oliver (2008) [2004]. *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Howarth, David (2015) *Ernesto Laclau. Post-marxism, populism and critique*, Nueva York: Routledge.

Janik, Allan (2003). "Notes on the natural history of politics" en Heyes, Cressida (ed.) (2003).

Karczmarczyk, Pedro (2012). "Wittgenstein, Winch, Kripkenstein y la posibilidad de la crítica", *Cuadernos de Filosofía*, N° 30-31, pp. 7-37.

Kitching, Gavin y Pleasants, Nigel (eds.) (2002) *Marx and Wittgenstein. Knowledge, morality, and politics*, Londres: Routledge.

Koselleck, Reinhart (1993) [1979]. "Historia de conceptos e historia social" en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, capítulo 5, Barcelona: Paidós.

Kripke, Saul (1995) [1980]. *El nombrar y la necesidad*, trad. M. Valdés, México: UNAM.

Kripke, Saul (2006) [1982]. *Wittgenstein a propósito de reglas y lenguaje privado*, trad. J. Rodríguez Marqueze, México: UNAM.

Lacan, Jacques (1981a). "Del significante y el significado" en *El seminario de Jacques Lacan libro 3 las psicosis*, trad. D. Rabinovich, Barcelona: Paidós.

Lacan, Jacques (1981b). "Los entornos del agujero" en *El seminario de Jacques Lacan libro 3 las psicosis*, trad. D. Rabinovich, Barcelona: Paidós.

Lacan, Jacques (2008a) [1966] "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis" en *Escritos 1 segunda parte*, Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Lacan, Jacques (2008b) [1966] "La instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud" en *Escritos 1 segunda parte*, Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Lacan, Jacques (2008c) [1975] "Verdad, hermana de goce" en *El seminario de Jacques Lacan libro 17 El reverso del psicoanálisis*, trad. E. Berenguer y M. Bassols, Barcelona: Paidós.

Laclau, Ernesto (1993) [1990]. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, trad. E. Laclau, Buenos Aires: Nueva visión.

Laclau, Ernesto (1996). *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires: Ariel.

Laclau, Ernesto (1998) [1996]. "Deconstrucción, pragmatismo, hegemonía" en Mouffe, Chantal (comp.) *Deconstrucción y pragmatismo*, trad. M. Mayer, Buenos Aires: Paidós, pp. 97-136.

Laclau, Ernesto (2005). "Populism: what's in a name?" en Francisco Panizza (ed) (2005) *Populism and the mirror of democracy*, Londres: Verso.

Laclau, Ernesto (2006) [2002]. *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Laclau, Ernesto (2011) [2008]. *Debates y combates: por un nuevo horizonte de la política*, trad. de M. Cañadas, E. Laclau y L. Livchitz, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Laclau, Ernesto (2014a) [2005]. *La razón populista*, trad. de S. Laclau, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Laclau, Ernesto (2014b). *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Laclau, Ernesto (2015) [1977]. *Política e ideología en la teoría marxista*, trad. E. Laclau, Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Laclau, Ernesto (ed.) (1994). *The making of political identities*, Londres: Verso.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2015) [1985]. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, trad. E. Laclau, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Lecerle, Jean-Jacques (2006) *A marxist philosophy of language*, trad. inglesa por G. Elliott, Boston: Brill.

Macón, Cecilia (2006) "Pasiones, cambio político y conflictividad esencial: ¿hacia una esfera pública contingente?" en Penelas, Federico y Satne, Glenda (2006) *Gramáticas, juegos y silencio. Discusiones en torno a Wittgenstein*, Buenos Aires: Grama ediciones.

Marchart, Oliver (2008) "La política y la diferencia ontológica. Acerca de lo 'estrictamente filosófico' en la obra de Laclau", en Critchley, Simon y Marchart, Oliver (comp.) *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*, traducción T. Arijón, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Marchart, Oliver (2009) [2007]. *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Moore, Matthew (2004). "The politics of Wittgenstein", *Polity*, vol. 36, N° 4, pp. 665-679. Disponible en: <https://core.ac.uk/download/pdf/19139524.pdf>

Mouffe, Chantal (2001). "Wittgenstein and the ethos of democracy" en Nagl, Ludwig y Mouffe, Chantal (eds.) (2001).

Mouffe, Chantal (2011) [2007]. *En torno a lo político*, trad. S. Laclau, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mouffe Chantal (2012) [2000]. *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*, trad. T. Fernández Aúz y B. Eguibar, Barcelona: Gedisa.

Mouffe, Chantal (2014) [2013]. *Agonística. Pensar el mundo políticamente*, trad. S. Laclau, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Mouffe, Chantal (2016) [2016]. *Política y pasiones. El papel de los afectos en la perspectiva agonista*, Valparaíso: Editorial UV de la Universidad de Valparaíso.

Mouffe, Chantal (2018) [2018]. *Por un populismo de izquierda*, trad. S. Laclau, Buenos Aires: Siglo XXI.

Muñoz, María Teresa (2004a). "El discurso político. Notas para un acercamiento wittgensteiniano", *Signos Filosóficos*, vol. 6, N° 12, pp. 93-115. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/343/34301204.pdf>

Muñoz, María Teresa (2004b). "La relevancia de Wittgenstein para el pensamiento político", en *Andamios*, N° 1, México, pp. 197-231. Disponible en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/anda/n1/n1a9.pdf>

Nagl, Ludwig y Mouffe, Chantal (eds.) (2001). *The Legacy of Wittgenstein: pragmatism or deconstruction*, Frankfurt: Peter Lang.

Norval, Aletta (2006) "Democratic Identification. A Wittgensteinian Approach", en *Political Theory*, vol. 34, N° 2, pp. 229-255.

Norval, Aletta (2007) *Aversive democracy. Inheritance and originality in the democratic tradition*, Cambridge: Cambridge University Press.

Owen, David (2003). "Genealogy as perspicuous representation" en Heyes, Cressida (ed.) (2003).

Penelas, Federico (2006) "Marxismo, pragmatismo y materialismo en la filosofía del lenguaje contemporánea. Lecerclé, Brandom y Virno: una puesta en diálogo", en *Dialéctica*, N° 4, pp. 79-97.

Penelas, Federico (2020). *Wittgenstein*, Buenos Aires: Galerna.

Putnam, Hillary (2001). "Rules, attunement, and 'applying words to the world'. The struggle to understand Wittgenstein's vision of language" en Nagl, Ludwig y Mouffe, Chantal (eds.) (2001).

Rubinstein, David (1981). *Marx and Wittgenstein. Social praxis and social explanation*, Londres: Routledge & Kegan Paul Ltd.

Schmitt, Carl (2009) [1932]. *El concepto de lo político*, trad. R. Agapito, Madrid: Alianza editorial.

Schuster, Federico (2006) "Wittgenstein y la política" en Penelas, Federico y Satne, Glenda (2006) *Gramáticas, juegos y silencio. Discusiones en torno a Wittgenstein*, Buenos Aires: Grama ediciones.

Scotto, Carolina (2019) "'Meaning is a physiognomy': Wittgenstein on Seeing Words and Faces", *Nordic Wittgenstein Review*, 8, pp. 57-91.

Sen, Amartya (2003). "Sraffa, Wittgenstein, and Gramsci", *Journal of Economic Literature*, 41, pp. 1240–1255.

Sinatra, Ernesto (2001) "Ludwig Wittgenstein y los dos tiempos del sinthome" en *Virtualia revista digital de la EOL*, 4. Disponible en: <http://www.revistavirtualia.com/articulos/723/destacados/ludwig-wittgenstein-y-los-dos-tiempos-del-sinthome>

Soage, Ana (2006) "La Teoría del Discurso de la Escuela de Essex en su contexto teórico" en *Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación*, 25, pp. 45-61.

Staten, Henry (1984). *Wittgenstein and Derrida*, Nebraska: University of Nebraska Press.

Staten, Henry (2001) "Wittgenstein's deconstructive legacy" en Nagl, Ludwig y Mouffe, Chantal (eds.) (2001).

Stavrakakis, Yannis (2020) "Laclau y el psicoanálisis: una evaluación" en Stavrakakis, Y. (2020) *El goce político. Discurso, psicoanálisis y populismo*, Buenos Aires: Pluriverso Ediciones.

Temelini, Michael (2015) *Wittgenstein and the study of politics*, Toronto: University of Toronto Press.

Tozzi, Verónica (2006) "Wittgenstein, la política y sobre lo que se puede decir-hacer" en Penelas, Federico y Satne, Glenda (2006) *Gramáticas, juegos y silencio. Discusiones en torno a Wittgenstein*, Buenos Aires: Grama ediciones.

Tully, James (1989) "Wittgenstein and Political Philosophy: Understanding Practices of Critical Reflection" en *Political Theory*, Vol. 17, N° 2, pp. 172-204.

Volóshinov, Valentín Nikólaievich (2009) *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, trad. T. Bubnova, Buenos Aires: Ediciones Godot.

Wittgenstein, Ludwig (2009a) [1921] "Tractatus logico-philosophicus", trad. J. Muñoz Veiga e I. Reguera Pérez, en *Ludwig Wittgenstein 1*, Madrid Gredos.

Wittgenstein, Ludwig (2009b) [1953]. *Investigaciones filosóficas*, trad. de A. García Suárez y C. U. Moulines, Madrid: Gredos.

Wittgenstein, Ludwig (2009c) [1967] "Zettel", trad. O. Castro y C. U. Moulines, en *Wittgenstein 3*, Madrid: Gredos.

Wittgenstein, Ludwig (2009d) [1969] "Sobre la certeza", trad. J. L. Prades y V. Raga, en *Ludwig Wittgenstein 1*, Madrid: Gredos.

Zerilli, Linda (2001) "Wittgenstein. Between pragmatism and deconstruction" en Nagl, Ludwig y Mouffe, Chantal (eds.) (2001).

Zerilli, Linda (2008) "Ese universalismo que no es uno", en Critchley, Simon y Marchart, Oliver (comps.).

Zerilli, Linda (2015). "Las bases retóricas del populismo en la obra de Ernesto Laclau", *Debates y combates, edición homenaje tomo 2*, pp. 21-31.



Adjuntar Documento

Hoja Adicional de Firmas

1821 Universidad de Buenos Aires

Número:

Referencia: Adjuntar Documentación- Firma ológrafa

El documento fue importado por el sistema GEDO con un total de 168 pagina/s.

Digitally signed by GDE UBA
Date: 2022.04.22 12:07:54 -03:00

Digitally signed by GDE UBA
Date: 2022.04.22 12:07:55 -03:00